EXISTIÓ OTRA HUMANIDAD

J. J. BENÍTEZ

1975

Este libro fue pasado a formato digital para facilitar la difusión, y con el propósito de que así como usted lo recibió lo pueda hacer llegar a alguien más. HERNÁN

Existió Otra Humanidad
©1975, Juan José Benítez
Digitalizador: Nascav (España)
L-07 – 20/11/03

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN
ESTO ES LA "BIBLIOTECA" PREHISTÓRICA

CAPÍTULO 1
UN "PISAPAPELES" DE 140 MILLONES DE AÑOS

CAPÍTULO 2
"NOSOTROS LAS SACAMOS"

CAPÍTULO 3
EL HOMBRE CONVIVIÓ CON LOS SAURIOS

CAPÍTULO 4
SENSACIONAL HALLAZGO EN COLOMBIA

CAPÍTULO 5
OCUCAJE: MÁS DE 500 MILLONES DE AÑOS

CAPÍTULO 6
"NO SON RECIENTES"
(DICTAMEN DE LA UNIVERSIDAD DE BONN)

CAPÍTULO 7
EL COMETA KOHOUTEK, GRABADO EN LAS PIEDRAS

CAPÍTULO 8
"ATLÁNTIDA ES EUROPA"

CAPÍTULO 9
UN TESTIMONIO DESCONCERTANTE:
"PÁJAROS MECÁNICOS" Y REPTILES VOLADORES "TRIPULADOS"

CAPÍTULO 10
HUYERON A PLÉYADES

CAPÍTULO 11
"TRASPLANTES" HACE MILLONES DE AÑOS

CAPÍTULO 12
LOS INCAS CONOCIERON LAS PIEDRAS

CAPÍTULO 13
LA OPINIÓN DE LOS ARQUEÓLOGOS OFICIALES

CAPÍTULO 14
¿MÁS DE UN MILLÓN DE PIEDRAS?

CONCLUSIÓN

INTRODUCCIÓN

Hasta ahora el hombre sólo había logrado soñar, nada más, con remotas civilizaciones. A lo sumo —y después de no pocos esfuerzos—, algunos estudiosos se habían encontrado con esporádicas y tímidas pruebas de la existencia de otros hombres, de otras culturas e imperios que nunca se habían remontado en la Historia más allá de los 10.000 ó 15.000 años.

Intencionadamente he querido pasar por alto los últimos hallazgos de la Paleontología. Hasta hoy, el **«hombre de Leakey»** —última sorpresa para los que

siempre han amarrado al ser humano a una edad máxima de un millón de años— constituye tan sólo un hecho aislado. Trascendental, eso sí, pero perdido. Único. Sin más compañía —al menos por el momento— que la vejez del barranco africano de Olduvai, donde Leakey desenterró con emoción el cráneo de un **«australopithecus»** que caminó por aquellas tierras de Tanzania hace ya unos tres millones de años.

«Es la más antigua reliquia» —dijeron los sabios— del primer "hacedor de útiles", del Homo habilis».

Estos paleontólogos ignoraban entonces —y posiblemente también hoy— que en un lugar de Perú, en un desierto blanco y pedregoso del Departamento de Ica, un médico peruano había descubierto la más estremecedora, rotunda y completa prueba de la existencia de otra civilización —de otra Humanidad diría yo— que pobló el planeta, no hace miles de años, sino posiblemente millones.

Esta vez no se trataba de simples o complicadas teorías sobre la existencia de hombres remotos. Esta vez no eran especulaciones. Ni tampoco fantasías de visionarios.

Esta vez —y para asombro de cuantos hemos tenido la gran fortuna de ver y tocar aquel tesoro— se trataba de pruebas materiales. Miles de pruebas.

Porque el doctor Javier Cabrera Darquea había logrado reunir y salvar en su casa de la plaza de Armas de la ciudad de Ica hasta un total de 11.000 piedras en las que aparece grabado el más revolucionario y antiquísimo «mensaje» de que tenemos noticia.

Once mil piedras de todos los tamaños donde otra Humanidad distinta y distante recopiló la esencia de su experiencia y sabiduría.

Once mil piedras grabadas con conocimientos de Medicina, Zoología, Astronomía, Astronáutica, Biología, Geografía, Religiones, Derecho, etc., que han hecho palidecer nuestra soberbia civilización.

Éste, simplemente, es el objetivo que me he trazado a la hora de poner en orden mis entrevistas e investigaciones con el descubridor y máximo conocedor de esta «biblioteca» en piedra: tratar de cooperar, en la medida de mis posibilidades, a la máxima difusión de un hallazgo que, por el momento y sólo por el momento, está iniciando su andadura con el paso lento de todos los grandes y revolucionarios descubrimientos de esta Humanidad.

Conocí al doctor Cabrera en agosto de 1974. Allí, en mi primer viaje a Perú como enviado especial de mi periódico, y mientras trabajaba en otros reportajes, tuve la inmensa fortuna de estrechar un día la mano de Javier Cabrera Darquea, así como de recibir el latigazo de la sorpresa al contemplar a mi alrededor la referida «biblioteca» de piedra.

Las explicaciones de Javier Cabrera Darquea y la aplastante realidad de aquellos miles de cantos rodados me apasionaron. Y durante todo el tiempo que siguió a la publicación de aquellos mis primeros reportajes sobre las piedras grabadas de Ica —en octubre de dicho año—, procuré seguir al detalle las investigaciones y progresivos descubrimientos que el médico iqueño ha venido realizando sobre la inmensa «enciclopedia prehistórica».

La trascendencia del hallazgo me llevó de nuevo a viajar a Perú. Y durante inolvidables y apretados días de enero de 1975 pude conversar de nuevo con el investigador, enriqueciendo mi espíritu con este testimonio único en el mundo y que —sinceramente— no dudo en calificar como el más importante descubrimiento de esta Humanidad que, desde ahora, ya no podrá considerarse como la primera que pobló el planeta llamado Tierra.

Todo cuanto en estas páginas se detalla, insisto, no está respaldado por la imaginación o por especulaciones sin base. Todo cuanto en mis numerosas horas de conversación con Javier Cabrera Darquea quedó grabado en mi magnetófono tiene detrás —nada más y nada menos— que la presencia de miles y miles de piedras que han sido grabadas por la mano de seres cuyas figuras se asemejan a las del hombre.

Todo en este trabajo tiene los cimientos que proporcionan esos 11.000 «libros» en piedra que, a lo largo de nueve años, ha rescatado Cabrera del olvido o de la destrucción.

Es, por tanto, la primera vez que el ser humano dispone de pruebas suficientes como para afirmar, rotundamente, que alguien, antes que él, conoció de los secretos de la cirugía, de los vuelos espaciales, de la caza y destrucción de los animales que le amenazaban, de los continentes que constituían el mundo, de la flora y de la fauna que le dieron compañía

entonces y, en fin, de las estrellas que daban vida a aquel firmamento que, quizá, resultase tan bello como el nuestro...

Todo esto y mucho más, todavía por descubrir, está ahí, en un desierto peruano llamado Ocucaje, en el Departamento de Ica. Todo esto y mucho más está a disposición del mundo entero, que ha temblado ya ante lo que dicho «mensaje» puede significar.

ESTO ES LA «BIBLIOTECA» PREHISTÓRICA

Pero no puedo esperar. Mi impaciencia por mostrar lo que en realidad abarca la «biblioteca» lítica es tal que no he querido someter al lector al lento descubrimiento de la misma, a través de las páginas de este libro. Por eso he trazado este resumen previo. Por eso desearía ahora tener la magia de la imagen y ofrecerles de un solo golpe —en un abrir y cerrar de ojos— lo que encierra y supone este escalofriante mensaje.

Aunque la colección que ha logrado reunir el profesor Cabrera Darquea desde hace nueve años suma la considerable cifra de 11.000 piedras, el número real de estos «libros» prehistóricos que constituyen la formidable «biblioteca» es incalculable.

El propio doctor iqueño me aseguró que, en estos momentos —y esparcidas por todo el Perú y otros países— podríamos contabilizar otras 40.000 piedras más.

Pero, necesariamente, sólo puedo referirme ahora a esas 11.000 pruebas, que no es poco...

Después de largos años de investigación, Javier Cabrera ha logrado descubrir que la «biblioteca» se encuentra dividida en «series» o «secciones», formadas a su vez por distintos volúmenes de piedras. Y he aquí las más importantes:

SERIE QUE MUESTRA CONOCIMIENTOS DE MEDICINA

Ante mi asombro, pude comprobar cómo aquella remota Humanidad dejó grabados múltiples conocimientos de cirugía.

Allí, en el centro de estudio de la plaza de Armas de Ica, Javier Cabrera Darquea ha reunido decenas de piedras —de todos los tamaños— en que se «explica» cómo dicha civilización practicaba «trasplantes» de corazón, de cerebro, riñón, hígado...

Allí pude ver cómo la **Humanidad «gliptolítica»** —como así lo califica Javier Cabrera— había resuelto el problema del «rechazo» en los trasplantes de órganos.

Allí pude contemplar, anonadado, grabaciones donde aparecían cesáreas y partos con acupuntura.

Allí contemplé, desconcertado, cómo los hombres que dejaron este «mensaje» sabían del «trasplante», de las claves genéticas y de la conservación de los cuerpos, una vez consumadas las operaciones de «trasplante».

Allí escuché, en fin, las explicaciones del investigador iqueño sobre los sistemas electrónicos que controlaban las más vitales funciones biológicas del hombre, mientras éste permanecía en la mesa de operaciones.

SERIE DEDICADA A LA ASTRONOMÍA

Si alucinante era la «sección» de la «biblioteca» destinada a la Medicina, no lo es menos la que esta Humanidad reservó para sus conocimientos del Universo.

En una de las más fascinantes piedras que conserva Javier Cabrera Darquea —obtenida por él en 1970—, estos seres que poblaron el planeta mucho antes que nosotros habían grabado ya las trece constelaciones conocidas hoy por el hombre.

Pero había más, mucho más, en dicha mole de trescientos kilos.

Allí supe cómo medían su tiempo los hombres «gliptolíticos».

Allí me mostró el profesor Cabrera los lugares de nuestro firmamento donde —según esta remota Humanidad— existía VIDA vegetal, animal o inteligente...

Y allí, especialmente, conocía otro hecho que me paralizó: aquella civilización había grabado el paso de un cometa que —muchos millones de años después— iba a ser visto también por el ser humano: el llamado hoy **Kohoutek.**

SERIE SOBRE ASTRONÁUTICA

Pero las sorpresas no han hecho sino empezar. Porque, ¿cómo podían conocer dichos seres que existía VIDA en lejanos astros y nebulosas?

Sencillamente, su tecnología les había permitido salir al espacio. Y así lo vi en cientos de piedras en que estaban grabados los **«pájaros mecánicos»** a cuyos lomos surcaban los

aires estos seres.

En esta «biblioteca» alucinante conocí igualmente los sistemas empleados por el hombre de entonces para vencer la gravedad, para salir al Cosmos sin necesidad del combustible y de la fuerza que hoy precisan nuestros cohetes.

Allí estaba —¡oh gran sorpresa!— la explicación a los dibujos y pistas de Nazca.

En esta serie, además, pude detenerme a placer en dos grandes piedras donde —según las investigaciones de Javier Cabrera— habían sido grabados los hemisferios de un planeta que no era la Tierra... Un planeta en que existió y quizá exista todavía la VIDA. Un planeta que guarda la respuesta a la más antigua y profunda pregunta del hombre de nuestra Era...

Pero, no adelantemos acontecimientos.

SERIE SOBRE ANIMALES PREHISTÓRICOS YA DESAPARECIDOS

Pero en esas piedras donde Cabrera me mostró los «pájaros mecánicos» había también algo más.

Hombres provistos de aparatos que recuerdan nuestros catalejos y que aparecen montados sobre el lomo de dichos y singulares «pájaros», «buscan» a los grandes saurios que la Paleontología dio por desaparecidos hace más de sesenta millones de años.

Y en esas y otras muchas piedras pude ver las figuras de estos hombres de grandes cráneos y pequeña estatura que persiguen y matan los más diversos tipos de dinosaurios: stegosaurus, triceratops, iguanodontes, etc.

Son piedras en las que el hombre CONVIVE con los grandes saurios...

Son piedras donde se muestran los «ciclos biológicos» de estos monstruos prehistóricos...

Son piedras que, precisamente, dan la solución a esa formidable incógnita que flota todavía sobre nuestra Ciencia: ¿por qué desaparecieron súbita y totalmente de la faz de la Tierra estos enormes y resistentes animales?

SERIE DEDICADA A LOS ANTIGUOS CONTINENTES

Todas las piedras y todas las series están vinculadas entre sí. Y buena prueba de ello era esta nueva «sección», que reflejaba los hemisferios oriental y occidental del Planeta, grabados en dos pesadas piedras circulares.

Hemisferios donde apenas si se pueden reconocer los continentes que hoy habitamos.

Hemisferios que constituían el globo terráqueo... hace millones de años.

Así me lo detalló el médico y descubridor.

Pero en esas piedras de los viejos continentes me aguardaban varias y desconcertantes sorpresas: allí aparecían grabados los continentes hoy desaparecidos y que hemos dado en llamar **Atlántida** y **Mu.**

Y en dichas masas continentales, las razas que los poblaron...

SERIE QUE DESCRIBE LA SALIDA DEL HOMBRE DE LA TIERRA

Estrechamente vinculada al «capítulo» de los «pájaros mecánicos», el profesor Cabrera me mostró también las grandes piedras labradas donde el hombre del **Mesozoico** dejó testimonio de su gran marcha o salida del planeta.

En piedras de gran peso, aquella civilización olvidada grabó la partida de la Tierra de las elites cognoscitivas, rumbo a un planeta concreto de lo que entonces era considerado como una constelación más: **Pléyades.**

Pero, ¿por qué esa huida del planeta? ¿Y por qué tan sólo las elites cognoscitivas?

SERIE QUE PREDICE EL GRAN CATACLISMO

Las preguntas anteriores están igualmente relacionadas con otras piedras labradas donde aquel «filum» humano anunció la proximidad de un formidable cataclismo, fruto de un desequilibrio que provocaría dicha Humanidad.

Dos de las tres Lunas que aparecen en muchos de los grabados cayeron sobre la Tierra, originando el caos y la destrucción del hombre «gliptolítico».

Pero, ¿cómo pudo producirse semejante desequilibrio? La respuesta se encuentra también en las piedras de Ica.
Allí, ante mi desconcierto, descubrí pirámides. Pirámides a todo lo largo del ecuador terrestre. Pirámides que fueron construidas no para enterrar a los reyes, sino para captar, transformar y distribuir la energía electromagnética que rodeaba y rodea nuestro mundo.
Y ahí, precisamente, estuvo la clave de la destrucción de esta Humanidad...

SERIES QUE ABARCAN CONOCIMIENTOS DE FLORA, FAUNA Y RAZAS DEL PLANETA

A las anteriores hay que añadir otros cientos de piedras —de todos los tamaños— donde la Humanidad de la **Era Secundaria** grabó sus conocimientos sobre evolución, ciclos, biológicos, etc., de los animales que poblaban la Tierra en aquellos tiempos.
Así, pude tener en mis manos decenas de piedras donde aparecían animales desconocidos para el hombre de hoy, y otros —tales como canguros— que no son oriundos del continente sudamericano. Pero, ¿qué hacían entonces estos animales en la «biblioteca» de piedra?
El profesor Cabrera Darquea me señaló asimismo otros muchos cantos rodados en que habían sido grabados decenas de plantas y flores, hoy extinguidas.
El hombre «gliptolítico», además, tenía un conocimiento completo del planeta. Por eso en las piedras labradas encontramos también las distintas razas humanas que existían en aquel remoto pasado.
A estas «series» tendríamos que añadir otras muchas sobre **«Derecho», «Religiones», «Deportes»**, etc., que todavía se encuentran en fase de investigación por parte del doctor Cabrera.
Sin embargo —y a pesar de lo mucho que todo esto representa—, la «biblioteca» de piedra del Perú está prácticamente por desvelar.

CAPÍTULO 1
UN «PISAPAPELES» DE 140 MILLONES DE AÑOS

Todo empezó con un «pisapapeles». O, mejor dicho, con lo que un amigo del doctor Cabrera Darquea consideró que podría servir como «pisapapeles».
Aquello ocurrió hacia 1966.
Un día como tantos otros, el médico de la ciudad peruana de Ica, don Javier Cabrera Darquea, recibió, como digo, de manos de un conciudadano, una pequeña piedra de color pardo en la que aparecía grabado un extraño pájaro.
Al principio, el médico iqueño no reparó en el citado grabado. Sin embargo, poco tiempo después de que la piedrecita fuera depositada sobre su mesa de despacho, el médico del Hospital Obrero de Ica y profesor de Biología —hombre curioso e inquieto— tomó de nuevo en sus manos el «pisapapeles» y quedó profundamente extrañado. Aquel grabado no representaba un ave conocida por el hombre de hoy. Y Javier Cabrera investigó.

Los resultados fueron todavía mucho más desconcertantes. Aquel «pájaro» era un pterosaurio. En otras palabras, un reptil volador, un ave prehistórica ya extinguida y que, según la Paleontología, había vivido en los períodos Jurásico y Cretácico. Es decir, hace más de 140 millones de años...
«¿Cómo es posible? —se preguntó, desconcertado, el doctor Cabrera—. ¿Quién ha podido grabar con tanta precisión un reptil prehistórico ya desaparecido...?»
Estas preguntas empujaron a nuestro protagonista a interesarse vivamente por dicha piedra. E interrogó al amigo que se la había regalado...
—Me han asegurado que las hay a miles —contestó éste—. Muchas de ellas, incluso, de gran peso y belleza. Tengo entendido que las graban los campesinos del poblado de Ocucaje...
Javier Cabrera, conocedor de dicho poblado, así como de las humildes y sencillas gentes que lo pueblan —no en vano era médico del Hospital Obrero de Ica—, no terminaba de entender. El misterio, lejos de aclararse, se había oscurecido mucho más. Y la curiosidad insaciable de Cabrera le impulsó a seguir el «rastro» de la diminuta piedra del reptil-volador.

Fue así como el médico de Ica iba a encontrarse con el más fantástico descubrimiento de todos los tiempos: la «biblioteca» lítica de una civilización, de una Humanidad olvidada que pobló nuestro mundo en la más tenebrosa noche de los tiempos.

Cuando conocí a Javier Cabrera Darquea, la investigación iniciada por él hacia 1966 se encontraba ya —por suerte para mí— francamente avanzada. Habían sido ocho largos, intensos y silenciosos años de trabajo, de esfuerzos y de constantes gastos por parte del profesor peruano. Todas y cada una de aquellas 11.000 piedras labradas que había logrado reunir en su antigua consulta médica de la plaza de Armas de Ica fueron religiosamente abonadas a los campesinos de Ocucaje, que habían encontrado en el doctor Cabrera el más fiel comprador de los cantos rodados. Uno de estos campesinos —Basilio Uchuyafue— quizá el mayor «proveedor».

Pero, ¿cómo llegué al conocimiento de la existencia de esta «biblioteca» de piedra que con tanto celo había reunido y estudiado Javier Cabrera?

En realidad, nunca me lo he explicado del todo. En aquella época —agosto de 1974— yo viajé a Perú como enviado especial de mi periódico —*La Gaceta del Norte*—, a fin de trabajar en una serie de reportajes que, hasta cierto punto, se iba a ver ligada con la formidable «biblioteca» del desierto peruano. Me refiero a la noticia surgida en Lima acerca de extraños e insólitos «contactos» telepáticos y físicos entre miembros del llamado Instituto Peruano de Relaciones Interplanetarias (IPRI) y seres extraterrestres, tripulantes de los OVNIS.

Cuando me encontraba investigando y trabajando en dicha noticia, dos miembros de este Instituto —Ernesto Aisa y Tiberio Petro León—, conocedores e interesados en el hallazgo de Cabrera Darquea, me hablaron del mismo.

Algunos días después —creo recordar que el 31 de agosto— conocía por primera vez a Javier Cabrera Darquea y sus 11.000 piedras.

Nunca olvidaré mi primera impresión al entrar en el centro-museo donde el investigador conserva sus «libros» de piedra. Creo que haría mal si pasara por alto aquella sensación, aquel *shock* que le recorre a uno hasta los últimos rincones del alma al enfrentarse por vez primera a tantos miles y miles de piedras labradas...

Esa sensación —de tanto valor para mí— es algo que, como señalaba al comienzo de este libro, sólo puede ser comprendida cuando se está frente a la «biblioteca» lítica. Sólo así.

Y esa sensación, ese tremendo *shock,* le hace intuir a uno —y no sé bien por qué— que se encuentra ante «algo» distinto, desconcertante, estremecedor, desconocido...

A los pocos minutos, después de haber escuchado las primeras y apresuradas explicaciones de Cabrera y de haber explorado algunas pocas de los miles de piedras grabadas de la colección, empecé a sospechar que «aquello» difícilmente podía ser obra de campesinos... Allí había algo más. Algo grande.

Recuerdo que aquella mi primera estancia en el centro-museo de Javier Cabrera fue más breve que ninguna. Ardía en deseos de conocer a esos campesinos del poblado de Ocucaje, a escasos kilómetros de la ciudad de Ica. Necesitaba despejar totalmente de mi espíritu una incógnita que apenas si podía sustentarse.

«¿Cómo era posible que hubieran atribuido semejante obra de grabación, semejantes conocimientos, a campesinos que habitaban en casas de adobe y paja y que, en la mayor parte de los casos, no sabían leer ni escribir...?» Y mientras viajábamos por el blanco desierto, rumbo a Ocucaje, recordé algunos de los momentos de mi primera entrevista con Cabrera...

—...Cuando descubrí que la piedra que me habían regalado como «pisapapeles» contenía la grabación de un reptil-volador que había existido hace millones de años, me dediqué a una intensa búsqueda de piedras. Me puse en contacto con los campesinos que las vendían, y empecé a adquirirlas. Así descubrí un día que todas aquellas piedras podían «seriarse».

Cada «tema» aparecía grabado, no en una, sino en varias piedras. A veces, en decenas de ellas... Mi interés creció y creció, hasta que un día, estando yo trabajando en el Hospital Obrero, tropecé con Basilio Uchuya. El bueno del «cholito llevaba un paquete bajo el brazo. Un paquete que contenía piedras grabadas y que habían sido compradas por el director del

Hospital.
»Y así, de esta forma, conocí a Uchuya. A partir de ese día, el hombre me ha ido proporcionando piedras...
Pero mis pensamientos se vieron interrumpidos ante la súbita aparición —al fondo del polvoriento desierto— de las ocho o diez chozas de adobe que constituyen el humildísimo lugar. Al descender del vehículo, una nube de niños descalzos, casi desnudos y con la profunda timidez del que nada tiene, nos rodeó, solicitándonos sin cesar algunos soles. Aquello hizo que mis ojos se abrieran del todo.

Allí no había más que pobreza y miseria. Polvo, chozas requemadas por el sol del desierto y campesinos sencillos y silenciosos que nos observaban desde la oscuridad de sus casuchas.

Los amigos que me acompañaban —Tito y Tiberio— me señalaron una de aquellas chozas grises, en mitad del arenal.

—Es la casa de Basilio Uchuya —comentaron—. Los arqueólogos del país afirman que todos estos millares de piedras han sido grabadas, íntegramente,
por él...

*Denominación popular que se da en Perú a los indios o habitantes del campo.

CAPÍTULO 2
«NOSOTROS LAS SACAMOS»

En aquella mi primera visita a Ocucaje iba a producirse un hecho que sólo meses después —al realizar mi segundo viaje a Perú— capté en toda su importancia. Basilio Uchuya, hombre receloso, conocía a mis dos amigos desde hacía ya meses. Los había visto numerosas veces por Ocucaje, y siempre terminaban por adquirir algunas de las piedras grabadas que almacenaba el campesino sobre el piso de tierra de su casa. De ahí que existiera una cierta amistad entre el tal Uchuya y mis acompañantes.

Basilio nos llevó entonces hasta uno de los rincones de la choza y nos mostró entre veinte y cuarenta piedras grabadas, cuyos pesos podían oscilar entre 200 o 300 gramos y 15 o 20 kilos.

El sol se había puesto ya tras los cerros volcánicos de Ocucaje y fue preciso que Uchuya acercara una vela para poder distinguir los grabados que aparecían en las piedras.

Aquellos cantos rodados —ésa fue mi impresión— eran idénticos a muchos de los que había visto pocas horas antes en el museo de Javier Cabrera. Sólo hubo algo que me extrañó. Después de recorrer dos o tres chozas más y de examinar «la mercancía» que en todas ellas tenían preparada para la venta, no logré descubrir ni una sola piedra labrada de gran volumen —tal y como había visto en el centro de trabajo del doctor Cabrera— ni tampoco con los hermosos altorrelieves que aparecían en muchas de las que yo había podido contemplar en Ica.

—Bueno —respondieron los campesinos cuando les interrogué sobre este particular—, las piedras grandes cuesta mucho sacarlas... Y si no hay un comprador fijo...

Aquella palabra —«sacarlas»— paso casi inadvertida para mí. Pero no para mis amigos, que tomaron buena nota de ella.

En aquel instante, Tito Aisa presionó hábilmente a Pedro Huamán, que era el campesino con el que conversábamos en aquel instante.

—¿Y en qué lugares dice usted que las «sacan»...?

—Hay varios —respondió aquél—. Hay cerros de donde todos sacamos... Ahí mismo, en los cerros próximos.

Aquella conversación, insisto, iba a tener una gran importancia meses después, cuando la polémica sobre la autenticidad de las piedras grabadas del doctor Cabrera adquirió tintes espectaculares.

Meses después, ya en enero de 1975, aquellos mismos campesinos con los que yo había conversado en sus chozas de Ocucaje declararían públicamente que las piedras labradas eran «trabajadas» por ellos mismos, no «sacadas»... La razón era tan elemental como comprensible y hasta disculpable. La Ley protege los tesoros arqueológicos y prohíbe terminantemente la extracción y venta clandestina de los mismos.

Si alguien en Perú es descubierto desenterrando restos arqueológicos o reconoce que ha comerciado con ellos, puede ser multado o encerrado en prisión.

Es muy lógico, por tanto, que los campesinos de Ocucaje, sabedores de esta cuestión, no reconozcan jamás —oficialmente— que esos miles de piedras grabadas que han sido esparcidos a lo largo y ancho del país, así como en el extranjero, fueron desenterrados o extraídos en el desierto donde habitan.

Pero, tiempo habrá de volver sobre este aspecto. De momento, mi curiosidad había quedado satisfecha. Aquel primer contacto directo con los pobladores de Ocucaje, aquellas conversaciones con Basilio Uchuya, Pedro Huamán, Aparicio Aparcana y otros, me confirmaron lo que, cada vez con más fuerza, había ido ganando terreno en mi cerebro: «Ningún campesino del mundo podría concebir y desplegar semejante cúmulo de conocimientos científicos...»

Pero hubo un nuevo detalle que me dejó perplejo.

A la hora de tratar de adquirir algunas de las piedras grabadas que guardaban Uchuya y compañía en sus hogares, observé que el precio de las piedras más voluminosas y, por consiguiente, más caras, era absurdo. Irrisorio.

Cualquiera de aquellas grabaciones —a pesar de que el tamaño de las piedras más grandes era ínfimo si lo comparábamos con muchas de las que había visto en Ica— debería haber sido vendida a un precio alto, digno del innegable trabajo, esfuerzo y arte que saltaban a la vista. Pero no.

Cuando preguntamos a los campesinos cuál era el precio, éstos fijaron las piedras más hermosas en 150, 200 o, como mucho, 250 soles. Es decir, en aquellos días, y al cambio, entre 200 y 400 pesetas...

Pero éste era el precio, repito, de las piedras más grandes y pesadas. La mayor parte, mucho más reducidas, costaba entre las 20 y 100 pesetas.

Y me pregunté nuevamente por qué; a qué se debía que tan hermosos «trabajos» fueran vendidos por tan pocos soles...

Cualquiera de aquellas piedras del tamaño mediano hubiera supuesto a un artista con experiencia un mínimo de un mes de trabajo. En mi segundo viaje a Perú, y al visitar de nuevo el poblado, Tito Aisa y Tiberio me señalarían una de las piedras que había sido depositada en el corral de la casa de Aparicio Aparcana.

—Esta piedra —comentaron— lleva aquí cuatro meses. Y, como ves, está sin terminar.

La piedra, efectivamente, reproducía —y muy burdamente por cierto— algunos de los motivos que yo había visto en otros gliptolitos de la colección de Javier Cabrera. Pero estaba sin concluir...

—Lleva cuatro meses trabajando sobre la piedra —prosiguió Tito—. Lo sabemos porque cada semana acudimos fielmente al poblado y le echamos un vistazo.

El problema, una vez más, aparecía con claridad. Si uno de aquellos campesinos hacía cuatro meses que trataba de terminar una sola piedra, ¿cuánto tiempo se habría necesitado para «fabricar» esas 50.000 que en la actualidad existen dentro y fuera del Perú?

En aquellos instantes yo ignoraba también que, cuatro años antes de que Javier Cabrera Darquea comenzara sus estudios sobre las piedras labradas, otras personalidades del país —entre ellas el ex rector de la Universidad de Ingeniería de Lima, don Santiago Agurto Calvo— habían tenido ya en sus manos muchas de estas piedras grabadas. Algunos, incluso, como en el caso del arquitecto, señor Agurto, llevaron a cabo una seria investigación, localizando varios de estos cantos grabados en el fondo de tumbas prehispánicas. Pero quizá estos puntos deban esperar. Al salir de Ocucaje, con dirección a Ica, mis pensamientos —más tranquilos ya después de la observación directa de los campesinos— habían retornado a la misteriosa «biblioteca» del médico iqueño. ¿Cuántos secretos encerraban aquellos miles de gliptolitos? ¿Cuánta sabiduría? ¿Cuántos conocimientos que ni siquiera el hombre de hoy ha logrado alcanzar?

Las preguntas se empujaban unas a otras en mi mente. Pero el profesor Cabrera, con tanta paciencia como amabilidad, fue despejándolas una tras otra.

Tengo que decirlo desde el principio. Javier Cabrera nunca se opuso a conversar sobre cualquiera de los múltiples «capítulos» que abarca la gran «biblioteca» lítica. Siempre escuchó mis preguntas, mis razonamientos, y siempre contestó a ellos, aunque —en

algunos casos y por motivos que trataré de explicarme— rogó fuera prudente a la hora de darlo a conocer.

Quiero decir con esto que las puertas de Javier Cabrera han permanecido y permanecerán siempre abiertas para todos aquellos que, de buena fe, se acerquen hasta su casa.

Pero mi primera pregunta estaba ya en el aire. Y Cabrera, después de reflexionar unos segundos, tratando de sintetizar esos ocho años de estudio, comenzó a hablar:

—¿Cómo he llegado a la conclusión de que esta «biblioteca» lítica fue dejada por una Humanidad que vivió hace millones de años? Bien, desde el primer momento en que comencé a adquirir estas piedras me di cuenta que se trataba de una «biblioteca». Cualquiera lo habría visto... ¿Qué era entonces lo importante?: conseguir un máximo de piedras o «libros», a fin de llegar a un conocimiento más exacto y profundo de lo que aquí se nos estaba tratando de comunicar.

»Y así lo hice. Durante meses y meses compré y conseguí cuantas piedras pude. Ningún grabado era igual a otro. Nunca se repetían. ¡Era fascinante...! Era como si fuésemos reuniendo las "páginas" de un libro y los distintos volúmenes de toda una gigantesca "biblioteca"... Aquello, repito, podía "seriarse". Y empecé a descubrir, después de no pocos estudios, que todo parecía tener un sentido. Allí se estaba "explicando" algo...

»Por supuesto, deseché la idea de que se tratase de una simple manifestación artística de Dios sabe qué cultura o civilización.

»Después de lograr varios cientos de estas piedras —de todos los tamaños—, llegué a una conclusión: aquellos grabados y altorrelieves constituían "ideografías". Servían para representar algo. Pero, ¡Dios santo!, ¿qué era aquello en realidad...?

»Pasé miles de horas investigando, analizando y sopesando cada una de las piedras que me habían ido llegando. Meses después de iniciar esta labor, toda mi obsesión estaba centrada en encontrar alguna piedra a través de la cual pudiera conocer la antigüedad de la civilización que había trabajado semejante "biblioteca".

»Pero el tiempo fue pasando con lentitud y esa piedra no terminaba de llegar. Yo había descubierto para entonces caballos, canguros, camellos y otros animales que, sin embargo, no me señalaban con claridad la antigüedad de estos "libros" de piedra.

»Hasta que un día —al fin— apareció una con la figura de lo que resultó ser un dinosaurio...

»Era la nítida reproducción de un stegosaurus. Y detrás llegaron otras muchas piedras en las que fui reconociendo otros animales antediluvianos como el triceratops, tyrannosaurio, etcétera.

»Estos grandes saurios —así lo dice la Paleontología— habían poblado el planeta hace millones de años... ¿Cómo era posible entonces que hubieran sido grabados por el hombre o por figuras que, al menos, tenían aspecto humano? Porque en aquellas piedras, en decenas y decenas de ellas, se repetía constantemente la presencia del hombre junto a la de estos animales prehistóricos. Y la Ciencia —eso es, al menos, lo que siempre se nos ha enseñado— no admite la existencia del ser humano más allá del millón de años...

»Aquello me maravilló. Sin embargo, no podía dejarme llevar por la imaginación. Era cierto que en muchas de las piedras que me habían ido trayendo, el hombre "convivía" con los gigantescos saurios de la **Era Secundaria** o **Mesozoica.** Era cierto que los grabados reproducían con gran exactitud anatómica estos animales desaparecidos. Pero era necesario asegurarse por completo. ¿Podía tratarse de la imaginación creativa de unos hombres que jamás conocieron o supieron de estos animales? Lógicamente, no. Pero, insisto, había que atar todos los cabos... había que buscar una relación más positiva.

»Yo, francamente, no podía creer que el sentido artístico o la imaginación de unos hombres pudiera coincidir tan exactamente con los restos de los fósiles que conocemos en la actualidad. Es francamente difícil...

»Entonces, ¿cómo podía llegar a esa prueba definitiva que vinculara al ser humano con los grandes saurios de la Era Mesozoica? Sólo a través, lógicamente, de conocimientos de la biología y fisiología de estos animales. Sólo si lograba encontrar piedras donde aquella Humanidad describiese, por ejemplo, los "ciclos biológicos" de los saurios gigantes...

—Pero, ¿por qué? —interrumpí a Javier Cabrera.

—¿Quién podría describir el ciclo biológico o la fisiología de un animal? Únicamente quien ha podido observarlo y conocerlo. Únicamente quien ha convivido con él. Sólo alguien que debía luchar permanentemente contra estos monstruos porque, sencillamente, eran sus grandes y más feroces enemigos.

»Y esa piedra llegó. Tardó meses, pero, al fin, uno de los campesinos la puso ante mis ojos...

»Aquella piedra era tan fascinante, aquel altorrelieve significaba tanto en mis investigaciones, que si hubiera tenido 100.000 soles, 100.000 soles le hubiera dado a aquel "cholito"...

Pero, ¿qué encerraba aquella piedra? ¿Por qué el doctor Cabrera le había concedido semejante importancia?

No tardé en comprenderlo. Allí, ante mis ojos, colocada sobre una mesa especial, separada ex profeso, estaba una de las más hermosas piedras labradas de la colección del médico e investigador.

Sólo aquel ejemplar —al igual que sucede con otras muchas de las piedras que pude contemplar merecía ya un libro.

CAPÍTULO 3
EL HOMBRE CONVIVIÓ CON LOS SAURIOS

—No había posibilidad de error. Estudié esta piedra una y otra vez. La comparé con el resto, con la «serie» que mostraba a los grandes saurios prehistóricos... Todo coincidía.

»Allí estaba el "ciclo biológico" y la forma de destruir al stegosaurus, un monstruo prehistórico perteneciente a la rama de los dinosaurios armados o blindados y que vivió en el período Jurásico.

»Pero, observa...

Javier Cabrera me señaló en el altorrelieve de la amarillenta piedra las placas óseas verticales que se extendían a todo lo largo del lomo del animal. Y comentó, entusiasmado:

—En este magnífico relieve se puede ver con claridad la doble fila de placas que protegía a este dinosaurio. Y también vemos en su cola una serie de pinchos, que le servía como arma defensiva.

»Pues bien, esta civilización grabó el "ciclo biológico" del stegosaurus no sólo para ofrecer un conocimiento de Zoología, sino, principalmente, para hacer ver que la única forma de exterminar a este enemigo era destruyéndolo desde sus formas más primitivas.

»Y aquí, junto a la hembra del stegosaurus, que se diferencia del macho por su cuello más largo, el hombre "gliptolítico" dejó grabado también el proceso, la metamorfosis, que sufrían las larvas...

Dudé un instante, pero recordé que la Paleontología enseña que los reptiles prehistóricos no experimentaban metamorfosis. Los nuevos saurios nacían de un huevo, sí, pero ya con su forma definitiva.

—Esto no encaja con lo que enseña la Ciencia actual —le insinué a Cabrera.

—En efecto. Esto no concuerda con lo que la Paleontología asegura...

Quedé perplejo. Y observé los altorrelieves de aquella desconcertante piedra con mucha más intensidad.

—Aquí puedes ver —continuó el médico iqueño que, junto al stegosaurus adulto, también grabaron las larvas—. Primero sin patas. A continuación, con las dos patas anteriores; después, la larva con las patas posteriores... Esto, querido amigo español, se llama metamorfosis.

Hasta ahora habíamos creído que los reptiles prehistóricos nacían ya de los huevos con sus formas completas. Pero esto nos está mostrando lo contrario. ¡Y esto es una observación directa! Nadie podría reflejar un conocimiento tan exacto del ciclo biológico de un animal si no lo hubiera observado meticulosamente.

—Pero en la piedra, como ves, hay otros elementos —prosiguió Javier Cabrera—. Varios hombres portan armas y están hiriendo al animal.

Así era, efectivamente.

—¿Por qué? Porque estos monstruos amenazaban la vida de aquella Humanidad.

Durante la Era Secundaria, miles de especies de estos enormes saurios se extendieron por todos los continentes y mares. Y el hombre «gliptolítico» no tuvo más remedio que declararles la «guerra».

»Por eso en estas piedras, cuando aparecen escenas de "caza" de dinosaurios, siempre se extienden las matanzas hasta las larvas de los monstruos antediluvianos. De esta forma, con la muerte del macho y de la hembra y la destrucción de los huevos y las larvas, conseguían un exterminio prácticamente completo. Rompían el ciclo biológico.

—¿Y cuántas piedras similares ha encontrado usted por ahora?

—He llegado a reunir las «series» de los «ciclos biológicos» del triceratops, tyrannosaurio, megaquiróptero o murciélago gigante, stegosaurus y agnato. De estos animales dispongo de los «ciclos biológicos» completos. De otros, sólo he logrado reunir parcialmente las respectivas «series».

El doctor me condujo hasta una de las estanterías donde guarda cientos de piedras grabadas de todos los tamaños.

—Aquí tienes, por ejemplo, el del agnato. Su «ciclo biológico» está formado por más de 100 piedras...

Era sorprendente. Había piedras de todos los tamaños. Desde algunas muy reducidas, de apenas 50 ó 100 gramos, hasta otras de 40 y más kilos. Y en todas ellas pude comprobar la evolución, la clara metamorfosis de este pez prehistórico que vivió en nuestros océanos en el **período Devónico (Era Primaria** o **Paleozoica)** y al que se le señala, por tanto, más de 320 millones de años.

(Según indica la Paleontología, estos peces sin mandíbulas son los primeros vertebrados conocidos. Los ostracodermos no habían desarrollado las mandíbulas óseas o los pares de aletas que poseen todos los peces posteriores a ellos. Sus restos se encuentran ya en el período Silúrico, pero son comunes sólo durante el referido período Devónico. Algunos —sigue afirmando la Paleontología— vivieron en el mar, y otros, en agua dulce. La mayor parte disponía de un «casco» óseo alrededor de la cabeza y parte frontal del tronco, así como gruesas escamas también óseas sobre el resto del cuerpo.)

—Pero entre todas estas piedras —continuó Javier Cabrera— encontré también algunas que daban una nueva dimensión de estos peces prehistóricos. Estos agnatos eran gigantes...

Cabrera me señaló varias piedras de gran peso, separadas del centenar que constituía la «serie» del «ciclo biológico». Observé grabaciones de este mismo tipo de pez sin mandíbulas, pero, con una sensacional diferencia respecto a las anteriores piedras. En este caso, el agnato aparecía devorando una pierna humana...

—¿Qué significa? —interrogué al investigador.

—Que estos peces eran gigantescos... En cierta ocasión me visitó un profesor y me señaló que la única especie de agnato conocida en la actualidad fue encontrada en Vietnam. Pero eran muy pequeños. Es decir, con estos peces prehistóricos sucedió exactamente igual que con los grandes reptiles de la Prehistoria. Los «descendientes» actuales —los escasos «parientes» de aquellos— han visto reducido su tamaño a extremos insospechados.

Pero volvamos de nuevo a la piedra que había dado la clave de la antigüedad al investigador de Ica.

Aquel fascinante ejemplar, con forma de «huevo» gigantesco, «mostraba» mucho más. Como si se tratara de una «película», los altorrelieves iban recorriendo la superficie de la piedra, explicando primero el citado «ciclo biológico» del stegosaurus para pasar a continuación a otra «secuencia» tan desconcertante o más que la primera. Dos hombres de extrañas caras se habían situado sobre el lomo del animal. Y parecían atacar al gran saurio...

Javier Cabrera me explicó así el significado de aquella «secuencia»:

—El stegosaurus medía unos seis metros de longitud. Y aunque parece ser que se alimentaba de vegetación blanda, yo he comprobado en las piedras que también atacaba al hombre. Pues bien, ésta era una de las razones por las que la Humanidad prehistórica emprendió también la «guerra» contra el stegosaurus.

»Este enorme animal tenía en la cabeza un hueso tan débil, que con un golpe se le podía matar. Pero, ¿cómo se las arreglaban estos "cazadores" para llegar hasta el cráneo? Aquí lo tienes explicado...

Y Cabrera me señaló nuevamente a los dos seres que parecían «caminar» sobre el lomo del monstruo prehistórico.

—...El stegosaurus, como otros reptiles, disponía de un cerebro normal y de un ganglio pélvico que regía el automatismo de la parte posterior del cuerpo del animal.

»Esto ha sido reconocido por la Ciencia actual. De ahí que se les haya llamado también de "doble cerebro". En su columna vertebral se producía un ensanchamiento, muy superior, incluso, al del cerebro propiamente dicho, y que tenía por finalidad, como digo, el control de esa zona posterior del gran saurio.

»Pues bien, el cazador subía por la cola —concretamente por el estrecho corredor que quedaba entre las dos hileras de placas óseas— y llegaba hasta la altura de la cintura escapular. Esa doble dependencia era fatal para el animal, puesto que hacía insensible su cola... Y esto lo sabían los hombres de las piedras grabadas.

»Ascendían por el monstruo hasta que éste sentía "algo" sobre la zona del referido ganglio pélvico. En ese instante, el stegosaurus volvía la cabeza y el cazador le rompía el cráneo de un golpe.

No había salido de mi asombro cuando Javier Cabrera me rogó que le acompañara hasta otro lugar de su museo. Allí, en otras enormes piedras, había también grabaciones y altorrelieves con nuevos tipos de dinosaurios.

—Con el stegosaurus —prosiguió Javier— no había casi peligro. Sin embargo, no sucedía lo mismo con este otro: con el llamado tyrannosaurio.

Este formidable monstruo carnívoro tenía el cuello corto y robusto y la cabeza provista con poderosas mandíbulas. La Paleontología asegura que hizo su aparición a finales del período Cretácico, es decir, hace más de 65 millones de años. Tenía quince metros de longitud y seis de altura, y sus patas delanteras eran tan cortas que, según parece, no podían llegar hasta la boca.

El tyrannosaurio —según he podido comprobar con el estudio de los gliptolitos— era uno de los más terroríficos e implacables enemigos de esta Humanidad. Y contra él fue dirigida gran parte de esta operación de «limpieza».

Pero, lógicamente, la táctica para exterminarlo no podía ser idéntica a la empleada en el caso del stegosaurus.

Javier centró mi atención en una piedra concreta. Allí se reproducía la figura de uno de estos feroces monstruos del Cretácico. Y junto a él, otros hombres que portaban también sendas armas.

—El tyrannosaurio era un animal sumamente peligroso. ¿Qué hacían entonces los cazadores? En primer lugar —tal y como ves en la piedra— le dejaban ciego. De esta forma, otro cazador podía ascender por la cola y lomo del animal, golpeándole en la cabeza. Pero, ¡ojo!, no en cualquier punto del cráneo... Como ves, el arma que porta el hombre gliptolítico tiene una especie de rayado. Y en la cabeza del tyrannosaurio han grabado también otro punto, con un rayado idéntico al del arma. Pues bien, eso significaba que debían golpear al monstruo prehistórico en una zona concretísima del cráneo.

Estas nociones precisas de la anatomía de un tyrannosaurio, de un stegosaurus, de un triceratops, etc., y de sus ciclos biológicos, sólo pueden revelar un conocimiento profundo de la fauna. Un conocimiento que sólo podría producirse a base de haber coexistido con dichos seres.

Pero aquel «capítulo» de la «guerra» a los monstruos antediluvianos iba a culminarse con otra insólita piedra labrada. En mi opinión, la más espectacular de cuantas logré ver en la colección del profesor Cabrera.

Aquel «libro» de 70 u 80 kilos, perfectamente redondeado y con un altorrelieve desconcertante, había sido donado por el también amigo del doctor iqueño, Tito Aisa. Yo había admirado aquella fascinante piedra en la casa de este último, en Lima. Pero en mi segundo viaje a Perú, el magnífico ejemplar se encontraba ya en el museo de Javier Cabrera Darquea.

Distribuidos a la perfección entre las dos caras de la piedra, pude ver un enorme «pájaro mecánico» sobre el que volaban dos seres que portaban sendos telescopios y con los que

miraban hacia tierra. Pero, ¿qué «buscaban» aquellos hombres desconocidos? La respuesta estaba también en el «libro» lítico.

A ambos lados de la piedra, y coincidiendo precisamente con su parte inferior, aparecían los grabados en altorrelieve de dos dinosaurios. Un tercer hombre, idéntico a los que se encontraban sobre el «pájaro mecánico», había descendido hasta el lomo de uno de los dinosaurios y, mientras se sujetaba a la «nave» con una especie de «cordón umbilical», con la otra mano hundía un cuchillo en el cuerpo del animal.

En aquel grabado había también otros tres elementos para los que Cabrera guardaba una no menos sensacional revelación. Se trataba de tres Lunas situadas en distintas posiciones del cielo o firmamento en el que se movía el gran «pájaro mecánico».

—Estos seres —comenzó el médico peruano— habían vencido la fuerza de la gravedad y disponían de aparatos voladores que aquí, en las piedras, aparecen «ideografiados» como «pájaros mecánicos». Pues bien, esas máquinas voladoras les permitieron extender su «guerra» contra los animales prehistóricos a todo lo largo y ancho del planeta.

»Estudiando las piedras he sabido que, en muchos casos, como en el del tyrannosaurio, cegaban o atontaban al animal, lanzando una descarga sobre el mismo. Esto les permitía descender desde sus aparatos voladores para rematar al monstruo o bien ascender hasta su cabeza por la cola y el lomo.

Era sencillamente desconcertante.

Permanecí largas horas contemplando, analizando y reflexionando sobre aquel altorrelieve de 40 centímetros de anchura, 70 de altura y poco más de 20 de longitud. Era la más fantástica piedra de la gran «biblioteca». El documento más sensacional y definitivo que mostraba la existencia de otra Humanidad, más tecnificada, incluso, que la nuestra. Hasta el momento, como apuntaba al comienzo de este libro-reportaje, ninguna de las teorías esgrimidas en pro de posibles y remotas «supercivilizaciones» se encontraban sustentadas por pruebas concretas, por datos físicos visibles...

Pero esto era distinto. Tan distinto y revolucionario, que todo lo anterior quedaba eclipsado, difuminado.

—Los paleontólogos se siguen preguntando por qué estos animales prehistóricos tan numerosos y resistentes desaparecieron súbitamente de la faz de la Tierra. ¿Cómo puede explicarse este singular hecho?

El planteamiento de Cabrera me sacó de nuevo de mis pensamientos. La repentina extinción de estos millones de gigantescos saurios que dominaban los antiguos continentes del planeta era, en efecto, una incógnita fascinante.

Era difícil pensar que la ferocidad de unos pudiera terminar con la totalidad del resto, y de manera tan súbita. No es precisamente el sistema elegido por la Naturaleza en su constante proceso de selección natural de las especies. Muchos de esos gigantescos saurios habrían permanecido o se habrían transformado, adecuándose a las nuevas necesidades de sus hábitats. Pero nada de eso ocurrió.

Otros paleontólogos han barajado también la posibilidad de que este extraño fenómeno tuviera su origen en un enfriamiento del clima del período Cretácico —gran marco en el que se movieron buena Parte de estos animales antediluvianos— que dio al traste con aquella fabulosa fauna. Como se sabe, los dinosaurios parece ser que se valían de su enorme tamaño para regular la temperatura del cuerpo. Al no disponer de una envoltura aislante, de un abrigo de pluma, pelo o lana, estos monstruos prehistóricos fueron pereciendo. Esta teoría, sin embargo, falla también estrepitosamente...

De haber ocurrido así, lo lógico es que muchos de estos dinosaurios hubieran sobrevivido durante la **Era Terciaria** o **Cenozoica.** Al menos, durante una parte de la misma y en las zonas más calurosas del mundo...

Ninguna de estas hipótesis ha resuelto satisfactoriamente el problema. ¿Por qué tantos y tan diversos grupos de animales antediluvianos fueron borrados del planeta de forma tan simultánea y abrumadora?

Javier Cabrera Darquea sí lo había descubierto en aquella increíble «biblioteca» del pasado de este viejo mundo nuestro.

Y me lo explicó con estas sencillas y, al mismo tiempo, estremecedoras palabras:

—Una gran catástrofe, un cataclismo de proporciones insospechadas, tuvo lugar en la Tierra hace millones de años. Pues bien, esa tremenda destrucción, esa convulsión masiva del planeta terminó con la existencia de esos millones de reptiles gigantescos que habían poblado el mundo desde tiempos remotísimos. Sólo eso, y la metódica y masiva «guerra» que aquella Humanidad sostuvo con los grandes saurios, puede explicar la desaparición de estos animales.

El hombre «gliptolítico» luchó intensamente contra los dinosaurios y demás reptiles. Fue una «guerra» de toda la Humanidad contra estos monstruos... Así se refleja en cientos de piedras grabadas. Fue una «guerra» —y esto es importante— en la que participó toda la civilización que entonces habitaba la Tierra. Una «guerra» a muerte. Sin tregua. Una «guerra» que fue más allá, incluso, de la simple matanza de los saurios, puesto que dicha Humanidad rompió el «ciclo biológico» de estos monstruos prehistóricos, anulando así la supervivencia de las especies.

Estas matanzas masivas y constantes y el formidable cataclismo —que también contribuyó a la anulación del mecanismo reproductor de los reptiles— sí explican esa súbita extinción de los más fantásticos y resistentes animales que jamás hayan poblado la Tierra. De no haber sido por estas razones, quizá hoy muchos de ellos siguieran poblando el planeta...

Aunque en otro capítulo de este libro hablaré más extensamente de la catástrofe mencionada por el profesor Cabrera Darquea, sí quiero exponer ahora —y a título de simple orientación— el origen del cataclismo que acababa de comentar el investigador de las piedras labradas.

—En aquellos tiempos —me explicó Javier—, y tal y como he descifrado en los gliptolitos que forman esta «biblioteca» prehistórica, alrededor de nuestro mundo giraban tres Lunas o satélites naturales.

Un formidable desfase entre la tecnología utilizada por aquella Humanidad y el magnetismo natural de la Tierra fue provocando un desajuste en las órbitas de dos de estas Lunas, que terminaron por caer sobre el Planeta. Este impacto terrorífico convulsionó los continentes y océanos, provocando la indescriptible catástrofe...

Pero dejemos aquí el relato del científico peruano. En aquel instante, mientras Cabrera me explicaba sobre las piedras labradas del desierto de Ocucaje el apocalíptico choque de aquellas Lunas contra nuestro mundo, recordé una de las muchas teorías que sobre este formidable cataclismo mundial se han escrito. Una de las que, quizá por su plasticidad y verosimilitud, más me habían impresionado hasta el momento de conocer las piedras grabadas de Ica. Decía así:

«Siberia nordoriental, 5 de junio del año 8496 antes de Cristo. Son las 12:53 (hora local). Siete minutos antes de la colisión del planetoide con la Tierra.

»El Sol está alto en el cielo, y junto a él se hallan, invisibles en el claro azul, el planeta Venus y la Luna nueva. Los árboles de la linde de la selva virgen proyectan sombras breves sobre el suelo. El musgo verde oscuro crece lozano bajo los altos troncos de pinos, abetos y alerces. El río, saliendo de la selva, discurre, murmurando y gorgoteando, a través de un calvero. Es un espacioso calvero con hierba fina, jugosa, rico en helechos y flores junto a la orilla.

»De pronto retumba un pisoteo entre los arbustos junto al borde de la explanada, las ramas se rompen crepitando y las copas de los árboles empiezan a cimbrearse. Una manada de elefantes se acerca al río...

»A las 14:47 dos elefantes se paran bruscamente. Una fuerza invisible los ha aferrado, y su furia se ha desvanecido de golpe. Debe de haber ocurrido algo espantoso...

»La catástrofe se ha producido hace bastante. La sacudida provocada por la colisión ha empleado una hora y cuarenta y siete minutos para llegar a la tierra de los tunguses. El suelo es recorrido por un temblor: primero es sólo una débil vibración, casi imperceptible, pero luego se hace sensible, violenta. De la selva llega un gemido; un pino gigantesco se dobla, crujiendo, hacia el calvero, abatiéndose con fragor entre los elefantes. Algunos pájaros, despavoridos, levantan el vuelo.

»El disco del Sol parece haber saltado de su sede,

se tambalea en el cielo, luego se detiene, se desliza lentamente hacia abajo, hacia el horizonte, vuelve a detenerse...

»Las sombras de los grandes animales, de los árboles y de los arbustos se agitan convulsas sobre el calvero, se alargan, mientras el río rebulle más fuertemente. Las sombras permanecen alargadas, y el Sol ya no calienta.

»Cuando el temblor remite, la manada de elefantes se pone en movimiento. Inquietos, los grandes proboscidios pisotean la hierba, balancean la maciza testuz, remueven el terreno con las patas... Y la calma renace muy lentamente.

»Transcurren horas sin que pase nada. Hace frío. Los elefantes hace mucho que ya se han puesto a comer de nuevo.

»Son las 20:53. Siete horas y cincuenta minutos después de la catástrofe. La manada sigue en el calvero. Los animales arrancan ramas de los árboles jóvenes y se abrevan en el río. El Sol del atardecer es amarillento, mortecino. De improviso se eleva a distancia un ruido sordo, que crece. Se acerca a fulminante velocidad, y pronto cubre el gorgoteo del río, el canto de los pájaros y estalla como un trueno interminable.

»El jefe de la manada alza la trompa, pero su barrito es ahogado por el enorme fragor. Con todas sus fuerzas inicia la carrera, y los compañeros le siguen. El suelo retumba bajo centenares de patas titánicas, pero el ruido no ahoga el que procede del cielo. Por primera vez en su vida, una de las más potentes criaturas del globo es presa del pánico y corre ciegamente por la selva, derribando arbustos y árboles.

»Pero, a los pocos pasos, la carrera termina. El jefe de la manada se desploma como fulminado por un rayo y muere antes de que su cuerpo toque el suelo. Con él, en los mismos segundos, mueren también los demás. Con él mueren todas las formas de vida de la Siberia septentrional: miles y miles de elefantes, de rinocerontes lanudos y de tigres de las nieves, de zorros, de martas, de aves y reptiles...

»¿Qué había ocurrido?

»A 10.000 kilómetros de aquel calvero siberiano, aquel 5 de junio de 8496 antes de J. C., a las 13 horas, un cuerpo celeste cayó con violencia incalculable en la región sudoccidental del Atlántico septentrional. Aquel planetoide, con sus 18 kilómetros de diámetro, era un enano en comparación con nuestro planeta. Pero las consecuencias de su caída fueron terribles: rompió la costra terrestre y provocó la mayor catástrofe que jamás castigara a la Humanidad.»

Ésta y otras muchas narraciones y leyendas que se han conservado vivas en los corazones de los pueblos de la Tierra denotan un hecho único y terrorífico en la Historia del planeta. Un hecho que, a pesar de la erosión de los siglos, se ha transmitido de civilización en civilización, de raza en raza y de continente en continente. Hace miles o quizá millones de años, algún astro, en efecto, chocó con la Tierra, sembrando la muerte y la desolación. Y esa tragedia apocalíptica ha quedado grabada en el espíritu del ser humano y transmitida de unos hombres a otros.

Pero, ¿cuándo tuvo lugar realmente dicho cataclismo?

Las piedras grabadas que forman la «biblioteca» lítica del doctor Cabrera tienen la respuesta. Una respuesta que no se mueve indecisa en la noche de los tiempos. Es una respuesta concreta. Grabada en piedra.

Pero, como digo, reservemos los detalles de tan tremenda destrucción para la «serie» de piedras que, precisamente, «habla» de dicha tragedia.

Antes de dar por terminado este «capítulo» o «sección» de la «biblioteca» gliptolítica, en la que la olvidada Humanidad del Mesozoico plasmó sus conocimientos y luchas contra los enormes saurios prehistóricos, Javier Cabrera me indicó un detalle fundamental a la hora de valorar las piedras labradas.

—El volumen y trabajo de las mismas —explicó— está en proporción directa a la importancia del tema que se «relata» en dichas piedras. He comprobado este importante detalle en cientos de gliptolitos...

Esto quería decir que, cuanto más pesada fuera la piedra y cuanto más trabajo y esfuerzo se hubiera empleado a la hora de la grabación, más trascendental era la «ideografía» que aquella Humanidad había querido exponer. De ahí, por tanto, que los altorrelieves —por término general— señalaran siempre conocimientos mucho más decisivos que los simples grabados.

Éste era el caso, por ejemplo, de la hermosa y pesada piedra —en altorrelieve— que

Cabrera acababa de mostrarme y en la que se «narraba» el «ciclo biológico» del stegosaurus, así como la forma de exterminar a dicho animal.

Así sucedía igualmente con otra formidable mole de piedra de media tonelada en la que el investigador me mostró toda una «matanza» de hombres, por parte de los dinosaurios...

Cuando contemplé aquella piedra descomunal, mi asombro volvió a dispararse. Labrados en unos altorrelieves finísimos, animales prehistóricos de varios tipos devoraban y atacaban a hombres gliptolíticos.

—Pero, ¿por qué? —interrogué a mi anfitrión.

Tú has visto ya otras piedras donde estos hombres grabaron también ciervos, caballos y toda una extensa gama de animales que conocieron. Sin embargo, todos ellos aparecen grabados en piedras más o menos pequeñas. Aquí no. Con los monstruos prehistóricos, con los grandes reptiles, no ocurre lo mismo. Casi todos están grabados en piedras de gran tamaño y peso. Casi todos en altorrelieves...

»¿Por qué?, preguntas. Porque en estos casos —cuando se toca el tema de los dinosaurios— no se trata ya de "cacerías" más o menos deportivas. Es la "guerra" de toda la Humanidad contra sus mortales enemigos. Por eso plasmaban estas escenas en piedras mayores, con altorrelieves...

»Y esta mole que tienes ante tus ojos es otra viva muestra de lo que te digo. El hombre no debía aproximarse ni entrar en este lugar que señala la roca labrada. Si lo hacía, podía morir. En esta piedra se está señalando un área donde vivían dinosaurios adultos y las formas intermedias de éstos. Eran terrenos de dominio de los grandes saurios...

Una y otra vez me preguntaba cómo podía el doctor Cabrera Darquea haber llegado a estas conclusiones. Una vez explicadas por él, las «ideografías» parecían sencillas, tremendamente claras. Pero, ¿cómo poder descifrar esos conocimientos?

—Existe una clave —concretó el investigador—. Una clave que, después de muchas horas de estudio, me ha permitido tener, al menos, el 75 por ciento del conocimiento del grabado. Sin ese porcentaje mínimo, nadie podría desentrañar con exactitud las grabaciones de los gliptolitos.

»Sin esa clave, por ejemplo, resultaría poco menos que imposible averiguar que en esta otra piedra, uno de estos hombres tiene en sus manos un corazón bilobular, recién extraído de un pelicosaurio...

El profesor de Ica me indicó otra de las piedras grabadas. Allí observé la figura de un hombre que, efectivamente, sostenía un extraño corazón. Y junto al hombre gliptolítico, este reptil prehistórico de gran aleta dorsal y que —según la Paleontología— apareció en el **Carbonífero Superior**, subsistiendo hasta el período **Pérmico Medio.** Es decir, en plena Era Paleozoica o Primaria.

—Este grabado, de gran valor científico —prosiguió Cabrera—, nos está revelando una vez más, el profundo conocimiento que tenía esta Humanidad de la fisiología y anatomía de sus innumerables enemigos.

Aunque el doctor Cabrera me hablaría a lo largo de nuestras numerosas entrevistas de múltiples detalles relacionados con esa «clave», la verdad es que en ningún momento logré que me hiciera una exposición completa y exhaustiva de la misma. Siempre que se lo insinué me encontré con la misma respuesta:

—Sólo haré pública dicha «clave» cuando responda a todos los ataques de que soy objeto desde hace años. Y esa «respuesta» está ya en preparación. En breve será editado un trabajo en el que detallo todas mis investigaciones y descubrimientos en torno a esta «biblioteca».

Desde ese instante me abstuve, por tanto, de seguir interrogando a Javier Cabrera —al menos de forma directa— sobre la «clave». En aquellos momentos, entusiasmado además por el sinfín de conocimientos que tenía a mi alcance, consideré más oportuno empaparme a fondo de las «ideografías» y grabaciones que podía ver y tocar.

Aquella «serie» dedicada a los animales prehistóricos y en la que había podido descubrir nada más y nada menos que 37 tipos de grandes saurios, perfectamente clasificados por la Paleontología, así como otros muchos, desconocidos aún para la Ciencia moderna, me había abierto ya nuevos e indescriptibles horizontes.

¿Es que era posible entonces que el ser humano hubiera CONVIVIDO con los monstruos antediluvianos?

La prueba estaba en cientos de piedras grabadas. Pero el propio Javier Cabrera me iba a relatar un descubrimiento acaecido no hace mucho en el vecino país de Colombia y que venía a ratificar todas sus afirmaciones.

CAPÍTULO 4
SENSACIONAL HALLAZGO EN COLOMBIA

Recuerdo que cada vez que planteé este tema ante arqueólogos y antropólogos me sentí como el hereje que, irremisiblemente, termina condenado y vilipendiado.

«Pero, ¡hombre de Dios!, cómo se le ocurre pensar que el ser humano pudo conocer y convivir con los grandes reptiles y monstruos prehistóricos...»

Los sabios consagrados de la Paleontología a los que tuve el atrevimiento de consultar sobre las piedras grabadas de Ica terminaban siempre por entonar estas frases con tanta indulgencia como burla...

«Es lamentable e increíble que pueda usted desechar de esta forma —remataban siempre— los miles de volúmenes de tantos y tantos especialistas del mundo entero, mucho más expertos y preparados...»

«Está demostrado y claro —dogmatizaban otros— que el hombre hizo su aparición en la Tierra hace Poco más o menos un millón de años...»

«Todos sabemos —concluían las máximas autoridades en Paleontología— que esos animales antediluvianos existieron en el mundo hace millones de años. ¿Cómo podemos entonces aventurar semejante desatino?».

Y uno, que no es experto en nada, terminaba por guardar sus audaces hipótesis y teorías y desaparecer de la vista furibunda e indignada de los «sumos sacerdotes» de la Ciencia...

Pero «algo» seguía diciéndome que aquel radicalismo, que aquella intransigencia, no podían estar en posesión absoluta de la verdad...

En las grabaciones de la «biblioteca» lítica del Perú podía comprobarse con toda claridad cómo el ser humano «convivía» con estos formidables y extinguidos saurios de eras remotas. Mas, para estos arqueólogos, no era suficiente...

«Quizá algún día —pensé—, cuando el hombre pueda desenterrar con sus propias manos los restos fosilizados de estos monstruos arcaicos y, a su lado, los de un ser humano, todo pueda cambiar... »

Pero estaba equivocado una vez más.

Porque ese descubrimiento se produjo ya hace tiempo. El propio doctor Cabrera me lo señaló:

—El antropólogo Henao Marín encontró recientemente en un lugar de Colombia, denominado El Boquerón, los restos fosilizados de un monstruo prehistórico: un iguanodonte.

Este hallazgo no habría tenido mayor importancia de no haber ido acompañado por otro fantástico descubrimiento.

Henao Marín desenterró también —¡y en el mismo estrato geológico!— los huesos de un hombre...

—Un ser humano —continuó Javier Cabrera con entusiasmo— que, según parece, perteneció al tipo de Neandertal.

¿Qué significa esto? Que el hombre sí convivió con los grandes saurios prehistóricos.

Henao Marín, según tengo entendido, comunicó su sensacional hallazgo a otros científicos de Estados Unidos. Sin embargo, hasta ahora se ha silenciado...

Esta importante e irrefutable prueba se encuentra también a la vista de cuantos especialistas y científicos deseen ratificarla. Basta con dirigirse a la Universidad colombiana de Quindio, en Tolima, donde Romero Henao Marín ejerce en la actualidad. La cabeza de dicho iguanodonte se encuentra depositada en la mencionada Universidad.

(El iguanodonte —según reza la Ciencia moderna— vivió en el Cretácico Inferior. Es decir,

hace más de 65 millones de años. En 1887 fueron descubiertos los esqueletos de veinte de estos dinosaurios, mientras se trabajaba en una mina de carbón. Los adultos medían unos nueve metros de longitud. Sus patas delanteras no eran de gran tamaño, y disponían de uñas como ganchos. Los dedos pulgares formaban una especie de ancha y aguda espina que debió constituir un arma defensiva muy efectiva. Aunque los primeros ornitópodos poseían una sola fila de dientes en cada mandíbula, el iguanodonte tenía una batería de varias hileras, de modo que continuamente le salían dientes nuevos, mientras los viejos se gastaban y caían.)

Sin embargo, aunque espectacular y decisivo, este hallazgo de Colombia no ha sido el único.

—En las propias tierras peruanas de Ayacucho —señaló Javier Cabrera— se han descubierto también restos fosilizados de megaterios. Y, junto a ellos, ¡utensilios e instrumentos! Esto ratificaba, una vez más, que el hombre pobló el planeta en épocas mucho más remotas de lo que la Paleontología atestigua...

»Sin embargo, ¿sabes cuántos años le otorgaron los paleontólogos e ilustres hombres de ciencia a esos restos humanos que aparecieron junto a los utensilios y huesos del megaterio?

Esperé la respuesta de Cabrera Darquea. Y el investigador, con amargura, contestó:

—¡Veinte mil años...! O sea, que el propio descubridor le niega valor a su descubrimiento.

—¿En qué época fija la Paleontología la presencia de los megaterios sobre la Tierra?

—Los primeros se remontan a los comienzos de la Era Terciaria. Es decir, hace más de 60 millones de años.

¿Y los últimos?

—La Ciencia asegura que dejaron de existir bastante antes del comienzo de la **Era Cuaternaria.** Según esto, debemos remontarnos más allá del millón de años. Pero, entonces, vuelvo a preguntar: ¿por qué MacInnes fija la edad de esos restos en 20.000 años?

(La Paleontología asegura, en efecto, que, junto a los ungulados primitivos de América del Sur vivió otro grupo placentario rudimentario —los desdentados— del que los armadillos, osos hormigueros y perezosos son los únicos supervivientes. Los armadillos omnívoros se conocen ya desde el Paleoceno —comienzo del Terciario—, aunque los actuales son comparativamente pequeños. Uno de los géneros del Pleistoceno, por ejemplo, fue tan grande como un rinoceronte. Los perezosos arbóreos son desconocidos como fósiles, aunque sus parientes extinguidos —los perezosos terrícolas— resultaron muy notables. Son conocidos ya desde el período Oligoceno. Se nutrían de hojas de los árboles y arbustos cuyas ramas inclinaban hacia abajo con sus fuertes garras. Los perezosos primitivos medían solamente pocos centímetros, aunque el megaterio —de seis metros y ubicado en el período Pleistoceno— era grande como un elefante, alcanzando, incluso, varias toneladas de peso.)

—Pero, hay más. ¿Por qué calla también la Paleontología —me subrayó el investigador iqueño— ante los formidables descubrimientos de los soviéticos?

»En cierta ocasión visitó Perú el académico Suppov. Y se acercó hasta Ica. Tenía grandes deseos de conocer las piedras grabadas. Fue en esa ocasión cuando me confesó que su compatriota Gravoski defendía también el hecho de que habían existido otras Humanidades en el remoto pasado de la Tierra...

»Pues bien, Suppov había pronunciado algunas conferencias en Perú —al igual que en otras partes del mundo— detallando cómo antropólogos hindúes habían facilitado información a sus colegas rusos sobre la existencia de huesos humanos, englobados en rocas mesozoicas. ¡Rocas que tienen más de 65 millones de años!

»Pero, naturalmente, esto no interesa a los arqueólogos y antropólogos del mundo. Esto desequilibra y descompone sus teorías, sus cánones tradicionales. Admitir estos hechos incuestionables significaría para ellos un reajuste absoluto en sus enseñanzas, en sus esquemas mentales, en sus libros...

»El hallazgo de Henao Marín no interesa porque no es convencional. Porque lanza por tierra lo que ya conocíamos y dábamos por infalible... Porque nos Plantea una panorámica distinta, difícil, revolucionaria, fuera de todo molde o convencionalismo.

»"El hombre surgió en el Cuaternario —dicen los paleontólogos y antropólogos—. El hombre no supo jamás del dinosaurio." Ahí comienza y ahí termina nuestro mundo... Pero, ¿y esos 4.999 millones de años que faltan...?

Javier Cabrera echó mano del paquete de cigarrillos. Habíamos llegado a un punto duro, espinoso. Cargado de oscuridad para Javier, cargado de prejuicios...

Traté de centrar el problema y pregunté al médico de lea:

—Sin embargo, doctor, tienes que reconocer conmigo que el «salto» en el tiempo (desde esa Humanidad del Mesozoico hasta nuestros días) es enorme, casi inconcebible. Excesivo...

—Esa misma objeción le hicieron a Mellino. Cuando éste encontró un hombre en el Mioceno —hace 29 millones de años—, Paul Rivet afirmó que no podía admitir tal cosa, que resultaba imposible que el hombre hubiera permanecido en la **Edad de Piedra** desde entonces, desde el Mioceno, hasta la llegada de los conquistadores españoles. Pero esto es una barbaridad.

»Cuando los españoles llegaron a Sudamérica no nos encontraron en la Edad de Piedra. Ni mucho menos... Existía una organización social. Una cultura. El imperio incaico, por ejemplo, era teocrático-socialista. Disponía de una organización fantástica.

»Pero, ¿sabe dónde aprendió el hombre inca esas y otras muchas cosas? En estas piedras. En el "mensaje" gliptolítico. Porque estas piedras eran conocidas ya en la época de los conquistadores. Hay testimonios de jesuitas que acompañaron a los españoles en la colonización donde se especifica que estas piedras eran conocidas ya por los indios. Cieza de León afirma en sus escritos que las denominaban **"piedras Manco".**

»Pero, volvamos a tu planteamiento. Es cierto que existe un gran vacío entre la Humanidad de hace más de 65 millones de años y nosotros. Sin embargo eso no tiene por qué significar que dicho período fuera estéril, que no existieran otras civilizaciones, otras Humanidades en el planeta. No sabemos en realidad cuántas veces el hombre se vio obligado a empezar de nuevo...

»El hecho de haber encontrado en distintos estratos geológicos al hombre de Neandertal, de CroMagnon y ahora el de Leakey es algo puramente accidental, que nunca podrá darnos una idea global y absoluta de las razas y civilizaciones que poblaban la Tierra en dichas Eras.

»Son estas piedras grabadas en realidad el primer gran testimonio de la existencia de una de esas Humanidades. Si no las hubiéramos encontrado seguiríamos pensando que nuestro "filum" era el primero, el único.

»Seguiríamos creyendo que nuestra civilización arrancó con los sumerios, hace 7.000 años. Porque más allá de los sumerios, ¿qué sabemos en realidad? Sólo hechos aislados: Cro-Magnon, Leakey, etc.

»Nos han faltado descubrimientos que completasen la Historia de las distintas civilizaciones.

»Es posible que esas 40.000 tablillas sumerias constituyan otro "mensaje". Pero tampoco han sido estudiadas suficientemente. Si en las escasas tablillas sometidas a investigación hemos encontrado que aquel hombre conocía ya la "letra de cambio", la Medicina, las Matemáticas, etc., ¿qué contendrá realmente la totalidad de esa formidable "biblioteca" que constituyen las 40.000 tablillas de cera?

»Y, sin embargo, ahí están. Esperando que los científicos del mundo las investiguen en profundidad.

»Nuestra Humanidad —tenemos que reconocerlo— no ha empezado siquiera a estudiar lo que tiene a su alrededor. ¿Cómo podemos hablar entonces, cómo podemos dar por hecho que "somos los primeros"? ¿Qué sabemos realmente lo que ocultan otros estratos geológicos más profundos? Ahí tenemos a Richard Leakey... Con un solo hallazgo ha conmocionado todas las teorías de la Paleontología. Su **hombre de Olduvai**, con esos dos millones y pico de años, ha echado por los suelos las hipótesis tradicionales sobre el "nacimiento" y aparición del hombre sobre la Tierra...

»Las piedras grabadas de Ica constituyen tan sólo el comienzo de una nueva era para la Ciencia. Una era que nos exige y exigirá cada vez más mentes abiertas, capaces de comprender y aceptar que nuestros principios y conocimientos no tienen por qué ser definitivos.

Estas palabras de Javier Cabrera, pronunciadas ante la pasmosa realidad de aquellas 11.000 piedras grabadas, me harían reflexionar durante mucho tiempo.

Al regresar a España y publicar estos nuevos descubrimientos del profesor Javier Cabrera iba a encontrarme con otra sensacional noticia, que venía a consolidar los grabados de las piedras de Ica.

En la provincia española de Soria se había encontrado otro testimonio de la convivencia entre el hombre y los dinosaurios.

En la localidad de Navalsaz —y según me revelaría el vizcaíno don Rafael Brancas— han sido descubiertas más de 500 huellas de tyrannosaurio. Y junto a esas huellas petrificadas en lastras de roca caliza compacta, ¡la huella, también petrificada, de lo que indudablemente parece un pie humano!

El descubrimiento es sencillamente trascendental.

Estas huellas de tyrannosaurio —según los estudios realizados en la zona— se encuentran en un terreno que corresponde al período Cretácico, último de los de la Era Mesozoica o Secundaria. En aquella época —hace más de 70 millones de años—, dicha zona debía de encontrarse bordeada por aguas marinas. Los grandes animales prehistóricos pasarían posiblemente por el lugar, dejando sus huellas en el fango que formaban las arcillas plásticas.

Aluviones posteriores fueron recubriendo las huellas. Se produjo un plegamiento, formándose una capa superior de esquistos o pizarrillas menos sólidas, capa que fue desapareciendo posteriormente por efecto de la erosión, quedando al descubierto sus huellas perennes, solidificadas al haberse convertido los arrastres en caliza.

Pero, ¿qué puede significar esa huella petrificada de un pie humano, en la misma zona donde han sido contabilizadas más de 500 pisadas de saurios prehistóricos?

Sin embargo, las dudas que planteaba un descubrimiento como el de la «biblioteca» lítica no eran pocas. Y después de salir de unas, siempre se levantaban otras, como si se tratase de un oleaje eterno...

Una de las máximas autoridades españolas en Arqueología me había puesto en un verdadero callejón sin salida cuando le puse en antecedentes de la existencia de la gran «enciclopedia» lítica del Perú.

«Y dígame —había preguntado el catedrático de la Universidad de Madrid—, si los Andes se levantaron en la Era Terciaria, ¿cómo me explica usted que esas piedras tengan grabados que reflejan animales de la Era Secundaria...?»

CAPÍTULO 5
OCUCAJE: MÁS DE 500 MILLONES DE AÑOS

Aquella pregunta del catedrático de la Universidad de Madrid, máxima autoridad en España en lo que se refiere a Prehistoria sudamericana, me desconcertó durante una buena temporada. Ante tales argumentos, yo sólo podía guardar silencio.

Por eso, al volver a Perú e iniciar mis entrevistas con Javier Cabrera, una de mis primeras preguntas fue ésta:

—Si los Andes se levantaron en el Terciario, ¿cómo demonios han sido grabadas en esas piedras motivos e «ideografías» de una era anterior? Porque los arqueólogos —le apunté al médico de Ica— afirman que esta zona de la costa del continente es «terciaria».

Cabrera sonrió y movió su cabeza con gesto cansado. Acudió una vez más a los archivos y extendió sobre su mesa un amplio y detallado plano geológico. Y rogó que me acercara.

Tú no podías responder en ese momento porque no tenías en tu poder este plano geológico que han confeccionado los ingenieros y especialistas del Gobierno del Perú.

El corazón me dio un vuelco.

—... La llamada **«Revolución de la Montaña»** se produjo —según dice la Ciencia— en la Era Secundaria. Al final de dicha etapa —poco más o menos hace 65 millones de años— se registró un formidable cataclismo, saltando la mayoría de las montañas del planeta. Y aparecen los Apeninos, Montañas Rocosas, Alpes, Himalaya, Alto Atlas y, por supuesto, los Andes.

»Pero, el hecho de que la cordillera andina se levantara en esos tiempos no significa que el resto de la costa peruana, y concretamente, el departamento de Ica, "naciera" con

ella...

»Y aquí está la prueba. Los técnicos peruanos han trazado este mapa geológico de Ica. ¿Y qué vemos en él? ¡Que Ocucaje pertenece a la Era Paleozoica! Es decir, surgió mucho antes que los Andes.

»El terreno donde se encuentran las piedras grabadas corresponde, por tanto, a una era muy anterior a los Andes. Y junto a zonas del Paleozoico, los geólogos han descubierto también otras áreas del Mesozoico y del Terciario y —¡cómo no! — del Cuaternario... Ocucaje es una pura y constante sorpresa en ese sentido. En el departamento de Ica se han encontrado, incluso, diatomeas, que corresponden al Precámbrico. ¡Y en superficie! Eso nos remonta ya a tiempos anteriores a la Era Primaria, hace más de 500 millones de años.

»Sin embargo, nos empeñamos en afirmar que esta zona de la costa de sudamérica se levantó única y exclusivamente cuando lo hicieron los Andes…

»Pero disponemos de un segundo dato, vital para completar este aspecto del problema. Porque una de las placas tectónicas del globo se encuentra precisamente aquí, en Nazca. Y abarca no sólo la citada área de Nazca, sino los departamentos de Ica, Ayacucho y bastante más. Entonces, si la placa tectónica de Nazca es mucho más antigua que los Andes y las piedras grabadas han sido encontradas en dicha placa tectónica, ¿por qué los arqueólogos siguen empecinados en que esta "biblioteca" no puede ser anterior al surgimiento de los Andes?

»Yo les pido nuevamente que se acerquen a Ica, que estudien las piedras, que analicen los terrenos...

—Según esto, ¿qué edad podrían tener los grabados y altorrelieves de las piedras?

—Nadie puede averiguarlo realmente. Podrían ser de finales del Mesozoico, con más de 65 millones de años. O del comienzo, con más de 200 millones... ¡Y quién sabe si mucho más...!

»Observa el plano geológico y te darás cuenta de otro detalle extraordinario. El verdadero "arqueólogo" de esta zona de Ocucaje ha sido el río Ica...

»Él ha abierto los estratos. Él los ha dejado al descubierto. Y aquí ves zonas que pertenecieron al Paleozoico... El río nos está mostrando una verdad incuestionable.

»Pero estamos hablando de millones de años... Todo el mundo maneja estas cifras con la mayor naturalidad, como si realmente pudiéramos demostrar que el tiempo geológico y cósmico es similar al humano... »

Aquello me intrigó. ¿Qué quería insinuar Javier Cabrera?

—Tenemos, por ejemplo, el **Carbono-14...** —insinué.

—No, no nos puede servir. Pero, querido amigo, ¿qué es en realidad el tiempo? ¿Cómo podemos medirlo? Yo sólo sé que el tiempo es una noción biológica consciente. Soy yo quien elaboro y «fabrico» el tiempo… Podemos remontarnos quizás hasta 7.000 o 10.000 años. Pero, ¿y después? ¿Qué prueba tenemos, cómo podemos establecer una conexión a través de los tiempos?

»El **hombre de Cro-Magnon** tiene 40.000 años. Eso dicen los paleontólogos. Pero, ¿es que puedo estar seguro de esa afirmación? ¿Es que el procedimiento del Carbono-14 es válido? ¿Infalible?

»Todos conocemos la forma en que el carbono se hace radiactivo en la atmósfera. Se combina con el oxígeno y el agua y a través de la hoja vegetal pasa a ser parte de la materia orgánica. Al perder su radiactividad debe marcar 40.000 años...

»Si yo encuentro una pieza que tiene el 50 por ciento de radiactividad que era constante, esa pieza deberá tener —según este procedimiento— 20.000 años. Pero, ¿que seguridad tengo yo del momento en que pasó de **C-12** a **C-14**? ¿Es que tengo la seguridad absoluta de que esa materia orgánica no se contaminó con algo radiactivo, desfigurando así la verdadera antigüedad?

»Muchas de las materias que analizamos a través del Carbono-14 son "mudas" a dicha medida. ¿Cómo medir entonces? Debemos comprender que todos estos métodos para tratar de averiguar la antigüedad pueden ser incorrectos. Y, sin embargo, les hemos dado una validez casi absoluta...

»Cuando nos referimos a millones de años estamos hablando de algo que escapa a nuestras posibilidades de concepción. Fuera de nosotros mismos el tiempo no existe. Por

eso te decía antes que el tiempo geológico y cósmico está divorciado del tiempo humano. Encontramos fósiles, sí, en distintos estratos. Pero, ¿cómo medir su antigüedad con precisión?

»Esta "biblioteca" sí nos está ofreciendo, en cambio, la primera posibilidad de hacer una medición real del tiempo. Estas piedras nos están mostrando el "tiempo" de otra Humanidad. Un "tiempo" distinto al nuestro...

El sistema más utilizado hasta el momento para averiguar la antigüedad de las materias orgánicas es el llamado del Carbono-14 o C-14. Para su empleo se parte de la base de que en nuestra atmósfera existe el isótopo radiactivo del carbono (C), de peso atómico 14, en una cantidad que ha permanecido invariable a través del tiempo. Dicho isótopo es absorbido por todas las plantas, que lo contienen en la misma cantidad, tanto si se trata de árboles como de raíces u hojas o simple hierba. Por otra parte, todo organismo viviente absorbe -de una u otra forma- sustancias vegetales, o sea, que también el organismo humano y animal contiene C-14. Sin embargo, las sustancias radiactivas tienen un determinado período de desintegración, siempre y cuando no se introduzcan nuevas sustancias del mismo carácter. Este período de desintegración se inicia con la muerte, en el caso del hombre y de los animales, y en las plantas, con la recogida de la cosecha o la quema de las mismas. Para el isótopo del C-14 se cree que existe un término medio, cuyo valor es de unos 5.600 años. Esto significa que 5.600 años después de la muerte de un organismo se encuentra aún en él la mitad de la cantidad original de C-14. Después de 11.200 años, sólo una cuarta parte. A los 22.400 años, una octava parte, a los 44.800 años, una dieciseisava parte, etc. El contenido en C-14 de una sustancia orgánica fósil se puede saber por medio de un complicado procedimiento de laboratorio, ya que se conoce la cantidad original de C-14 existente en la atmósfera. Y sabiendo que en nuestra atmósfera es constante el contenido en C-14, se puede determinar la edad de un hueso o de un pedazo de madera, por ejemplo.

Pero, he aquí algo realmente significativo, que apoya las teorías de Javier Cabrera. Si se corta, por ejemplo, hierba o matorral al borde de una carretera, se quema y se somete al procedimiento del C-14, la ceniza de estas plantas nos revela una edad de ¡miles de años! ¿Por qué? Todos los días, dichas plantas absorben grandes cantidades de carbono procedente de los tubos de escape de los coches que pasan. Este carbono procede del petróleo, y éste, al mismo tiempo, del material orgánico que hace millones de años dejó de absorber C- 14 de la atmósfera. De este modo, un árbol cortado cerca de un distrito industrial puede dar una edad de 50 años por los anillos de su corteza y de miles de años si empleáramos el referido sistema del Carbono-14.

En aquellos instantes no logré captar lo que Javier Cabrera trataba de decirme. Fue algún tiempo después —al referirse a la piedra denominada del cometa Kohoutek— cuando comencé a comprender.

—Tú mismo te has referido hace un momento a los estratos geológicos —intervine—. ¿Es que éstos no constituyen un aceptable «calendario» para el hombre?

—Los estudios geológicos nos dicen que éste o aquel estrato pertenecieron al Paleozoico o Mesozoico. Sin embargo, eso es puramente convencional. ¿Cómo tener seguridad absoluta a la hora de fijar las edades de dichos estratos? Sólo lo conseguiríamos si pudiéramos «comunicarnos» con las rocas...

»Sí, es cierto que hay un sistema para intentar establecer esa "conexión" con las rocas. Es cierto que se puede lograr mediante los "relojes atómicos". Sé que, a través de las curvas de integración de los átomos radiactivos que encontramos en las rocas, podemos intentar ese difícil paso. Sé que, a través de la cantidad de plomo que queda como residuo de la desintegración de un átomo que fue radio, torio o uranio, podríamos buscar la antigüedad de la roca...

»Pero, repito, ¿quién nos asegura que esa radiactividad residual es exacta? Ha transcurrido demasiado tiempo. ¿Cómo sabemos que no fue alterada por el paso de ese tiempo? ¿Cómo averiguar si una capa fue primera o segunda? ¿Quién puede decir a ciencia cierta el número de veces que ha cambiado la corteza terrestre?

»¿Podemos estar seguros de eso?

Javier Cabrera regresó a su sillón y, señalando los libros que se alineaban en las estanterías de su despacho, prosiguió:

—Lo que ocurre es que damos como ciertos —dogmáticamente— una serie de conocimientos...

»"Así es", decimos. "Así está aceptado...". Pero, ¿qué quiere decir "así está aceptado"? Te lo diré: que convencionalmente hemos llegado a eso. Hemos convenido que así sean las cosas, nada más.

»Y volvemos a lo de antes. ¿Es que hay alguien en este mundo que pueda demostrar que el tiempo existe en realidad? Dime, ¿qué es el tiempo...?

»El tiempo existe porque existimos nosotros. El tiempo es una noción. Sabemos que ni siquiera en nuestro propio mundo —cuando dos personas se encuentran en hemisferios diferentes— pueden sincronizar sus relojes. ¿Y qué ocurre si salimos del Sistema Solar? ¿Qué nos sucederá el día que el hombre cruce el Cosmos a la velocidad de la luz? ¿Es que ese tiempo será el mismo de la Tierra?

»Nadie puede precisar la antigüedad de algo que está tan alejado de nosotros.

»Esta Humanidad que hemos descubierto a través de las piedras grabadas de Ica vivió en otro espacio-tiempo. Y lo mismo nos sucede a nosotros, esta Humanidad que ahora está realizándose. Y lo mismo debió de ocurrirles a otras civilizaciones o Humanidades que un día aparecieron sobre el Planeta. Porque estoy convencido de que el hombre "gliptolítico" no ha sido tampoco el primero en la realización global del llamado género humano.

Estas afirmaciones de Javier Cabrera estaban respaldadas por un hallazgo —también en las piedras grabadas de Ica— que algún día, cuando el hombre se encuentre preparado para encajarlo, arrojará sobre el mundo toda la luz que hoy falta, en torno al más grande de los misterios que siempre se planteó el ser humano. Un hallazgo, una «serie» de piedras labradas, que Javier Cabrera mantiene separada del resto de la colección, y que sólo muestra a personas de su entera confianza.

Ese **«cuarto secreto»** será desvelado algún día por el investigador de Ica. Pero, mientras él no lo haga, mientras no sea estudiado y comprobado meticulosamente, deberá permanecer cerrado.

Quizás algún día, no muy lejano, me sienta con fuerzas para emprender la divulgación de esa **«Primera Maravilla del Mundo»**, que encierra el referido «cuarto secreto» de la «biblioteca» prehistórica.

Pero volvamos al resto de la colección.

Después de varios días de estancia en Perú, y mientras ponía en orden mis primeras charlas con Javier Cabrera, tuve la oportunidad de conocer a una personalidad que iba a aportar nuevos y sustanciosos datos sobre la «biblioteca» de piedra. Un hombre que había conocido las piedras labradas ¡cuatro años antes que Cabrera!

CAPÍTULO 6
«NO SON RECIENTES»
(DICTAMEN DE LA UNIVERSIDAD DE BONN)

Fue una sorpresa para mí. Siempre creí que las piedras grabadas del desierto de Ocucaje habían sido descubiertas hacia 1966, cuando los campesinos de dicha zona comenzaron a desperdigarlas por medio Perú.

Pero no. Alguien de gran prestigio en Lima iba a sacarme de mi error. Y me alegré profundamente de que no fuera el propio Javier Cabrera Darquea quien me hablara de esta importante prueba en pro de la legitimidad de la «biblioteca» lítica.

Don Santiago Agurto Calvo, arquitecto y ex rector de la Universidad de Ingeniería de Lima, tiene en su hogar varios cientos de piedras grabadas, idénticas a las que yo había examinado en el centro-museo de Ica.

¡Oh, sorpresa! Allí, en el patio de la casa del arquitecto, observé también altorrelieves y grabaciones de animales Prehistóricos, en convivencia con el hombre...

Don Santiago Agurto —hombre reposado y ecuánime— me resumió así sus interesantes experiencias y conocimientos, en relación con la «biblioteca» de piedra:

—Hace aproximadamente cuatro años —hacia 1962— comenzaron a aparecer en los alrededores de la Hacienda Ocucaje, en el departamento de lea, unas extrañas piedras que, según los «huaqueros»* del lugar, se hallaban en las tumbas de los ricos y abundantes

cementerios prehispánicos de lugares como Cerro Blanco, La Banda, Paraya, Chiquerillo, Cayango, etc.

* La palabra «huaquero» hace referencia, en Perú, a quien se dedica a la búsqueda —generalmente de forma ilegal y clandestina— de «huacos», que es la denominación dada a determinadas vasijas de cerámica, así como de momias y todo tipo de restos y piezas arqueológicas.

»De acuerdo con la versión más frecuente, las piedras se encontraban en los entierros correspondientes a las culturas Paracas, Ica y Tiahuanaco, aunque algunos "huaqueros" sostenían que también las había en restos Nazca e, inclusive, Inca.

»Dichas piedras, aparentemente cantos rodados de variado tamaño y color, presentaban la particularidad de estar labradas —burdamente las unas y primorosamente las otras— representando "imágenes" o dibujos inidentificables: insectos, peces, aves, felinos, figuras fabulosas y seres humanos. Unas veces aparecían individualizadas, y otras, mezcladas en elaboradas y fantasiosas composiciones.

»A fines de 1962, como digo, tuve la oportunidad de conocer estas piedras y de adquirir algunas a los "huaqueros" de Ocucaje.

»Éstos las vendían a precios que fluctuaban entre los 10 soles para las más chicas y los 120 para las más grandes.

»La sorpresa al encontrar un material arqueológico inédito en la costa peruana y la extraordinaria belleza de algunas de las piedras, como usted comprenderá, hicieron que me interesara en todo lo concerniente a ellas.

»Pude reunir así, por boca de "huaqueros", una serie de datos, probablemente no siempre verídicos y hasta contradictorios a veces, pero que me proporcionaban un marco provisional de referencia a la historia de las piedras.

»Con posterioridad, conversé al respecto con estudiosos y coleccionistas, quienes afirmaron que poco o casi nada era lo que se conocía respecto de las piedras, que había dudas sobre su autenticidad y que, probablemente, no fuesen sino obra de algunos falsificadores locales de piezas arqueológicas.

—¿Y qué razones esgrimían?

—En primer lugar, que nunca antes de 1962 se habían encontrado tales piedras, a pesar de que la zona había sido abundantemente excavada.

»Segunda: que los hallazgos habían sido hechos por personas a las que no se les podía dar mayor crédito.

»Tercera: que para labrar las piedras en forma tan nítida y precisa era necesario poseer, dada la dureza de la materia, metales y herramientas que no conocieron los antiguos peruanos.

»Y, por último, que en algunas de las piedras había motivos que no correspondían a las culturas locales y que, en otras, se mezclaban motivos de culturas diferentes.

»Las opiniones expuestas —como puede usted ver— no resultaban del todo convincentes, salvo la relativa al tipo de metal necesario para realizar el trabajo. Evidentemente, si el labrado de las piedras requería un metal no conocido por los antiguos peruanos, dichos objetos no podían ser prehispánicos...

»Por ello, y a fin de iniciar una investigación sobre el particular, lo más conveniente consistía en determinar si el grado de dureza de las piedras era tal que su tallado obligase al empleo de un metal desconocido en el antiguo Perú. El resultado, en caso positivo, determinaría definitivamente que las piedras no eran de origen prehispánico. Pero, en caso contrario, abriría la posibilidad de que tal origen fuera el auténtico, lo cual justificaría proseguir la investigación.

»Con tal finalidad recurrí a la Facultad de Minas de la Universidad Nacional de Ingeniería,

en cuyos laboratorios, los ingenieros Fernando de las Casas y César Sotillo llevaron a cabo un concienzudo estudio...

Por primera vez en todo el proceso de investigación de las piedras grabadas de Ica me encontraba ante un documento oficial, ante una prueba auténticamente imparcial. Y escuché con profunda atención.

—Este análisis decía así, en sus partes esenciales:

« 1.° Todas las piedras son "andecitas" fuertemente carbonatizadas, a pesar de que por su coloración y textura externas parecen ser entre sí de distinta naturaleza.

»2.° Las piedras proceden de capas de flujos volcánicos correspondientes a series del Mesozoico, características de la zona.

»3.° La acción del intemperismo ha atacado la superficie de las piedras, cambiando los feldespatos en arcilla, debilitando por tanto su grado de dureza externa y formando una especie de cáscara que rodea la parte interior.

»4.° La dureza exterior corresponde en promedio al grado 3 de la escala de Mohs,* llegando a ser de hasta 4,5 grados en la parte interna no atacada por el intemperismo.

»5.° Las piedras pueden ser trabajadas prácticamente con cualquier material duro, como huesos, conchas, obsidianas, etc., y, naturalmente, con cualquier instrumento metálico prehispánico.»

* La dureza de un mineral se determina por su capacidad para rayar o ser rayado por otros, de acuerdo con la escala de dureza llamada «escala de Mohs», según el mineralogista que la propuso hace más de un siglo. Dicha escala es la siguiente: 1 para el talco; 2 para yeso; 3 para calcita; 4 para fluorita; 5 para ªpatita; 6 para ortoclasa; 7 para cuarzo; 8 para topacio; 9 para rindón y 10 para el diamante.

—Según veo, las piedras han sido catalogadas como procedentes de flujos volcánicos de la Era Mesozoica...

—Así es. Esa era abarcó desde los 65 o 70 millones de años, hasta los doscientos y pico, según tengo entendido.

Todo iba encajando. Y recordé las palabras de Javier Cabrera sobre el terreno de donde eran extraídas las piedras grabadas:

«... El plano geológico —había dicho el médico iqueño— confirma que Ocucaje es Paleozoico y Mesozoico... »

Pero las coincidencias no habían hecho sino empezar. Rogué a Santiago Agurto que continuara su relato. Y el arquitecto prosiguió:

—Por fin, las pruebas que se hicieron con utensilios de hueso y de piedra de las distintas culturas iqueñas demostraron que éstos eran perfectamente capaces de dejar en las piedras las mismas huellas, surcos y trazos que conformaban sus labrados.

»Como estos resultados permitían suponer el origen prehispánico de las piedras, continué con las investigaciones.

»Y observé, por ejemplo, que la forma de las piedras era, en general, la de cantos rodados, si bien aquéllas presentaban distintos grados de rodamiento. El tamaño variaba desde muy pequeño —3 por 2,5 por 1,5 centímetros— hasta el de 40 por 25 y por 20 centímetros en los ejemplares más grandes que yo pude conocer.

»En mi estudio averigüé también que las piedras habían sido trabajadas adecuando la decoración a su forma. En algunos casos es muy notable el uso escultórico de la forma básica, la misma que ha sido hábilmente complementada para lograr el efecto deseado.

—Creo que analizó usted también las incisiones...

—Así es. Las figuras que decoran las piedras que yo tuve la oportunidad de estudiar habían sido trabajadas mediante incisiones de fondo acanalado, mediante chaflanes que producen la impresión de falsos relieves o mediante el procedimiento de rebajar la superficie que rodea a las figuras, para lograr un auténtico altorrelieve. En algunas piedras encontré sólo una de estas técnicas, pero, en muchas de ellas, es frecuente el uso de dos y hasta de los tres sistemas.

»En cuanto a las herramientas empleadas, parece como si las hubieran utilizado a manera de buriles y cinceles. En todos los trabajos se nota que las incisiones y rebajos

afectan sólo a la "cáscara" intemperizada, lo cual explica la factibilidad del trabajo y de la perfección lograda en él.

»La investigación planteada era sumamente interesante y, poco a poco, se iban obteniendo datos que favorecían la atribución de un origen prehispánico para las piedras. Pero, lógicamente, el medio más efectivo de despejar las dudas consistía en comprobar fehacientemente su presencia en restos arqueológicos.

»Fue así como, después de haber visitado repetidas veces la zona de Ocucaje, recogido abundante información al respecto, conocido gran parte de las colecciones de piedras existentes y efectuado los estudios preparatorios, juzgué llegado el momento de realizar trabajos de campo...

»Pues bien. Después de varios y frustrados intentos, el 20 de agosto de 1966 tuve la suerte de hallar una piedra labrada en una tumba de un cementerio prehispánico del sector llamado Tomaluz, en la Hacienda Cayango del departamento de Ica».

Don Santiago Agurto se incorporó y abandonó el patio donde nos encontrábamos. A los pocos instantes regresaba con un «huaco» de color tierra entre sus manos. Pero no mostró su contenido hasta pasado un buen rato...

—El cementerio, situado en una zona arqueológica profusamente excavada desde hacía tiempo —prosiguió—, acababa de ser descubierto. Pertenecía, según parece, a un pequeño sector de un gran complejo necrológico.

»La tumba en cuestión se encontraba en la parte superior, orientada Norte-Sur según su eje longitudinal.

»Al excavar dicha tumba encontramos restos humanos, ceramios, y dentro de uno de éstos, una piedra labrada.

En aquel instante, el arquitecto metió la mano en el pequeño «huaco», sacando juntamente con un trozo de tela burda y de varios y diminutos restos huanos, una piedra grabada que pude ver una especie de Pájaro que llevaba un «choclo» entre sus patas.

—Los ceramios hallados tenían la forma, colores y decoración característicos de la llamada cultura Huari Tiahuanaco, que se da en el departamento de Ica, por lo que el origen de las piezas no ofrecía lugar a dudas, estimando su edad entre unos 600 y 900 años aproximadamente...

»Esta piedra que usted ve aquí —continuó el ex rector— es un pequeño canto rodado achatado, de 5,5 por 4 y por 2 centímetros. Tiene, como ve, un color pardo y su textura es algo rugosa.

»El labrado se llevó a cabo mediante incisiones y rebajos achaflanados que producen la impresión de altorrelieve. El diseño es fuerte y seguro. Hermosamente trazado.

—¿Y qué hizo usted?

—Informé del hecho al director del Museo Regional de Ica, señor Bermúdez, y al conservador del mismo, el arqueólogo Alejandro Pezzia. Se interesaron vivamente en él, confirmaron la clasificación de los restos encontrados y acordaron conmigo la forma y oportunidad más conveniente para dar a conocer el descubrimiento.

»Y el 10 de septiembre de ese mismo año, esta vez en compañía del doctor Pezzia, volvimos al desierto de Ocucaje, trabajando durante todo un día en el cementerio de Tomaluz. Pero, a pesar de haber encontrado abundante material arqueológico tiahuanaco, no logramos hallar ni una sola piedra más...

»Al día siguiente nos dirigimos al sector llamado La Banda, en la Hacienda de Ocucaje, y escogimos como sitio de trabajo el cementerio llamado Max Uhle, en memoria de este famoso arqueólogo.

»Allí, después de un trabajo intenso, encontramos en otra tumba una nueva piedra labrada.

»En aquella segunda ocasión, la tumba, ubicada en la parte inferior del cementerio, correspondía a la cultura Paracas, que también se da en Ocucaje.

»Esta segunda piedra «mágica» —como yo las llamo— era un canto rodado, igualmente

con forma achatada y textura semirrugosa.

»En una de las caras tiene representada una figura estrellada casi simétrica, que bien podría ser la estilización de una flor. El grabado consiste probablemente en un burilado que dibuja la forma a base de incisiones de distinto grosor y profundidad.

»El diseño era elegante y preciso, con refinamiento en ciertos detalles y buen uso de la cara superior de la piedra.

»De acuerdo también con las evidencias que se encontraron junto a ella, la piedra corresponde a la cultura Paracas-Cavernas de Ocucaje, y su edad podría estimarse entre los 1.500 y 2.300 años...

Santiago Agurto tomó entre sus manos esta segunda piedra y me rogó que la examinara. Era algo más irregular que la primera. Medía 7 por 6 y por 2 centímetros.

Pero, aunque el señor Agurto Calvo había aportado a mi investigación un punto clave en pro de la autenticidad de las piedras de la «biblioteca» lítica de Ica, en mi opinión había dos cuestiones que no resultaban nítidas y tajantes.

En primer lugar, el hecho de que las piedras fueran encontradas en tumbas prehispánicas, con 600, 900 o 2.300 años de antigüedad, no tiene por qué significar que dichas piedras labradas —o mejor dicho, las incisiones— tengan esa misma edad.

¿Por qué habían sido colocadas en dichas tumbas? ¿Por qué el hombre de aquella cultura Paracas o Tiahuanaco se había hecho enterrar juntamente con un «huaco» de arcilla repleto de maíz y con estas piedras labradas?

Sólo cabe una explicación. Aquel hombre —que posiblemente tenía la edad señalada por Agurto— creía en un «viaje» a otra vida. Su religión y creencias le decían que, después de la muerte, se pasaba a una nueva y enigmática existencia. Y en su ignorancia, procuraba rodearse de alimentos (maíz) y de «algo» que le ayudara a ser reconocido por los dioses... Y ese «algo» —en este caso concreto— eran las piedras «mágicas» grabadas por alguien —muy anterior a él— y que el pobre y rudimentario hombre de las cavernas o del desierto prehispánico no entendía y relacionaba por tanto con alguien superior: posiblemente, con los «dioses»...

La funesta costumbre de la Arqueología de «asociar» los restos humanos o fosilizados con lo que encuentran en las tumbas o junto a dichos restos ha servido hasta ahora, más que como motivo de esclarecimiento, como siembra de permanente confusión y error.

¿Por qué una piedra labrada o cualquier otro objeto inorgánico tiene que tener la misma edad de los huesos que hallamos en una tumba?

Pero, pongamos un ejemplo revelador.

En mi primer viaje a Perú conocí otro hecho desconcertante y que sería, por sí mismo, motivo de toda una profunda investigación.

El Ministerio de Turismo del Perú ha distribuido por todo el mundo un «afiche» que corresponde a un bellísimo y multicolor manto desenterrado en una de las tumbas de la zona llamada Paracas. En el cartel o «póster» se reproduce un extraño y, a primera vista, complicado dibujo. Nadie sabía de qué se trataba. Nadie supo explicarme aquella magnífica muestra de la antigua artesanía peruana...

Pero, he aquí que un día, en una de mis visitas al museo del doctor Javier Cabrera, observé dicho «afiche» en una de las paredes del centro de investigación del médico iqueño. Y comenté con él el curioso hecho de que nadie en Perú parecía conocer o preocuparse por el contenido de dicho «afiche».

Javier Cabrera —que para entonces tenía muy adelantada su investigación sobre las piedras grabadas— tomó un puntero y me anunció:

—...Sin embargo, ya ves, tienes ante tus ojos un manto que podría ser premio Nobel.

Javier Cabrera, ayudado por la «clave» de las piedras grabadas de Ica, había desentrañado también el significado de dicho manto.

—Escucha —me pidió el profesor—. Este manto constituye toda una «lección» de Genética. Este manto —desenterrado hace 45 años en una tumba situada en Paracas, al sur de Lima— nos «explica» la enfermedad conocida hoy como sindactilia o falta del dedo pulgar...

—Pero, no entiendo... ¿Cómo has llegado a esas conclusiones?

Javier Cabrera comenzó su explicación.

(He de advertir que, a fin de comprender la exposición del investigador peruano, el lector deberá seguir los sucesivos pasos del científico sobre los grabados que, previamente, han sido numerados y que ofrecemos fuera de texto.)

—Los arqueólogos que lo sacaron de la tumba donde se encontraba, juntamente con los restos de un hombre de hace 3.000 años, sólo han elogiado su extraordinario colorido —inexplicablemente vivo durante miles de años—, así como su elevado número de hilos por centímetro cuadrado, que revela ya una tecnología textil...

»Pero todo ha quedado ahí. ¿Es que este dibujo no quiere decir nada más? ¿Es que fue hecho porque sí?

»No, claro que no. Y aquí está lo maravilloso y enigmático del manto.

»Ésta es una mujer... Una mujer que tiene cinco dedos en los pies y cuatro en cada mano. ¿Ves estas rayas negras? Marcan precisamente las diferencias entre las extremidades inferiores y superiores.

»El manto se va a encargar de explicar esta anormalidad, precisamente a través de los dibujos. Se trata, como te decía, de una anormalidad conocida hoy como sindactilia o agenesia del dedo pulgar. Una anormalidad que también se da hoy día y para la que la Ciencia no ha encontrado aún una explicación...

»Esta enfermedad congénita —tal y como revela el manto— es transmitida por el hombre y actualizada por la mujer. Y ahí, como señalo, está revelado el origen de esa malformación congénita.

»Ésta —prosiguió Cabrera señalando otras partes del enigmático dibujo— es una célula que se encuentra en el testículo. Y esta otra, en el ovario...

»Eso se llama "espermatogonia", "espermatozoide de primer orden", de "segundo orden" y "espermátides"... Pene, "ovogonia", "ovocito de primer orden", de "segundo orden", "óvulo", vagina y "espermatozoide".

»Con el pene, introducido en la vagina, el óvulo es fecundado por los espermatozoides. El óvulo, una vez fecundado, reunirá el material cromosómico. Es decir, los materiales de los núcleos del espermatozoide y del óvulo, respectivamente. Ambos elementos cromosómicos están aquí fusionados. Y al cabo de nueve meses, ese nuevo ser que mica sufrirá también la sindactilia.

»Pero, ¿cómo se demuestra que la enfermedad es congénita? Porque, simplemente, podemos ver cómo los colores que están en el núcleo de la línea masculina se encuentran también en las células que representan la unión de la célula masculina y femenina. Y me estoy refiriendo al color negro. Éste se encuentra en el espermatozoide. Por tanto, como te decía, el hombre es genéticamente responsable. Y la mujer la actualiza. Pero sabemos más:

»El manto indica que esa enfermedad será heredada a lo largo de tres generaciones. Esta cinta que se ve aquí revela que la enfermedad va ser actualizada durante esas tres generaciones.

»¿Ves ahora el color blanco de los dedos? Eso significa que el citado color blanco está separando el cuerpo de la mujer de la línea sexual femenina. Eso quiere decir que la enfermedad es independiente de la mujer. La enfermedad, insisto, depende del hombre.

»¿Cómo comprobar la existencia de esta enfermedad durante tres generaciones? La explicación está en esos tres riñones. Ahí tienes el uréter, la pelvis, médula y la corteza renal.

»Si llevamos las células renales al microscopio observaremos el cromosoma responsable de la enfermedad.

»Pues bien. Esta enfermedad de la sindactilia —que no figura todavía en ningún libro de Medicina— se encuentra, sin embargo, en un manto extraído en una tumba de Paracas. Y yo pregunto: ¿cómo es Posible que un hecho científico que revela la más avanzada tecnología en el campo de la Genética esté considerado simplemente como un "afiche"?

»A este manto habría que concederle el premio Nobel!

»Pero, ¿qué antigüedad le han dado los arqueólogos? ¡Tres mil años...! ¿Por qué? Porque fue encontrado junto a un hombre que, posiblemente, tenía esa edad... Pero, si ese hombre que se encontró momificado en cuclillas se hallaba junto a un cántaro rudo y tosco

y a un puñado de maíz —puesto que estaba convencido de que después de muerto se iba a comer dicho maíz—, ¿cómo creer que pudo ser el autor de este manto?

»Éste es nuestro error. Creemos que el hombre de Paracas fue el autor de esta maravilla. Pero, ¡no!

»Él, posiblemente, lo encontró o se lo donaron sus antepasados y, al no comprenderlo, lo atribuyó quizá a los "dioses". Y quiso que lo enterraran con él. Deseaba llevar en ese "viaje eterno" algo que hubiera sido hecho por los dioses...

»Es igual que si los hombres del futuro, al descubrir un ataúd de un campesino de 1975, lo atribuyeran a él la elaboración del crucifijo de bronce que fue clavado en la caja y que hoy todos sabemos fue realizado posiblemente por toda una avanzada industria de la que el campesino quizá ni oyó hablar jamás...

»Es por ello —concluyó Javier Cabrera— por lo que el manto de Paracas nos está demostrando, una vez más, todo un desfase entre los hombres primitivos y muchas de las obras que les hemos atribuido. En otras palabras: este manto es una irrefutable prueba de que en la Tierra ha habido otras civilizaciones anteriores a todas las conocidas y que superaba con mucho nuestro propio nivel tecnológico y científico.

Una vez concluida la exposición del investigador permanecí largo tiempo contemplando aquel manto de colores vivísimos y que ofrecían, en todo Perú como —simplemente— una «muestra más de la imaginación del hombre prehistórico»...

¿Cómo confiar entonces en esa convencional forma que tiene la Arqueología de medir la antigüedad?

Tengo que reconocer que desde ese instante mi ya endeble confianza en el sistema de «asociación» de los arqueólogos se vio mucho más comprometida.

Pero no quiero olvidar un segundo punto —esgrimido en muchas ocasiones por arqueólogos profesionales— con el que tampoco estoy de acuerdo.

«Muchas de estas piedras de la colección de Cabrera tienen en sus grabaciones motivos característicos de las llamadas culturas Huari Tiahuanaco, Paracas, etc. Esto demuestra claramente —concluían dichos arqueólogos— que las piedras son falsas o, a lo sumo, prehispánicas... »

Este argumento, sin embargo, no tiene consistencia. Y volvemos casi al asunto del manto de Paracas. ¿Por qué las piedras grabadas de Ica —que efectivamente disponen de dichos motivos o dibujos de las citadas culturas— tienen que ser necesariamente simultáneas o posteriores a dichas culturas prehispánicas? ¿Por qué no puede suceder todo lo contrario? ¿Por qué no puede ocurrir que esas culturas o pueblos prehispánicos hayan asimilado o copiado esos rasgos y características que conocieron, precisamente, en las piedras grabadas y que existían mucho antes que todas esas culturas?

En la «biblioteca» lítica aparecen constantemente motivos e «ideografías» muy anteriores en el tiempo a la existencia de los hombres de Huari Tiahuanaco o Paracas.

En la «biblioteca» de piedra se ha dejado constancia de cientos de conocimientos con los que no podían siquiera soñar las culturas de hace 5.000 o 6.000 años.

Los propios religiosos y cronistas que acompañaron a los conquistadores hispanos por Perú relatan que los indios conocían estas piedras desde antiguo y que eran denominadas por ellos «piedras Manco»...

Pero voy mucho más allá. Los indios prehispánicos sabían de la existencia de estas piedras. Conocían el lugar donde se encontraban enterradas. y algunos de ellos, los sacerdotes generalmente, las interpretaron y descifraron en la medida de sus posibilidades. De lo contrario, ¿cómo explicarse el sistema teocrático-socialista del pueblo inca?

¿Cómo entender que las leyendas de los indios que encontraron los españoles hablaran ya de caballos y de barcos...?

Recuerdo que Javier Cabrera me habló de esto poco tiempo después:

—Los hombres antiguos del Perú —me diría— conocieron estas piedras, sí. Y las supieron guardar y respetar porque las consideraban hechas por los «dioses». Allí supieron los incas de la existencia de caballos, de barcos, de monstruos, etc.

»Por eso, cuando los españoles desembarcaron en Perú, los indios los tomaron por los "dioses" que regresaban, tal y como habían visto en estas piedras grabadas. Porque, de no ser así, ¿cómo explicar tantas y tantas leyendas inexplicables? ¿Tantos y tantos hechos que tendrían lugar mucho después?

—Pero, si no tocaron esas piedras, ¿cómo se explica que fueran encontradas también en

tumbas?

—Sólo algunas piedras muy pequeñas han sido halladas en los cementerios prehispánicos. Las gigantes, las piedras grandes, nunca fueron sacadas del lugar donde actualmente siguen... Fue allí, en el gran depósito, donde pudieron ser consultadas posiblemente por los únicos hombres que tuvieron acceso a dicho conocimiento gliptolítico: los sacerdotes y hechiceros. Y sólo unas pocas cosas, insisto, lograron entender. El resto, la mayor parte del «mensaje», pasó inadvertido. No disponían de conceptos como para asimilar lo que allí se estaba revelando...

Resulta, en fin, mucho más lógico pensar que las culturas prehispánicas conocieron este tesoro e hicieron suyos muchos motivos y características que aparecían en las «ideografías» y grabaciones.

Pero no quisiera concluir este capítulo sin referirme a otro estudio que considero de gran importancia y que se refiere directísimamente a la antigüedad de las incisiones.

Cuando al comienzo de mis conversaciones con Cabrera le planteé si disponía de análisis o estudios científicos que ratificaran esa antigüedad a la que él hacía alusión, el profesor respondió afirmativamente. Y comenzó por mostrarme algunos documentos en los que el ingeniero Erich Wolf, de la Sección de Minas de la importante compañía minera Hochschild, señalaba a Javier Cabrera que —después de analizar los especímenes que éste le había proporcionado para llevar a cabo tal investigación— «había podido comprobar que las piedras —petrológicamente— podían clasificarse como milonitas andesíticas. Las milonitas son rocas cuyos componentes han sido afectados mecánicamente a causa de altas presiones con simultánea transformación química. En este caso —se refiere a las piedras que le enviara Javier Cabrera— quedan patentes los efectos de una intensa sericitación o transformación del feldespato en sericita. Este proceso ha incrementado la compacidad y el peso específico, creando por otra parte la suavidad que los antiguos artistas sabían apreciar en la ejecución de sus obras».

Las Piedras, en efecto, tienen un gran peso, aunque, en muchos casos, su tamaño y volumen no son excesivos...

Pero la carta del ingeniero afirmaba también:

«... Cabe mencionar que las piedras están envueltas por una fina pátina de oxidación natural que cubre por igual las incisiones de los grabados, circunstancia que permite deducir su antigüedad.»

Este último extremo era importante en verdad. Para que dicha capa de pátina cubra por igual los grabados y el resto de la superficie de la piedra, es preciso que haya transcurrido un tiempo muy considerable...

Si esos grabados o incisiones fueran recientes, la pátina no cubriría por igual la totalidad de la piedra, tal y como señalaban los informes del ingeniero.

Pero, tanto Cabrera como Wolf, deseosos de obtener el máximo de garantías de la autenticidad de las piedras que forman la «biblioteca» prehistórica, acudieron, incluso, a universidades de Argentina y Alemania.

En esta última, el profesor Trimborn —de Bonn—, una de las grandes autoridades mundiales en etnología indígena del Perú y Bolivia, analizó tres de estas piedras labradas. Una de ellas, precisamente, con la figura de uno de estos desconcertantes saurios de la Era Secundaria.

¿Y cuál fue el resultado?

La Universidad de Bonn respondió:

«No se puede determinar la edad del surco, ni la era en que se rellenó el grabado. (Estas incisiones se encuentran siempre rellenas de tierra.) Ni creemos que haya nadie en el mundo que pueda atestiguar con exactitud la antigüedad exacta de estas grabaciones. La oxidación, efectivamente, cubre la totalidad de la piedra. Sin embargo, repetimos, no se puede determinar su antigüedad. Sin embargo, los grabados o incisiones NO SON RECIENTES.»

Aquello era más que suficiente para Javier Cabrera. Y la verdad es que —si hemos de considerar el hallazgo fríamente, sin apasionamientos—, el mero hecho de que el investigador de Ica se haya preocupado tan intensamente por el análisis y estudio de estas piedras, enviando ejemplares de estos gliptolitos a distintas Universidades y centros especializados, dice ya mucho en favor de la autenticidad de dichos «libros» de piedra...

Si comparamos los dictámenes de los anteriormente citados centros donde se ha llevado a cabo, de momento, una investigación más intensa —Universidad de Ingeniería de Lima, Universidad de Bonn y Sección de Minas de la empresa Hochschild— observaremos que, en

los tres casos, hay una coincidencia en cuanto a la oxidación que cubre la piedra por completo y que denota ya una gran antigüedad.

Pero el profesor Cabrera tenía nuevamente razón. Aunque los análisis petrológicos tienen un gran valor y cubren una de las etapas en el necesario proceso de investigación de la «biblioteca», lo verdaderamente valioso y decisivo —y a lo que los arqueólogos cierran sus ojos— está en el estudio de las «ideografías» que hay en las piedras.

—Es el «lenguaje gliptolítico» —me repitió Javier Cabrera muchas veces— lo que nos va a comunicar el «mensaje»...

»Debernos "leer" las piedras. Ahí está el secreto de su verdadera antigüedad. Y tú vas a conocer ahora dos nuevas pruebas del remoto origen de esta "biblioteca. Puedo adelantarte que uno de estos dos testimonios me sumió durante muchas semanas en la confusión y el insomnio...

CAPÍTULO 7
EL COMETA KOHOUTEK, GRABADO EN LAS PIEDRAS

Había visto aquella enorme piedra en septiembre de 1974. Uno se fija en ella casi sin querer. Cabrera la situó hace cinco años frente a su mesa de despacho, en el gabinete de trabajo que ha dispuesto en su centro de estudio de la plaza de Armas de la ciudad de Ica.

Es una piedra de gran tamaño, aunque no de las más grandes. Javier Cabrera estimaba su peso en unos 300 kilos.

Aquella mole negra y de más de medio metro de altura iba a ser el centro de nuestras conversaciones a lo largo de muchas horas.

En mi primer viaje a Ica en el ya mencionado mes de septiembre de 1974, Javier Cabrera me habló de aquel gliptolito. Pero lo hizo quizá por prudencia facilitándome tan sólo una mínima parte de la «información» que realmente reunía la piedra.

En parte, aquella versión «convencional» de la piedra de los «tres astrónomos» —como Javier Cabrera la denominaba entonces— estaba más que justificada. El médico de Ica no había concluido sus investigaciones, y buena parte de los grabados que allí aparecen se encontraban en pleno proceso de estudio. De ahí que Cabrera Darquea no se decidiera a exponerme la totalidad de sus descubrimientos.

En aquella ocasión, y cuando le pregunté sobre el «mensaje» de la piedra, Javier me comentó:

—Creo que se trata de una «visión telescópica» del Cosmos. Aquí puedes ver tres hombres que miran al cielo con aparatos que se asemejan a nuestros «telescopios»...

En dos de las caras laterales de la roca pude ver, efectivamente, tres seres —idénticos en su fisonomía a los que aparecían en las restantes piedras grabadas— que portaban sendos «catalejos» y que miraban hacia la parte superior de la piedra. Pero, ¿qué había grabado en dicha zona de la gran piedra?

Allí, antes de que Cabrera se adelantara a explicarme los detalles de las grabaciones, identifiqué «estrellas», cometas, nebulosas y toda una serie de signos, conocidos ya por mí a través de libros que hablan de las constelaciones.

Javier Cabrera me diría en aquella ocasión:

—Estamos ante una perfecta representación de las trece constelaciones que ellos conocieron. Trece constelaciones que son conocidas hoy también por nuestros astrofísicos.

—Sin embargo, creo recordar que nosotros sólo hemos contabilizado doce constelaciones...

—Sí, así es —respondió el científico iqueño—. Esta Humanidad prehistórica consideraba a **Pléyades** como una constelación más. Nosotros no. Nosotros la hemos definido como un «cúmulo estelar abierto»...

Javier Cabrera fue señalándome, una tras otra, las trece constelaciones. No cabía la menor duda. aquellos tres «astrónomos» observaban la «bóveda celeste», perfectamente grabada en la parte superior de la piedra.

Pléyades —según Isaac Asimov— es considerado como un pequeño cúmulo de estrellas de brillo moderado de la constelación de Tauro. Nueve de las estrellas del cúmulo son suficientemente brillantes como para poder ser observadas a simple vista, aunque algunas de

ellas se encuentran muy juntas y es difícil discernirlas por separado. Un hombre de vista normal puede distinguir seis o siete. (Este cúmulo ha sido denominado en algunas ocasiones **«Siete Hermanas».**)

Cuando en 1610 enfocó Galileo su telescopio hacia las Pléyades, comprobó que podía contar sin esfuerzo alguno 36 estrellas en dicho grupo. Los métodos fotográficos modernos revelan 250 como mínimo y el número total asciende probablemente a cerca de 750.

Las Pléyades constituyen una asociación auténtica de estrellas; no se trata de la imagen accidental de una serie de estrellas situadas a distancias variables, pero todas ellas cerca de una misma línea visual. Esto quedó ya demostrado en 1840 cuando Bessel comprobó que el movimiento propio de todos los miembros de este cúmulo era de 5,5 segundos de arco por siglo en la misma dirección. Si se tratara de estrellas independientes, sería demasiada coincidencia que todas ellas se moviesen en la misma dirección y a la misma velocidad.

Los astrónomos han estimado que la distancia media entre las estrellas del cúmulo de las Pléyades equivale sólo a un tercio de la separación interestelar media en las proximidades de nuestro sistema solar. Hoy se sabe que el grupo entero se encuentra a unos 400 años-luz de nosotros y que abarca una región del espacio de unos 70 años-luz de diámetro.

Aun cuando las Pléyades son el cúmulo más grandioso de cuantos se pueden observar a simple vista, no constituyen sino una muestra sumamente pálida de los espectáculos que se nos ofrecen a través del telescopio.

—Pero, fíjate —había proseguido el médico— aquí, en este firmamento, está grabado también nuestro Sistema Solar.

Y Cabrera dirigió su dedo hacia otros signos que él interpretó como el Sol y los planetas.

—Pero tú me dirás cómo era posible que estos seres pudieran ver las constelaciones con catalejos o telescopios tan elementales...

»En realidad —y al igual que el resto del "mensaje"— esto es una "ideografía". Estos seres nos están indicando, simplemente, que "miran" al Cosmos, que "observan" los astros...

»Efectivamente, habría sido imposible observar constelaciones que están tan alejadas de la Tierra con simples "catalejos". Esta Humanidad nos está señalando que tenían "visión telescópica", que podían dirigir sus aparatos de astronomía a aquellos lugares del Universo que desearan, escrutando así las maravillas del espacio.

»En otras palabras: que los telescopios que empleaban no tenían por qué ser necesariamente así...

»Pero en esta fantástica piedra —prosiguió Javier Cabrera en aquella oportunidad— he descubierto algo más. Después de estudiarla durante meses, he visto cómo en muchas de las grabaciones se repiten unos símbolos que constituyen parte de la "clave" de lectura de las piedras. Esos símbolos son estas "hojitas"... Si las encuentras grabadas en una determinada posición, significan "vida". Si han sido colocadas en posición contraria, "muerte". Pues bien, este elemento se encuentra también repartido aquí y allá, entre las distintas constelaciones y astros que han quedado grabados en esta "bóveda celeste"...

Me fijé con más detenimiento. Así era. Unas diminutas hojas rayadas, así como extraños rombos Y cuadraditos, aparecían grabados también en las distintas figuras que representaban las nebulosas y planetas.

—¿Y cuál es su significado?

—Que estos seres tenían conocimiento de la VIDA que existía en el espacio exterior.

Quedé atónito.

—...Estos «astrónomos» —continuó— están observando si hay vida en el firmamento. ¿Y cuál fue el resultado de sus estudios y conocimientos? Aquí tienes algunos: en esta «constelación» —en Pléyades— hay VIDA inteligente.

Seguí la dirección del índice del doctor Cabrera y comprobé, en efecto, la presencia de una «hojita» —en posición de «vida»— en la citada constelación o cúmulo estelar.

Yo no salía de mi asombro. Era superior a mis fuerzas...

—Pero —interrumpí de nuevo al doctor—, ¿cómo has podido llegar a descifrar esto?

—Lo dicen las mismas piedras. En esa «clave» de que te hablaba se relaciona siempre la «vida inteligente o consciente» con un rayado en forma de cuadraditos. De tal forma que allí donde se encuentra dicha «clave», allí, siempre, existe «vida inteligente». Y lo Podemos ver en otros cientos de piedras y en temas totalmente distintos a éste de Astronomía.

»En la **constelación de Cáncer**, por ejemplo, las Piedras explican que sólo hay "vida animal"... Como Puedes ver, han grabado rombos. Este signo siempre expresa lo mismo en las "ideografías".

"En la **constelación de Virgo** está comenzando la vida.

'Pero no debes olvidar un detalle importante. Esto pudo ser hace millones de años... No sabemos si en la actualidad ocurre lo mismo. No sabemos si hoy sigue habiendo "vida animal" en esos planetas o si se ha iniciado ya la "vida inteligente". Podría haber ocurrido también lo contrario: que la "vida consciente" haya desaparecido...

Hasta aquí la versión que Javier Cabrera me proporcionó en septiembre de 1974. Repito que él no había completado sus estudios sobre la entonces llamada piedra de los «tres astrónomos».

Al regresar a Perú en enero de 1975 y detenerme ante aquella misma piedra, Javier Cabrera puso su mano sobre mi hombro y me anunció:

—¿Recuerdas cómo durante mucho tiempo yo defendí la teoría de que esta piedra representaba una «visión telescópica» del Universo?

Asentí.

—...Sólo había comprendido una mínima parte de la «ideografía» —murmuró Javier con una creciente excitación—. Después de completar la investigación, quedé atónito. Aterrorizado.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué encierra esa piedra? —pregunté impaciente.

—Cuando hablamos de la edad del terreno donde se han extraído estas piedras, recordarás que Ocucaje y Nazca pertenecen a una de las placas viejas del planeta. Su antigüedad, por tanto, sería francamente difícil de precisar. Quizá 200, 300, 400 o hasta 500 millones de años... ¿Quién puede averiguarlo realmente?

»En realidad, y hablando con propiedad, la edad en que vivió esta civilización que grabó las piedras podría ser contabilizada, más que por años, por **"ciclos solares"...**

Javier Cabrera descubrió la incomprensión en rostro y se apresuró a añadir:

—Antes de llegar al nnat cte la investigación, como decía antes, yo defendí durante meses que esta piedra representaba una «visión telescópica» del firmamento. Yo veía aquí tres «astrónomos» que miraban el cielo con sus «catalejos», y en la parte superior de la piedra, una serie de elementos celestes que —según aquella primera investigación mía— conformaban una «visión planetaria». Conté dichos elementos celestes y, al ver que eran trece, deduje que se trataba de las trece constelaciones conocidas hoy. Se trataba, por tanto, de un zodíaco...

»Pero, ¿dónde empezaron mis nuevos descubrimientos?

»En el estudio de las piedras yo había tenido la ocasión de ratificar que esta Humanidad contaba el tiempo en meses de 28 días. Es decir, se basaban en el ciclo menstrual de la mujer.

»Al multiplicar esos 28 días por 13, obtuve así ¡364 días! Éste era el "año" por el que se regían estos hombres. Y así aparecía grabado en las piedras. La Tierra empleaba en tiempos de aquella Humanidad un total de 364 días para cubrir una vuelta completa en torno al Sol.

»Pero, ¿por qué 364 días? ¿Y por qué nuestro mundo da hoy 365,25 días en completar esa misma órbita?

»Ésta era la primera de las trascendentales pruebas que me estaba ofreciendo esta piedra sobre la antigüedad de la Humanidad que la grabó...

No terminaba de entender al médico iqueño. Y así se lo hice saber.

Es simple —respondió—. Nosotros llamamos «año» al tiempo que la Tierra necesita en dar una vuelta completa alrededor del Sol. Y según los más avanzados cálculos astronómicos, ese movimiento de traslación se cubre en 365 días más unas pocas horas.

—¿No te has preguntado el porqué de esa diferencia entre el «año» de aquella Humanidad gliptolítica —con 364 días— y el nuestro, con 365,25 días?

Javier Cabrera guardó silencio unos minutos. y esperó nuestras respuestas. Pero nadie supo qué contestar...

En aquellos momentos recuerdo que llegó hasta el centro-museo de Javier Cabrera el embajador italiano en Perú. Le acompañaba su esposa y algunos familiares. El señor embajador, al igual que otras muchas personas inquietas por los grandes y revolucionarios descubrimientos, había querido conocer in situ la colección de piedras labradas del popular médico de lea.

Y asistió vivamente interesado a las exposiciones de Cabrera.

—...Está demostrado que el Sol pierde materia —prosiguió el investigador—. Y está demostrado también que esa pérdida de materia —aunque mínima— tiene unos efectos concretos sobre los planetas que giran alrededor del astro rey. Al perder materia, la atracción ejercida por el Sol sobre los astros que se mueven en torno suyo es ligeramente menor.

»Esto provoca un alargamiento de la elipse que dibuja la Tierra en su órbita alrededor del Sol. ¿Y qué sucede cuando la elipse de la Tierra se alarga? Lógicamente, que el "año" también se alarga...

»Entonces, ¿no será que ese día y esas horas de más nos están midiendo realmente el tiempo transcurrido entre el hombre que grabó estas piedras y nosotros?

»Si llevamos estos razonamientos a cifras matemáticas sabemos que cada 100 siglos se produce un segundo de diferencia. O, lo que es lo mismo, ¡840 millones de años!

—¿Insinúa, doctor, que esta Humanidad pudo vivir, incluso, hace 840 millones de años?

—Lo único que puedo decirte es que este «filum» humano vivió en otro tiempo-espacio. Nosotros, nuestra Humanidad, está viviendo su propio tiempo-espacio. Y este «filum» gliptolítico tuvo el suyo. ¿Cuándo? Las piedras nos lo están repitiendo constantemente...

»Las piedras nos están cuantificando el tiempo transcurrido entre aquella Humanidad y la nuestra. Podemos percibirlo a través de la fauna ya extinguida, de los continentes que desaparecieron y por la propia diferencia de la morfología de aquellos hombres...

»Pero, si hace tantos millones de años hubo otro "filum" humano, ¿cuántas civilizaciones —todavía desconocidas y olvidadas— poblaron igualmente nuestro mundo entre el «filum» gliptolítico y nosotros? ¿O es que vamos a seguir pensando que somos los primeros?

Ninguno de los presentes se atrevió a responder.

—Sin embargo, la mayor y más escalofriante prueba de la antigüedad de estas piedras la descubrí aquí...

Y Javier Cabrera señaló con su dedo uno de los signos que aparecían grabados en la «bóveda celeste» de la piedra de los «tres astrónomos». Aquello era un corneta...

Sin saber por qué presentí que me encontraba ante algo mucho más profundo y trascendental que lo anterior. Y me dispuse a seguir las explicaciones del investigador con toda la atención de que era capaz.

—«Esto» que ahora voy a explicarles ha constituido mí motivo de sufrimiento, de insomnio y de terrible duda durante meses...

»Como apuntaba antes, yo había considerado esta "ideografía" como una "visión cósmica" del firmamento, como una representación de las constelaciones y de la vida existente en las mismas.

»Esto lo sabía yo en 1971. Sabía que aquí se había grabado un zodíaco, con trece constelaciones.

»Pero en esa exhaustiva investigación de la piedra descubrí otro elemento que me iba a dar la clave del más impresionante hallazgo encontrado hasta el momento en esta "biblioteca" lítica: la **nebulosa Cabeza de Caballo.**

Cabrera señaló hacia otro de los puntos de aquella «bóveda celeste» en piedra. Y allí se encontraba —no cabía duda— la nebulosa Cabeza de caballo, denominada así, precisamente, por su semejanza con la cabeza del caballo... Una nebulosa que la Astronomía califica como «oscura» y que se encuentra situada en las proximidades de una de las

estrellas del cinturón de Orión.

Sin embargo, yo me resistí durante mucho tiempo. ¿Cómo podía demostrar que aquel grabado era, efectivamente, la citada nebulosa? ¿Por qué no podía tratarse de una coincidencia...?

»Algunos meses después, la prensa del mundo entero aireó una noticia que me abrió los ojos: "Un cometa singular —el Kohoutek— se aproximaba a la Tierra a gran velocidad." En julio de 1973, los astrónomos localizaron dicho cometa entre las estrellas Sirio y Régulo. Y aseguraron además que el paso del cometa coincidiría con una clara visión de los planetas Venus y Júpiter. Todos estos elementos estaban en la piedra. El cometa, tal y como pueden observar en la grabación, se encuentra entre dos estrellas. Y los planetas Venus y Júpiter aparecen igualmente en la posición que señalaron los astrónomos...

»Por otra parte, los astrónomos dijeron en un principio que el cometa del "siglo" tenía una órbita de 10.000 años. Poco después rectificaron y la incrementaron hasta los 40.000. Por último dejaron sentado que la órbita del Kohoutek era parabólica y que, por tanto, no regresaría jamás... Si recuerdan, algunos astrónomos barajaron, incluso, cifras de millones de años.

»Todo aquello me empujó aún con más fuerza a seguir investigando en tan enigmática piedra.

»Allí, además de las constelaciones, del cometa ya citado, de los planetas y de la nebulosa Cabeza de caballo había otros elementos. Y uno de ellos parecía un eclipse anular de Sol...

El doctor Cabrera nos señaló el nuevo elemento. Aquel signo —evidentemente el Sol— estaba «cubierto» por una especie de anillo...

—Este nuevo factor —continuó Javier— me despistó al principio. Los astrónomos no habían señalado que el «paso» del cometa Kohoutek fuera a coincidir también con un eclipse anular de Sol...

»Sin embargo, ante mi asombro, el 2 de noviembre de 1973, la prensa hizo público otro dato relacionado con Kohoutek: ¡habría también un eclipse...! ¿Cómo podría describirles mi emoción? ¿Cómo explicarles mis largas horas de insomnio, investigando, investigando, investigando sin cesar...?

»Los astrónomos habían previsto el "avistamiento" del cometa del "siglo" para el 24 de diciembre de ese año: 1973. Pues bien, en septiembre de ese mismo año —y cuando yo tenía ya muy avanzado el descubrimiento— vino a visitarme el coronel Omar Chioino, director del Museo Aeronáutico del Perú. Yo había donado más de sesenta piedras grabadas al museo y quiso agradecérmelo.

»—Omar —le dije—, tengo fundadas sospechas de que en esta piedra fue grabado el "paso" del cometa Kohoutek.... ¡hace millones de años!

»El coronel, lógicamente, aceptó la hipótesis con más escepticismo que convicción. Y era natural...

»Pero yo seguí trabajando en ello. Estaba convencido de que me encontraba ante "algo" extraordinario. "Aquella Humanidad supo del paso y de la existencia de este mismo cometa." Esta idea iba ganando terreno, día a día, en mi mente.

»Pero, ¿cómo era posible? Sólo cabía esperar a que llegara el 24 de diciembre de 1973. Si el paso del Kohoutek coincidía con todos aquellos fenómenos siderales —eclipse anular de Sol, visión de Venus y Júpiter y posición de la nebulosa Cabeza de caballo—, no cabía la menor duda de que nos encontrábamos con la grabación de un "hecho" que ya había tenido lugar en otra época y que ahora se repetía ...

Pero Javier Cabrera, anonadado por la inmensidad de su descubrimiento, quiso advertir del hecho al presidente de la República, general Velasco. Y mucho antes del «paso» del cometa le escribía:

«...Si llegara, como pienso, a comprobar que el que vamos a observar es el cometa prehistórico, o sea, el Kohoutek, habremos demostrado no sólo que se trata del mismo

cometa, sino que los gliptolitos o "libros" de piedra de la "biblioteca" prehistórica de Ica han registrado conocimientos del saber universal que tienen una exactitud tan asombrosa como lo demuestra el cumplimiento de la matemática newtoniana, al probar la realidad del pasaje del cometa, de la producción del eclipse y del cortejo cósmico de planetas, estrellas y nebulosas que se encontrarán juntos en un lugar de la bóveda celeste durante algunos minutos, a pesar de haber partido de sus lugares de origen desde hace 100 millones de años para volver nuevamente a constituir el espectáculo que asombre otra vez más, no ya a nosotros, sino a la próxima y remota Humanidad del futuro... »

Javier Cabrera dejó la copia de la carta sobre la mesa y comentó:

—Por supuesto, esta carta no llegó nunca a manos del presidente Velasco. Él lo hubiera comprendido. Pero los que le rodeaban no supieron captar la trascendencia de dicha comunicación...

»Pero hay más —añadió Cabrera—. Consciente del hallazgo, consciente de lo que tenía entre mis manos, lo puse en conocimiento también de mi amigo y periodista Francisco Miroquesada, director de El Comercio de Lima. Y me contestó a los pocos días que "no lo publicaba por prudencia"...

Javier Cabrera, sin embargo, no se rindió. Y el 11 de diciembre de 1973 —dos semanas antes del paso del Kohoutek— enviaba una carta a París. Una carta de la que dio fe el notario de Ica, por expreso deseo del profesor Cabrera Darquea.

Aquella misiva, dirigida al escritor francés Robert Charroux, que también había conocido la «biblioteca» lítica, debía ser entregada por éste al Observatorio Astronómico de París. Y así se hizo. Pero, ¿qué contenía aquella carta notarial que había escrito el investigador de Ica? Él mismo, sacando una copia de sus archivos, nos lo leyó:

Era preciso atar todos los cabos. Por eso formulé al Observatorio las siguientes preguntas:

1ª ¿Es o no periódico el cometa Kohoutek?

2ª ¿Es cierto que el eclipse anular de Sol del 24 diciembre de 1973 volverá a producirse dentro de 100 millones de años?

3ª ¿Es igualmente correcto que el eclipse será visible en Centroamérica?

4ª ¿Es correcto —y aquí viene lo más importante— que el 24 de diciembre, al producirse el citado eclipse, estará presente la nebulosa Cabeza de caballo al opuesto del Sol?

5ª ¿Los planetas Venus y Júpiter estarán en una posición de 45 grados en relación al Sol?».

Quedamos todos en suspenso. Por fin, el embajador italiano preguntó:

—¿Y cuál fue la respuesta del Observatorio de París?

—Mi amigo Charroux me había comunicado que los astrónomos necesitaban dejar pasar algunos meses desde el momento que se producía el máximo acercamiento de un cometa a la Tierra, a fin de realizar mejor sus cálculos, especialmente en lo que a la órbita del mismo se refiere...

»Y el 31 de julio de 1974 me llegó la respuesta del citado Observatorio. Escuchen:

»"El cometa Kohoutek —decían los astrofísicos de París— no es periódico."

»¡Maravilloso, queridos amigos! Con esto, el Observatorio había respondido ya a lo más importante... Pero sigamos:

»" ... La forma de su órbita —decía el Observatorio— es una parábola; ligeramente una hipérbola.

»"Yo no le puedo asegurar si el eclipse del 24 de diciembre se producirá dentro de 100 millones de años. Ni hay persona alguna que lo pueda afirmar. Eso es matemáticamente imposible de predecir.

»"En lo que concierne a la posición de la nebulosa Cabeza de caballo, de Venus y de Júpiter, sus informaciones son correctas."

Todos los asistentes a la lectura de aquella carta habíamos quedado como paralizados. Yo seguía con los ojos fijos en los grabados de la piedra, forzando mi mente al máximo...

«El Observatorio de París ratificó la posición de la nebulosa Cabeza de caballo!», me repetía a mí mismo una y otra vez. Pero, entonces, la información astronómica de aquella piedra de 300 kilos era exacta...

Tuve que sentarme. Pero las emociones no habían concluido aún.

—Sí —prosiguió Javier Cabrera ante la sorpresa de los asistentes a aquella histórica

entrevista—, estos grabados eran correctos. Pero yo había cometido un grave error en mi carta al presidente de la República. ¿Cuál? Muy sencillo. Me había dejado influir por la forma convencional de estudiar los eclipses y le hablé a Velasco de «mecánica newtoniana»...

»Sin embargo, el Observatorio Astronómico de París aclaró que la órbita del cometa no era una elipse, sino una parábola, con tendencia a la hipérbola. Y todos sabemos que en la parábola, al igual que en la hipérbola, las ramas tienden al infinito...

»Y si van al infinito, es imposible saber cuándo se repetirá su "paso" por la Tierra. Entonces, yo pregunto:

»Si no hay forma de trabajar con una noción que se llame "infinito", ¿quién hizo esta piedra? »

De nuevo reinó el silencio. Sin darnos cuenta habíamos llegado a uno de los puntos culminantes de la conversación.

Aquel 24 de diciembre de 1973 —tal y como recogió toda la prensa del mundo— el cometa del «siglo» estuvo más cerca que nunca de la Tierra en su viaje Por el Cosmos.

Y Se registró igualmente el eclipse anular de Sol.

La Luna se colocó durante unos segundos ante el disco solar, formando un majestuoso «anillo». Y Venus y Júpiter se situaron en la posición señalada por los astrónomos... y por el formidable grabado de la piedra que Javier Cabrera tenía en su poder desde 1970...

Eran, pues, 13 elementos zodiacales, 2 planetas, la Luna, el Sol, la nebulosa Cabeza de caballo y el cometa, coincidiendo con la más absoluta precisión. En total, 19 factores. Había que descartar, necesariamente, la coincidencia. Los seres que habían grabado aquella piedra habían tenido conocimiento de la existencia de este cometa...

—Pero —volvió a preguntar Cabrera—, si nosotros no sabemos trabajar con una noción que se llame «infinito», ¿quién pudo grabar esta piedra?

Javier Cabrera se dirigió a mí y comentó:

—¡Graba esto en tu magnetófono, porque España va a saber considerarlo...! ¡Esta piedra fue grabada por una energía superior, cognoscitiva, libre de espacio y tiempo...! Esto es lo que dicen estas piedras.

—Pero, ¿cómo puede traducirse eso? —le planteé.

-No puedo traducirlo. A esa «energía cognoscitiva», si quieres, ponle los adjetivos que quieras...

Fue entonces cuando intervino nuevamente el embajador italiano. Y preguntó:

—¿Dios?

Javier Cabrera contestó rotundamente:

—¡Claro, querido embajador...! ¡Lo felicito!

—Pero —prosiguió el embajador—, yo no creo que Dios haya hecho esta piedra...

—¿Y usted qué es? —intervino de inmediato Javier Cabrera—. ¿Usted qué cosa es?

—Yo soy un hombre de Dios, señor...

—Mire, los descubrimientos que yo estoy recopilando no se pueden lanzar así como así.

—Yo no puedo decir —enseñándoles estas piedras— que esa «energía superior» o esa forma sublime de la «energía» sea o no tal cosa... Como tampoco puedo decirle a usted que el hombre es increado. Porque usted no lo entiende...

—¿Increado? —pregunté muy sorprendido.

—Eso es. Hay piedras en esta «biblioteca» en las que se muestra el verdadero «origen» del hombre...

Pero Javier Cabrera no deseaba extenderse sobre este tema. Y se limitó a comentar:

—Al descubrir el verdadero «mensaje» de esta piedra cambié totalmente mis planteamientos. Ya no podíamos situar al hombre en la Era Secundaria o Mesozoica. Con la piedra del Kohoutek se demuestra que el ser humano no tiene «techo»... Rompió la barrera del tiempo. Sólo Teilhard de Chardin se aproximó...»

—¿La Tierra fue siempre nuestro «hogar»?

—No, nuestro «hogar» es el Cosmos. El «fenómeno humano» se da en la Tierra y en cualquier astro que tenga condiciones para albergar la VIDA. Pero no podríamos señalar el origen del hombre aquí o allá. El hombre, repito, es del Cosmos... Así está en las piedras.

»Cuando todo el "filum" humano se concrete, se desmaterialice, se espiritualice y se dirija a un punto de la galaxia, podremos decir que se ha "realizado" la misión de esta Humanidad... Exactamente igual como ya ha sucedido con otros "fila" humanos, aquí en este planeta y en otros astros...

»Mientras eso no ocurra, mientras la totalidad del "filum" de esta civilización, no se desmaterialice, tendremos guerras, divisiones y calamidades.

—Si no he entendido mal —insistí—, esta piedra del fue grabada entonces por una mente

superior, libre del espacio y libre del tiempo...
—Exacto. Ésa es la gran diferencia entre la Humanidad que dejó el «mensaje» gliptolítico y la nuestra. El hombre de aquel «filum» no era matemático. Era conceptual. Llegaba a los mismos logros que nosotros, pero sin necesidad de cálculos matemáticos. Era conceptual. Eso se repite sin cesar en toda la «biblioteca».
»¿Cómo podemos explicar si no que grabaran en esta piedra un hecho que sucedió hace millones de años y que ellos sabían se iba a volver a repetir? Si el Observatorio de París y el de la República Democrática Alemana me han confirmado que el Kohoutek no es periódico, que su órbita se pierde en el infinito, ¿cómo podríamos saber nosotros cuándo va a retornar? Sólo si fuéramos "conceptuales"... Ésa era la gran diferencia entre aquella Humanidad y nosotros.
»Y yo cometí el gran error de pegarme a lo tradicional, a lo convencional. La mecánica newtoniana ya no sirve en este caso... Sólo podríamos comprenderlo con las nociones de Einstein: "Si yo miro el horizonte —decía—, me veo la nuca..."
»El infinito es una curva como la parábola. "Si miro el infinito, me veo la nuca." La cuestión estriba en saber "cuándo"... La recta es una curva de radio infinito. Entonces, ese móvil que describe una trayectoria parabólica debe regresar. El problema, repito, está en averiguar cuándo. Si el Kohoutek es un cometa de trayectoria parabólica, tal y como acabamos de decir, eso significa que ahora ha "regresado" del infinito. En otras palabras, ¡esta maravillosa piedra nos está mostrando cómo es realmente el Universo!
Había que hacer un constante esfuerzo para seguir los razonamientos del investigador. Sin embargo, una tras otra, sus deducciones —todas apoyadas por las grabaciones de las piedras— terminaban por encajar en los cerebros arrasando cuantas barreras más o menos convencionales podían obstaculizar su aso.
—...Esta grabación —continuó— nos está diciendo que el Universo es curvo y limitado. No es ilimitado e inconmensurable.
»Todas las teorías, como ven, se van superando poco a poco…»

El profesor Cabrera Darquea encendió un cigarrillo y dejó que sus asombrados visitantes siguieran reflexionando sobre lo que acababan de ver y oír.

—¿Y el tiempo? —preguntó de nuevo el embajador—. ¿Está explicado también en estas piedras?

—Aquella Humanidad disponía también de su propio «tiempo». Pero era «su» tiempo. Nosotros, ahora, estamos «haciendo» nuestro propio tiempo. Si todos los seres de la Tierra desaparecieran, ¿habría tiempo...?

»Aquel "filum" gliptolítico tomó como base para medirse al propio hombre. Nosotros no. La Humanidad de las piedras grabadas computaba su tiempo en base al ciclo menstrual de la mujer; en base a períodos de 28 días. Como señalaba antes, al multiplicar ese período por las 13 constelaciones —que es el tiempo empleado por nuestro planeta en dar una vuelta completa alrededor del Sol— se obtiene un "año" de 364 días. Nosotros no hemos establecido ese sistema.

Pero, según esto, ambos «fila» están en relación con el Sol. Éste es el verdadero regulador del tiempo, no el hombre...
Bueno, el hecho de que yo compute el tiempo con un ciclo solar no quiere decir que éste sea la esencia del tiempo. No define al tiempo. Es un puro punto convencional. Hoy, la mujer sigue teniendo un ciclo menstrual de 28 días... Esto no ha cambiado. Sí lo ha hecho, sin embargo, el Sol y la propia Luna. El primero, al perder materia, alarga las elipses de sus planetas. Y a la Luna le sucede lo mismo. Ya no gira en torno al planeta en 28 días, sino en 27 y algunas horas. ¿Por qué? Como consecuencia también de esa pérdida de materia del astro rey. Al no ejercer la misma atracción, la Luna se ve afectada de la misma forma que la Tierra. Y gira más deprisa alrededor de nuestro mundo. Pero este proceso continuará. Y la Luna llegará a dar una vuelta a la Tierra en 24 días y nuestro propio mundo empleará 370 días en completar su movimiento de traslación... Pero el ciclo menstrual de la mujer seguirá inalterable. Es decir, el tiempo humano está divorciado del tiempo geológico y cósmico. La única forma de establecer una relación es a través del fenómeno humano.
»Sólo el hombre es constante. Si el fenómeno humano existió en aquel tiempo y existe también ahora, eso nos permite establecer dos nociones que —tanto en aquel "filum" como en el nuestro— hemos dado en llamar "tiempo". Sólo el conocimiento de dichas nociones

nos está demostrando que ha habido un lapso entre ambas Humanidades...

»Pero, fuera de dichos "fila", ¿es que existe el tiempo? Sólo habrá existido en la medida que otras Humanidades, que otros "fila", hayan cubierto ese lapso entre el hombre "gliptolítico" y nosotros.

Traté de entrar en aquel otro punto que Javier Cabrera había dejado en suspenso: el verdadero origen del hombre. Pero mi pregunta corrió idéntica suerte que la anterior...

—Decía usted, profesor; que el hombre es increado. Me pregunto qué sucedería si, de pronto, encontrara usted en esta «biblioteca» la explicación a dicho origen...

Javier Cabrera cruzó una mirada de complicidad con gustín Figueroa, su editor, que también asistía a la interesante charla, y respondió.

—En uno de los capítulos de esta obra que estoy preparando encontrarás un hecho que te sorprenderá. Un hecho que respalda esta afirmación mía sobre la no creación del hombre. Pero, por el momento, no puedo hablar de ello.

Permanecimos de nuevo en silencio hasta que uno de los acompañantes del embajador italiano preguntó a Cabrera:

—No comprendo por qué fue grabado precisamente el «paso» de este cometa. ¿Cuál es su significado real?

—Trascendente. La llegada del cometa tuvo una significación para aquel «filum». Por eso lo grabó en la piedra. Pero esto se deduce con la contemplación y el estudio de muchas piedras. Porque, como saben, todas están relacionadas de alguna manera. Forman «series». Aquel «filum» humano recibió a un ser que procedía de otro lugar del Cosmos y del que nosotros también hemos tenido noticias... Pero les ruego que no me pregunten más sobre este tema. Está en pleno proceso de investigación y no desearía hablar sobre ello hasta que el estudio se encuentre concluido...

Como el lector habrá adivinado, quizá esta afirmación del doctor Javier Cabrera Darquea se encontraba íntimamente vinculada al formidable hallazgo que él —con tanta sabiduría como prudencia— había aislado al llamado «cuarto secreto». Pero, ¿quién era aquel ser? ¿De dónde procedía en realidad? ¿Por qué había coincidido con este cometa? ¿Cuál era su misión en la Tierra? ¿Por qué Cabrera nos había indicado que nosotros también habíamos tenido noticias de su existencia? Y lo que era más importante para mí, ¿por qué y cómo sabían los seres de aquella remota Humanidad que el cometa regresaría una vez más...?

Javier Cabrera, con el paso de los días, me respondió a estos interrogantes. En algunos casos, como apuntaba en otro capítulo de este libro-reportaje, me bastó la simple contemplación de aquellas piedras «secretas» para comprender...

Pero prometí solemnemente a Javier Cabrera no divulgar esta parte de la «biblioteca», al menos hasta que el estudio de las mismas se haya visto concluido en su totalidad. De no hacerlo así, el impacto sería de tal calibre que —en vez de lograr un efecto positivo que enriquezca mucho más nuestro propio sentido de la existencia— sumiría a muchas personas en la confusión. Pero esa revelación —estoy seguro— llegará en el momento adecuado.

Para mí, aquella tarde en el museo de la plaza de Armas de Ica, en compañía de Javier Cabrera, del embajador italiano y de cuantos le acompañaban, ha tenido una trascendencia insospechada. Y quizá desde entonces haya visto sumido mi espíritu en una crisis permanente, de la que a duras penas estoy saliendo...

Aquella piedra —llamada ahora por el investigador iqueño como del Kohoutek— venía a trastocar, a desequilibrar, todos mis esquemas mentales. Era, no cabía duda, una prueba irrefutable. Aquella piedra estaba en el estudio de Javier desde 1970, fecha en que el bueno de Basilio Uchuya la había extraído del fondo del desierto de Ocucaje. Aquella piedra había sido vista, analizada y fotografiada antes de la llegada del cometa Kohoutek por decenas de personas.

Aquella piedra desconcertante, en fin, había sido expuesta por Cabrera en 1971 en el Congreso Internacional de Cirugía, celebrado en Perú.

Al retirarme aquella noche al hotel comprendí las palabras del investigador, cuando, al poner sus manos sobre la «bóveda celeste» de aquella singular piedra, nos adelantó:

—Mi emoción al descubrir esto fue tremenda. Y tardé muchas noches en poder conciliar el sueño...

Pero mi investigación apenas si había comenzado. Quedaban aún otras muchas sorpresas. Como aquella que había saltado también a lo largo de mi última visita al centro-museo de las 11.000 piedras grabadas: los «planos» de los antiguos continentes del planeta…

CAPÍTULO 8
«ATLÁNTIDA ES EUROPA»

En una de las salas donde se aprietan los miles y miles de piedras grabadas del doctor Cabrera barquea iba a tener la oportunidad —una vez más— de quedar atónito. Fulminado por la sorpresa primero y por la incredulidad después.

En dos piedras de gran peso y con formas ambas de «media naranja», el doctor Cabrera había descubierto también lo que él considera los «planos» de los continentes que formaban la Tierra hace millones de años.

Cuando Javier Cabrera me hizo esta revelación olvidé el resto de la «biblioteca» y permanecí largo tiempo contemplando aquellos «hemisferios» desconocidos, remotos...

En uno de ellos —el que Cabrera había señalado como «occidental»— aparecían grabados los contornos de cuatro continentes.

En el «oriental», que correspondía a la segunda gran Piedra, pude ver otras cuatro grabaciones, pertenecientes —según el investigador de Ica— a otras tantas masas continentales del planeta.

Y Javier Cabrera procedió a explicarme su significado:

—En esta piedra —la que corresponde al «hemisferio occidental»— he logrado identificar lo que hace millones de años era Norteamérica. Como ves, se encontraba ya unida a esto otro, que era Sudamérica. Y a ambos lados de estos dos continentes, **¡Mu!** y **¡Atlántida!...**

Por un momento creí no haber escuchado bien a Javier Cabrera...

—¿Has dicho «Atlántida»?

El médico sonrió divertido. Observó mi confusión y subrayó:

—Sí, he dicho Atlántida, el continente desaparecido y que tantos científicos investigan en la actualidad.

—¡No es posible! —comenté entre dientes.

—Pues aquí está... Esta masa continental que se extiende a la derecha de ambas Américas era Atlántida. Pero hoy, efectivamente, ya no está ahí. Esto fue grabado hace millones de años, no lo olvides. Pero, permíteme que te enumere los restantes continentes que aparecen en el otro «hemisferio».

Javier Cabrera se dirigió a la segunda piedra y señaló:

—Esto, después de concluir mis investigaciones, he llegado a la conclusión de que es África. Y a su lado —unidas como sucede con América del Norte y del Sur—, Arabia y Australia. Por último, el cuarto continente que ha sido grabado a la derecha y arriba es **Lemúrida...**

—Pero, ¿por qué sabes que se trata de los antiguos continentes?

Entre las piedras que llevo estudiadas hay cuatro que —a simple vista— parecen «hemisferios». Comencé a investigar y observé que dos de estas piedras no podían ser identificadas como «hemisferios» terrestres... Eran los «planos» de otro mundo, de otro planeta.

»Los dos restantes —éstos que tienes ante tu vista— sí podían ser identificados como de nuestro planeta. Había algunas zonas ya conocidas, y un largo y posterior estudio así me lo ratificaría. Estos "hemisferios" eran los de la Tierra..., hace millones de años. Precisamente en la era en que la Humanidad "gliptolítica" poblaba posiblemente el mundo.

»Pero no todas las masas continentales de entonces —las que tú ves ahora grabadas aquí— eran idénticas a las que hoy conocemos. Por eso muchas personas, al examinar estos "hemisferios" confunden algunos continentes con otros. Y es natural. La Tierra ha cambiado mucho en millones de años.

»Y en este documento excepcional, posiblemente único en el mundo, nos están mostrando cómo era realmente el planeta.

—Muchas de las teorías actuales sobre «deriva» de continentes apuntan hacia el hecho, casi seguro, de que, en tiempos remotos, América del Sur y África estuvieron unidas. ¿ Puede demostrarse esto en las piedras?

A lo largo del estudio realizado sobre estas dos Piedras pude comprobar que, una vez

recortados los distintos continentes, podían ajustarse formando un solo bloque. Como sabes, al principio, todos los continentes formaban una única masa de tierra. Una masa continental, que se fragmentó en dos y posteriormente dio lugar a nuevas fracturas y, por consiguiente, a nuevos continentes.

(Las teorías de la expansión de los fondos marinos y de la tectónica de placas han llevado a los científicos actuales a la vieja teoría de la «deriva» de continentes, formulada ya entre 1912 y 1915 por el geofísico Wegener. Éste sostenía que las masas continentales que conocemos hoy proceden de la fragmentación de un único bloque de tierras. A partir de una formidable y primigenia fractura, las piezas de ese «macrorrompecabezas» se fueron separando entre sí, comenzando con ello la llamada «deriva» de los continentes.

Wegener confeccionó su teoría basándose fundamentalmente en las semejanzas de líneas de las costas de ciertos océanos, como en el caso del Atlántico. Por otro lado, las faunas y floras de la Era Primaria o Paleozoica en los continentes meridionales —África, América del Sur, India y Australia— eran muy semejantes. Esto sólo podía tener una explicación: dichos continentes habían permanecido unidos en alguna y remota época de la Tierra. Lo mismo sucedía con lo que hoy es América del Norte y Eurasia.

Por el contrario, comparando las faunas y floras fósiles de los continentes septentrionales con los de las masas continentales del Sur, las semejanzas son muy escasas.)

Pero estas hipótesis y teorías de los científicos sobre los antiguos continentes no son compartidas del todo por Javier Cabrera. En las piedras grabadas aunque se deduce también la primitiva existencia de un bloque único, aparecen continentes de los que sólo se tenían noticia a través de leyendas y narraciones más o menos verosímiles.

Por ejemplo, Mu. Por ejemplo, Atlántida. Por ejemplo, Lemúrida...

¿Cómo explicaba el médico iqueño la presencia —la insólita presencia— de estas masas continentales en los grabados de las piedras?

He aquí la fascinante explicación del investigador:

—Este continente que ves a la izquierda de lo que hoy es Sudamérica era Mu. Actualmente, sin embargo, esta masa continental ya no existe frente a nuestras costas. ¿Por qué?

»En razón de la "deriva" de los continentes, Mu fue desplazándose hacia Occidente. Y con el transcurso de millones de años chocó con la India, Arabia y parte de Europa, formando lo que hoy es Asia. Mu, por tanto, deberíamos buscarlo en la actualidad en la zona asiática...

»Pero ese lento desplazamiento de Mu a través de lo que hoy llamamos océano Pacífico provocó el nacimiento de decenas de archipiélagos y miles de islas que quedaron "descolgados" de la primitiva masa continental...

Aquello me hizo acudir rápidamente a uno de los mapamundis que Javier Cabrera tenía colgado de una de las paredes del museo. Mis ojos buscaron frente a las costas de Chile.

«Sí —me dije a mí mismo—, allí estaba. Pero, ¿cómo era posible? ¿Es que aquel desplazamiento podría tener alguna relación con la misteriosa y enigmática isla de Pascua?»

Al regresar frente a la piedra donde Javier Cabrera me había señalado el citado continente Mu, le pregunté sin rodeos:

—¿Qué relación puede haber entonces entre este desaparecido continente y Pascua?

—Todo.

Miré al investigador con incredulidad.

—Todo, repito. Como te digo, la «deriva» del continente Mu dejó un «rastro» de islas a todo lo largo del océano Pacífico. En muchos casos, ese desgajamiento de la masa continental coincidió con zonas donde existía una floreciente cultura, tal y como se refleja en estos miles de piedras grabadas.

»Y Pascua fue uno de estos ejemplos. La Polinesia, repito, no es otra cosa que el "reguero" dejado por el continente Mu en su camino hacia lo que hoy constituye Asia. Pero las gentes que pudieron quedar en esos archipiélagos e islas terminaron por mezclarse. Y también los habitantes de Mu —una vez que el continente formó definitivamente Asia— se vieron sometidos a constantes cambios. En esa nueva área del globo, el medio ambiente resultaba totalmente distinto.

Durante mis viajes por diversas zonas del Perú había observado un hecho para el que no tenía explicación. En numerosos poblados y ciudades —especialmente en aquella región de Ica— los indígenas ofrecían a los turistas las más variadas tallas de madera. Tallas que, en un principio, yo consideré producto de la artesanía local. Pero un hecho posterior, ocurrido en el desierto de Ocucaje, así como los testimonios de numerosos peruanos —expertos en

la materia—, me hicieron comprender que muchas de aquellas tallas de madera negra y desconocida tenían una gran antigüedad. Los indígenas y campesinos —según pude comprobar en el citado desierto de Ocucaje— dedicaban buena parte de su tiempo a «huaquear» o rastrear las zonas arqueológicas, desenterrando muchas de estas Millas entre los restos de las tumbas prehispánicas.

El propio profesor Cabrera Darquea disponía de una formidable colección de estas figuras de madera.

Pero lo que verdaderamente me llamó la atención desde un principio en las citadas tallas fue la abrumadora semejanza con los gigantescos **«moais»** de la referida isla de Pascua. Muchos de aquellos idolillos tenían un claro perfil «pascuense». Pero, ¿cómo podía ser?

Mi asombro llegó al máximo en una clara mañana del invierno peruano cuando, mientras visitaba el Museo Regional de Ica, uno de mis acompañantes me señaló un arcaico y artístico remo de madera. En uno de sus extremos habían labrado ocho figurillas que me recordaron inmediatamente las mencionadas estatuas gigantes de la enigmática isla de Pascua. Aquellas figuras encontradas por azar en un remo incaico, posiblemente anterior a la llegada de los conquistadores españoles, se tocaban, incluso, con los mismos gorros o sombreros que aún lucen algunos de los «moais».

Como se sabe, en un principio parece ser que la totalidad de estas formidables estatuas de piedra disponía de los citados gorros. En la actualidad, y quizá como consecuencia de movimientos sísmicos o de sucesivas catástrofes, esos adornos de piedra aparecen desgajados de las cabezas de las estatuas y esparcidos por las proximidades de los «moais».

Mil veces me formulé la misma pregunta: ¿A qué se debía aquel parecido, aquella semejanza, entre estas tallas de madera encontradas a miles en las tierras Peruanas y los fantásticos y desconocidos seres que quedaron representados en las estatuas de Pascua?

Ahora, al escuchar al profesor Cabrera, al oír que el desaparecido continente Mu fue dejando un extenso «rastro» de islas en su camino hacia lo que hoy es Asia, todo parecía más claro.

¿Es que ésta podía ser la explicación a la desconcertante isla del Pacífico?

—Estas tallas encontradas en Perú —le planteé a Javier Cabrera— y las estatuas de la isla de Pascua tienen una profunda semejanza. ¿Por qué?

—No olvides que esta remotísima civilización que dejó las piedras grabadas cubría y se extendía por todo el planeta. Había una intercomunicación. Las tallas encontradas en los desiertos y tumbas del Perú son muy similares, en efecto, a las estatuas de la isla de Pascua. Sin embargo, ¿por qué los «moais» no son similares a los habitantes actuales de dicha isla? ¿No te lo has preguntado? La razón confirma una vez más la gran antigüedad de esta civilización. Los hombres representados en las estatuas de Pascua no se parecen a los actuales «pascuenses» porque el tiempo transcurrido entre ambos es enorme. Sin embargo, los «moais» sí son idénticos a los seres representados en el altiplano peruano de Marcahuasi.

»Ambos son hombres de eras remotas del planeta. Y al igual que sucede con los animales, también las distintas Humanidades que han ido poblando el mundo han ido cambiando. El hombre de Tiahuanaco, por ejemplo, era rechoncho, de gran cabeza, piernas cortas, brazos largos y cuatro dedos en cada mano. Muy parecido, por tanto, al hombre "gliptolítico". Pero, ¿qué raza actual se asemeja a ese hombre de Tiahuanaco o al de las piedras grabadas?

»Esto, necesariamente, nos remonta a un pasado de la Tierra del que desconocíamos casi todo.

»Ahora, con la aparición de esta "biblioteca", la mente del hombre de nuestro "filum" cambiará».

—¿Y cómo has interpretado los restantes continentes?

—América del Norte y del Sur, que estuvieron positivamente divididas, aparecen ya unidas. Este «puente» que ahora denominamos Centroamérica coincidió con el levantamiento de las montañas... pero, ¿dónde estaba aquí Europa?

Cabrera había reservado intencionadamente para el final su descubrimiento sobre «Atlántida». Señaló el continente que se encontraba a la derecha de las dos Américas y prosiguió:

—Este continente que hace millones de años se encontraba en mitad del océano Atlántico fue derivando también hacia el Este. Pero el gran cataclismo de que hablábamos precipitó los acontecimientos. Y la caída de las Lunas sobre Atlántida hundió parte del continente,

desplazando el resto hacia Oriente. Como consecuencia de ese desplazamiento, Atlántida se convertiría en Europa y Norte de África...

»En otras palabras: ustedes, los españoles, y buena parte del resto de Europa, ¡son la Atlántida!»

Recordé entonces uno de los párrafos de las sugerentes obras de Platón —limeo y Critias—, en las que se hace mención de este continente perdido. En ellas hay una crónica sobre el desaparecido continente. Se la atribuyen a Solón, legislador de la antigua Hélade, que viajó a Egipto hacia el año 560 antes de Cristo.

Se cuenta que la asamblea de sacerdotes de la **diosa Neith** de Sais, protectora de las ciencias, reveló a Solón que sus archivos se remontaban a millares de años y que se hablaba en ellos de un continente situado más allá de las Columnas de Hércules y engullido por las aguas hacia el 9.560 antes de J. C.

Platón no cometió el error de confundir Atlántida con América. Dice claramente que «existía otro continente al oeste de Atlántida». Y habló de un océano que se extendía más allá del estrecho de Gibraltar. El Mediterranio —afirmaba— no es más que un puerto.»

En este océano —el Atlántico— situó una isla-continente más extensa que Asia Menor y Libia juntas. Cuenta Platón que en el centro del Atlántico existía una fértil llanura protegida de los vientos septentrionales por altas montañas.

El clima era subtropical y sus habitantes podían recoger dos cosechas al año. El país era rico en minerales, metales y productos agrícolas.

En la Atlántida florecían la industria, los oficios y las ciencias. El país se enorgullecía de sus numerosos puertos, canales y astilleros. Y al mencionar sus relaciones comerciales con el mundo exterior, Platón sugiere el empleo de barcos capaces de atravesar el océano...

—Las distintas leyendas de los pueblos —comenté— hablan de una catástrofe que sucedió hace miles de años. Un cataclismo que sepultó bajo las aguas a estas tierras ignoradas hoy. Pero Platón, en su obra... no se remonta a millones de años. Habla de apenas 10.000 años...

Javier Cabrera captó inmediatamente la intención de mi planteamiento.

—Esa catástrofe, así es, está en el corazón de los pueblos, de las narraciones de los libros históricos. Y se trata, no me cabe duda, de la misma destrucción mundial a que se refiere la «biblioteca» lítica.

»Pero, vamos al fondo de tu pregunta. ¿Ocurrió hace 10.000 años o más de 60 millones de años? Yo te vuelvo a plantear el problema que analizábamos días pasados. ¿Qué significaban 10.000 años para Platón o para la asamblea de sacerdotes de la diosa Neith? ¿Es que acaso podían medir algo que quedaba fuera de su tiempo-espacio? El cataclismo fue de tal magnitud que las Humanidades posteriores a la del hombre gliptolítico conservaron siempre la huella del desastre. Así supimos —a través del paso de esos posteriores "fila" humanos— la esencia de aquella horrible destrucción que arrasó continentes y sumió a la Humanidad en el más penoso de sus períodos. Pero, ¿cómo podían determinar Solón o Platón la era en que sucedió esto si ellos estaban viviendo en un espacio-tiempo absolutamente distinto de aquél?

»Nosotros sí hemos podido averiguarlo ahora porque hemos tenido la fortuna de encontrar esta "biblioteca".

»Los sacerdotes egipcios y Platón sólo disponían de testimonios o relatos que, a su vez, procedían o se basaban en otros relatos y leyendas. Y éstos, en otros, y así sucesivamente...

»El conocimiento de la gigantesca destrucción que iba a sufrir aquella Humanidad fue precisamente, como ya te he indicado en otras ocasiones, lo que movió a dicho "filum" gliptolítico a dejar este "mensaje".

Me fijé nuevamente en los «hemisferios» y observé que lo que Cabrera denominaba Arabia y Australia se encontraban unidas. Aquello me extrañó también.

—Ese gran cataclismo —comentó— debió de romper el «puente» que unía ambas masas continentales. Malasia, precisamente, sí concuerda con la fauna de Arabia. ¿Por qué? Porque, en el cataclismo, la fractura de dicho «puente» provocaría el nacimiento de lo que hoy conocemos como Malasia...

Pero Javier Cabrera —además de mostrarme las Piedras grabadas en las que aparecen los antiguos continentes del globo terráqueo— me puso en antecedentes de una reciente investigación científica que reforzaba sus hipótesis sobre la forma y situación de las viejas masas de tierra.

—Se ha hecho un muestreo a nivel mundial —explicó— y se ha comprobado que el tipo común de sangre en Europa es el llamado A. En Asia, el B, en América es el «cero» o

Universal. Australia tiene también sangre «cero». Y lo mismo sucede con África.

»El porcentaje mayor de sangre "cero" o universal lo tiene América, que llega al cien por cien. Le siguen África y Australia.

»Pero la tesis actual vigente es que el hombre de América entró por el estrecho de Bering. Es decir, que, desde el punto de vista racial, los americanos proceden del hombre asiático.

»Pero eso no puede ser... El muestreo ha señalado con claridad que Asia tiene un tipo común de sangre: B. Entonces, si el mayor índice de sangre "cero" lo arroja América, ¿cómo puede decirse que el hombre de América desciende del asiático? Es imposible.

»Más bien deberíamos ser descendientes de los negros, que también tienen sangre "cero". Pero es evidente que no ocurre así. Ni los españoles encontraron negros al desembarcar en América...

»¿Qué podemos pensar entonces? Que los hombres son autóctonos de cada continente».

—En los distintos continentes que aparecen grabados en las piedras he observado figuras que se diferencian entre sí, precisamente por sus rasgos faciales. ¿Tiene esto algo que ver con la primitiva ubicación de las razas?

—Por supuesto que sí. Ésa es otra de las grandes maravillas de estas piedras. Cada continente tiene perfectamente señalado el tipo de raza que lo poblaba. Y así ves negroides, blancos y mongoloides en los distintos continentes. Éstos eran los tres grupos puros iniciales de la Tierra.

Según esto, Mu tenía sangre B, puesto que fue a engrosar el continente asiático. Atlántida sería del tipo A, tal y como sucede y se demuestra hoy en Europa y África, en el otro "hemisferio", con sangre "cero". Todo concuerda.

—Si tenían capacidad para viajar por todo el planeta, ¿cómo es que no se produjo una mezcla?

—También ahora tenemos capacidad para viajar y, sin embargo, ya ves, en este reciente muestreo seguían predominando unos tipos concretos de sangre por continente...

Me acerqué de nuevo a las piedras de los «hemisferios» y comprobé, en efecto, las afirmaciones de Cabrera. En lo que él señalaba como la antigua África habían grabado unas figuras «negroides». En Mu, sin embargo, los rostros tenían claros perfiles «mongólicos». Por último, en el resto de las masas continentales, aquellos hombres «gliptolíticos» se asemejaban al hoy llamado hombre «blanco»...

¿Cómo podía ser? ¿Es que realmente me encontraba ante los «hemisferios» de una Tierra perdida en la nebulosa de millones de años? Mi mente —lo reconozco— se resistía en múltiples ocasiones a aceptarlo. Era excesivo...

En aquel instante, mientras contemplaba los trazos seguros y profundos de aquellos grabados, pasó veloz por mi cerebro un pensamiento que iba a dar pie a una de las afirmaciones más audaces por parte de Javier Cabrera Darquea:

—¿Qué habría pensado Darwin si hubiera conocido esta «biblioteca»? Creo que no se habría atrevido a lanzar su teoría sobre la evolución...

—Pero, ¿es que el hombre no se ha visto sometido a ese Proceso inevitable de la evolución?

—La evolución —tal y como he descubierto en estas Piedras— no es natural en el caso del ser humano, del fenómeno humano. ¡Es dirigida!

»A Darwin le ocurrió lo mismo que al espectador que sólo "ve la mitad de la película"...

»Si Darwin hubiera conocido e investigado estas piedras no habría desarrollado su célebre teoría evolucionista. Como tampoco lo habría hecho si hubiera conocido las teorías de Mendel...

—Pero Mendel —repuse— fue anterior a Darwin...

—Sí, querido amigo. Pero te olvidas que era capuchino... Y su descubrimiento permaneció oculto mucho tiempo en su convento. Si los enemigos de Darwin hubieran conocido las leyes de Mendel, lo habrían destrozado.

Aquella afirmación de Javier Cabrera sobre la **«evolución dirigida»** del ser humano fue ganando terreno en mi corazón y casi iba a decir que en mi cerebro. No era la primera vez tampoco que escuchaba algo similar. Hoy un buen puñado de científicos y estudiosos está convencido de que el fenómeno humano nació en la Tierra como consecuencia de una «intervención» directa de otros seres del espacio.

Para ser más exactos, a raíz de una acción perfectamente programada y meditada por otros seres inteligentes —posiblemente pertenecientes a la misma «familia» a la que nosotros pertenecemos— que «esparcen» por el Universo la «semilla» de esto que nosotros hemos dado en llamar «fenómeno humano».

Esa «intervención» directa pudo efectuarse en algún momento determinado en que las distintas formas «prehumanas» —llámense homínidos, póngidos, etc.— poblaban ya el planeta. El «salto» de esa situación «no inteligente» a otra en la que el cerebro comienza a desplegar una acción que ninguna de las especies animales ha alcanzado en tantos millones de años sólo podría explicarse —afirman muchos de estos investigadores— mediante esa «intervención de otros miembros de la inmensa «familia humana» que se extiende por la galaxia.

La «evolución», en este caso, pasaría, indudablemente, de la llamada fase natural a la dirigida. Una «evolución» que podría ser, incluso, controlada durante sus comienzos por esos seres de otros mundos.

Esta hipótesis, como digo, no es nueva. Ha sido esgrimida ya por algunos autores, aunque siempre ha tenido que ser apoyada en simples teorías.

Ahora, en cambio, el hecho de una «evolución dirigida» aparecía en este documento único en el mundo: las miles de piedras grabadas de Ica.

Cabrera, sin embargo, como ya he mencionado en ocasiones anteriores, se resistió una vez más a proseguir en tan fascinante asunto.

—Es preciso esperar. Las investigaciones no han concluido...

CAPÍTULO 9
UN TESTIMONIO DESCONCERTANTE:
«PÁJAROS MECÁNICOS» Y REPTILES VOLADORES «TRIPULADOS»

Pienso yo que cualquiera que pudiera contemplar aquellos «hemisferios» terrestres de hace millones de años, grabados en dos enormes piedras, se haría la misma pregunta:

«¿Cómo llegó a conocer aquella remota Humanidad las formas y contornos de los continentes?».

Pero antes de pasar a la apasionante «serie» de los **«pájaros mecánicos»** —pieza fundamental para descifrar el misterio del trazado de estos «mapas»— he querido detenerme primero en otros famosos y revolucionarios «mapas» de los continentes del planeta. Unos «mapas» que en estos momentos ratifican de forma decisiva esa convicción de Javier Cabrera sobre la existencia de otras Humanidades que, desde hace millones de años, han venido sucediéndose en la Historia real del planeta: los mapas de Piri Reis.

Louis Pauwels y Jacques Bergier los denominan los «mapas imposibles». He aquí, en síntesis, la asombrosa realidad de estos documentos:

Los mapas llamados hoy de **«Piri Reis»** fueron desempolvados, y hasta cierto punto «descubiertos», el 9 de noviembre de 1929, cuando el director de los Museos Nacionales turcos, Malil Edhem, procedía al inventario y a la clasificación de todo lo que reunía el conocido museo Topkapi de Estambul.

Malil Edhem se encontró de pronto con dos mapas en los que se reproducía parte del mundo. Dos mapas que los expertos turcos daban como perdidos y que el famoso navegante turco Piri Reis había descrito en su libro de memorias Bahriye, en el siglo XVI.

Piri Reis había sido un piloto notable. Perteneció a una familia de navegantes turcos de gran raigambre y proporcionó al Imperio otomano días de gran gloria al extender la supremacía naval de dicho pueblo por todo el Mediterráneo y mares vecinos. Piri Reis conocía a la perfección las costas de aquel Mediterráneo y se especializó en la difícil técnica del trazado de cartas y mapas marinos.

En el prólogo de su obra —Bahriye— habla ya prolijamente de su primer mapa, trazado en su ciudad natal, Gelibolu, entre el 9 de marzo y el 7 de abril de 1513. En dicho prólogo, Piri Reis expresa que, para trazarlo, cotejó todos los mapas que conocía —aproximadamente una veintena—, algunos de ellos muy secretos y muy antiguos, comprendidos ciertos mapas orientales que, al parecer, nadie más poseía en Europa.

Su conocimiento del griego, del italiano, del español y del portugués le ayudó extraordinariamente a la hora de sacar el mayor partido posible de las indicaciones contenidas en todos los mapas que consultó. Por otra parte, Piri Reis disponía de una caria confeccionada por el propio Cristóbal Colón Y que había llegado a su poder merced a uno de los miembros de la tripulación del célebre genovés. Este marino había sido hecho prisionero por Kemal Reis, tío de Piri Reis, y pudo por ello completar de viva voz los conocimientos del cartógrafo turco.

Gracias a estas informaciones, Piri Reis llegó a unas sustanciosas conclusiones, que reflejó en uno de los capítulos de su libro. Al referirse al «Mar Occidental» —como se denominaba antiguamente al océano Atlántico—, Piri Reis cuenta:

«Un infiel llamado Colombo, y que era genovés, fue quien descubrió estas tierras. Un libro llegó a las manos del susodicho Colombo, el cual vio que se decía en el libro que, al otro lado del "mar occidental", precisamente hacia el Oeste, había costas e islas y toda clase de metales, así como piedras preciosas. El susodicho, después de estudiar largamente el libro, fue a suplicar, uno tras otro, a todos los notables de Génova, diciéndoles: "Dadme dos barcos para ir allá y descubrir esas tierras." Ellos le respondieron: "¡Oh, hombre vano! ¿Cómo puede encontrarse un límite al mar occidental? Éste se pierde en la niebla y en la noche."

»El susodicho Colombo vio que nada sacaría de los genoveses y se apresuró a ir al encuentro del rey de España, para contarle detalladamente la historia. Le respondieron lo mismo que en Génova. Pero suplicó durante tanto tiempo a los españoles, que su rey acabó por darle dos barcos, muy bien pertrechados, y le dijo: "¡Oh, Colombo! Si sucede lo que tú dices, te haré Rapudán de aquel país." Dicho lo cual, el rey envió a Colombo al "mar occidental"».

Aquel libro que encontraría Cristóbal Colón data según figura en la obra de Piri Reis de la época Alejandro Magno...

Según esto, existía ya —mucho antes que Cristóbal Colón desembarcara en América— un conocimiento de dicho lugar. Pero las sorpresas no terminan ahí. Porque, entre los 215 mapas que Piri Reis incluyó en su libro, había varios que —cuatro siglos después— iban a conmocionar al mundo.

En realidad, sólo se poseen fragmentos de estos mapas. Pero en ellos figura la totalidad del Atlántico y sus costas americanas, europeas, africanas, árticas y antárticas. Aparecen trazados sobre pergamino de color, iluminados y enriquecidos con numerosas ilustraciones los retratos de los soberanos de Portugal, de Marruecos y de Guinea. En África se ven un elefante y un avestruz. En América del Sur, una llama y un puma. En el océano, y junto a las costas, barcos... y en las islas, pájaros.

Los pies de las ilustraciones están escritos en turco. Las montañas aparecen señaladas con su perfil, y los ríos, con líneas gruesas.

Para los parajes rocosos, el autor o autores de aquellos mapas emplearon el color negro. Las aguas arenosas y poco profundas fueron señaladas con puntos rojos, y los escollos ocultos bajo la superficie del mar, con cruces.

Pero el hallazgo no iba a cobrar su verdadera dimensión hasta que en 1953, un oficial de la Marina turca envió una copia al ingeniero jefe de la oficina Hidrográfica de la Marina de los Estados Unidos. Éste, interesado por los extraños mapas, los mostraría a un experto en mapas antiguos: Arlington H. Mallery. Y en ese instante comenzó a desvelarse el tremendo misterio.

Mallery, ingeniero de profesión, se dedicó de lleno al estudio de los singulares mapas. Y sus largas investigaciones se iban a ver coronadas por el éxito. Un éxito que iba a hacer temblar toda la Historia de nuestra civilización...

Según Mallery, la porción del mapa comprendida entre Terranova y el sur del Brasil, al margen de su exactitud, verdaderamente asombrosa para aquella época, no planteó demasiados problemas a la hora de descifrarla. En lo que respecta al norte y sur del mapa —y una vez «traducidas» las indicaciones al lenguaje cartográfico moderno— Mallery comprendió que Piri Reis había trazado las costas de la ¡Antártida! Pero eso no era todo. Mallery observó que, tanto Groenlandia como el continente antártico, habían sido dibujados antes de la glaciación de los polos...

Aquel revolucionario e inquietante descubrimiento fue defendido con gran vigor y no menos valor por el ingeniero y «traductor» de los mapas de Piri Reis en la Universidad de Georgetown.

«La Groenlandia que Piri Reis llevó a los mapas —afirmó Mallery— correspondía a las líneas de relieve descubiertas por las expediciones polares francesas. En cuanto a la costa que prolonga en gran manera la de América del Sur, no se trataba de otra cosa que la de la Antártida... »

Mallery trabajó intensamente en el hallazgo. Siguió milímetro a milímetro el mapa, comparándolo constantemente con las cartas modernas. Los resultados fueron tan sorprendentes como criticados.

El ingeniero descubrió, por ejemplo, que las islas indicadas por Piri Reis frente a las costas coinciden con los que parecen ser picos montañosos subglaciales descubiertos por la expedición antártica noruego-británica en la Tierra de la Reina Maud y cuyo trazado fue publicado en el Geographic Journal de junio de 1954.

Sin embargo, los científicos soviéticos que investigaron igualmente los mapas no se mostraron del todo de acuerdo con las teorías de Mallery. Basándose en sus propios trabajos de transposición llegaron a la conclusión de que el trazado de Piri Reis no correspondía a la Antártida, sino al extremo sur de la Patagonia y de la Tierra de Fuego.

Esta hipótesis —lejos de reducir el valor de dichos mapas— reafirmó en el fondo la autenticidad de los mismos. ¿Por qué? Muy sencillo: estas regiones no empezaron a ser oficialmente conocidas hasta ¡1520!

Sea como fuere, la realidad es que Piri Reis tenía sobre el continente americano datos anteriores al «descubrimiento» de Cristóbal Colón.

Algunos autores han apuntado la posibilidad de que dichos datos procediesen de los vikingos. Sin embargo, esta teoría no pudo sostenerse mucho tiempo. Los vikingos sólo conocieron —según consta en numerosos relatos— una diminuta zona de América del Norte. ¿Cómo explicar en este caso los trazados del continente sudamericano y de la Antártida?

¿Quién y cómo pudo trazar entonces estos insólitos mapas?

Los citados autores —Louis Pauwels y Jacques Bergier— responden así a este interrogante:

«Según Mallery, Piri Reis, heredero de una larga serie de tradiciones secretas, debió de tener conocimiento de datos geográficos que, en lo tocante a Groenlandia y a la Antártida, databan de antes de la glaciación. Pero, ¿cuándo se produjo dicha glaciación?

»El Año Geofísico Internacional dio vivo impulso entre otras, a estas investigaciones. En 1957, los trabajos convergentes del doctor J. L. Hough, de la Universidad de Illinois, por medio de sondeos, y del doctor W. D. Hurry, de los laboratorios de geofísica del Instituto Carnegie, por el método del radiocarbono, empezaron a delimitar el problema: el período de glaciación actual de los polos empezó entre 6.000 y 15.000 años atrás. Este margen de incertidumbre ha sido posteriormente muy reducido. Los especialistas y en particular Claude Lorius, —jefe glaciólogo de las expediciones polares francesas— fijan el comienzo del período glacial entre 9.000 y 10.000 años atrás. Además, están de acuerdo en que acaba de empezar un período de desglaciación. Parece, pues, posible que, hace unos diez milenios, Groenlandia y la Antártida tuviesen la configuración que se observa en los mapas de Piri Reis.

»Su relieve se manifiesta libremente; una parte de las tierras actualmente cubiertas por el hielo o sumergidas era entonces visible.

»En vista de esto, parece que se podría concluir diciendo que los conocimientos que sirvieron para el trazado de estos mapas datan de unos 10.000 años atrás.

»Después de todo lo que acabamos de decir, esta conclusión es inevitable; pero contradice todas las teorías clásicas actuales sobre la historia de la civilización y debe ser considerada con gran cautela. ¿Qué dicen los manuales de Prehistoria? Hace diez mil años reinaba —si podemos expresarnos así— el hombre de Cro-Magnon, al cual se atribuyen las pinturas de Lascaux, pero que no conocía el trabajo de los metales, ni el cultivo de la tierra, ni la domesticación de los animales.

»Ahora bien, Arlington H. Mallery el gran especialista, dice de los mapas de Piri Reis: "En la época en que se confeccionó el mapa, no era solamente preciso que hubiera exploradores, sino también técnicos en hidrografía particularmente competentes y organizados

Pues no se puede dibujar el mapa de continentes o territorios tan extensos como la Antártida, Groenlandia o América, como por lo visto se dibujó hace algunos milenios, si no se es más que un simple individuo o, incluso, un pequeño grupo de exploradores. Se necesitan técnicos experimentados, conocedores de la astronomía, así como de los métodos necesarios para el trazado de mapas."

»Arlington Mallery va aún más lejos: "No comprendemos —dice— cómo pudieron confeccionarse esos mapas sin la ayuda de la aviación. Además, las longitudes son absolutamente exactas, cosa que nosotros mismos sólo sabemos hacer desde hace apenas dos siglos."

»Habría que proceder —concluyen su relato Pauwels y Bergier— a una "revisión desgarradora" de nuestros conceptos referentes a la historia de la Humanidad. ¿Qué conjeturas podemos hacer sobre una civilización desarrollada que habría existido hace unos diez mil años?»

Sólo admitiendo, en definitiva, que en otras épocas del planeta se desarrollaron civilizaciones de un gran nivel técnico y científico podríamos comprender y encajar la formidable realidad de los mapas de Piri Reis.

Es la misma conclusión a la que uno llega sin querer después de conocer e investigar la «biblioteca» gliptolítica del desierto peruano.

El ingeniero Arlington Mallery expresaba precisamente su extrañeza al no entender cómo habían podido ser trazados estos mapas, sin la ayuda de la aviación...

Esa misma interrogante surgió en mi mente mientras examinaba las piedras de los «hemisferios».

Pero, en este sentido, yo iba a tener más fortuna que Arlington Mallery. Porque en otras muchas piedras de la colección del doctor Cabrera estaba, precisamente, la respuesta a dicha pregunta.

—Aquella civilización dominaba la navegación aérea —me respondió Javier Cabrera señalándome varias piedras en las que aparecían extraños «pájaros» de apariencia mecánica, así como otras aves que pertenecían, indudablemente, a diversos tipos de reptiles voladores de eras muy pretéritas del planeta.

—¿Qué diferencia existe entre estos grabados en los que se representan «pájaros mecánicos» y aquellos en los que el hombre parece «cabalgar» sobre grandes aves prehistóricas?

—Esos que tú llamas «pájaros mecánicos» son el más bello y evidente símbolo de que aquella Humanidad perdida en el tiempo y el espacio podía dominar la navegación aérea... ¿Por qué quisieron grabar estos «pájaros» que no son naturales? Todo en ellos denota tecnología. Son, indudablemente, «mecánicos». Es decir, nos están mostrando —a través de una «ideografía»— que podían surcar los espacios...

Lo más escalofriante, lo más sugerente de aquel «capítulo» o «sección» de la «biblioteca» era que el número de piedras descubierto, donde aparecían estos «aparatos voladores», era muy elevado. Sin embargo, como sucede en casi todas las «series», no todos los gliptolitos están investigados en profundidad. Muchos de ellos, decenas, permanecen ignorados.

—No logro aceptar —le comenté a Javier Cabrera— que una Humanidad tan anterior a la nuestra haya podido conocer la aviación. Eso resulta fácil de comprender.

—Todos hemos vivido y seguimos haciéndolo bajo el influjo de unas enseñanzas y una ciencia que rechaza cuanto no se ajusta a esos moldes preconcebidos y convencionales. ¿Quienes han sido los peores enemigos de la Humanidad? Los hombres que pensaron en profundidad. Los que no se dejaron arrastrar o lucharon contra «lo tradicional» y aceptado.

»Esta Humanidad gliptolítica nos maravillará con sus conocimientos. Ya lo está logrando.

»Porque estos seres llegaron a salir al espacio, por supuesto. Y lo lograron, no a través de nuestros sistemas matemáticos o de cálculo. Ellos, como ya te he comentado en otras ocasiones, eran conceptuales. Llegaban a esos conocimientos casi instantáneamente... Su mente estaba preparada para ello. ¿Qué nos ocurre hoy a nosotros? Salimos del colegio o de la Universidad con la mente cuadriculada, dividida. No tenemos una preparación integral del conocimiento».

—¿Está también en las piedras el sistema que empleaban para salir de la Tierra?

—Naturalmente.

Javier Cabrera regresó a su mesa de despacho y extrajo de la caja fuerte un «huaco» de color tierra a cuyo alrededor aparecían dibujados unos extraños símbolos. Algo así como un «pájaro». Sí, se trataba de un «pájaro» idéntico al que yo acababa de ver en los grabados de las piedras...

—¿Cómo puede ser? —interrogué al profesor.

—Es bien simple. Esta civilización dejó su «mensaje», no sólo en las piedras, sino en otros muchos objetos que hoy, para nosotros, sólo constituyen motivos de «artesanía» o —a lo sumo— de manifestación artística de otras culturas incas o preincas... ¿Recuerdas el manto de Paracas? ¿Recuerdas las tallas de madera de las que hablamos cuando tocamos el tema de la isla de Pascua?

»Todas esas manifestaciones tenían un significado mucho más profundo que la mera decoración o sentimiento artístico. Aquella Humanidad dejó sus conocimientos en la "biblioteca de piedra", sí, pero los gliptolitos no fueron su única huella.

»¿Cómo podríamos explicar, si no, esas construcciones megalíticas de Tiahuanaco, de Sacsahuamán, del mismo Machu Picchu, de la gran pirámide de Keops, de los gigantes de Pascua, etc.? La Humanidad gliptolítica dominó la totalidad del planeta. Sus restos, por tanto, se extienden por doquier. Lo que ocurre es que no queremos reconocerlo, no queremos abrir los ojos...

»Tampoco debemos olvidar que entre aquella Humanidad prehistórica y nuestro "filum" han podido existir otras civilizaciones que quizá alcanzaron elevadas metas en los distintos campos del conocimiento. Y su huella se ha mezclado también con la de aquel hombre gliptolítico.

Cabrera guardó silencio unos instantes y me mostró aquella pequeña vasija de barro. La hizo girar lentamente sobre la mesa y señaló:

—Este «huaco» nos está mostrando también el sistema que utilizaban para salir al espacio.

»Estos seres lograron vencer la fuerza de la gravedad. Y sus máquinas voladoras escapaban a la atracción terrestre sin necesidad de esas potentes cargas de combustible que hoy exigen nuestros cohetes portadores. La Humanidad gliptolítica anulaba la gravedad, y era el planeta el que realmente abandonaba a la nave. No al revés, tal y como sucede en la actualidad con nuestros vuelos espaciales.

»Al producirse esa anulación de la gravedad, los aparatos voladores de aquella Humanidad eran prácticamente "catapultados" al exterior a una velocidad equivalente a la que lleva nuestro mundo en su viaje a través del Cosmos: 29,6 kilómetros por segundo.

»Esa velocidad de "escape" era más que suficiente para situarse en órbita terrestre o para seguir rumbo a otros astros de la galaxia.

En la actualidad se ha calculado en 11,2 kilómetros por segundo la velocidad mínima para que un cohete pueda *escapar* del campo gravitatorio terrestre. Esta velocidad es llamado también de «escape» o «fuga».

»Para vencer la fuerza de la gravedad —tal y como he descifrado en los gliptolitos y en este espléndido "huaco"—, aquella civilización usaba de la fuerza electromagnética que captaba del exterior de la Tierra a través de las Pirámides.

»¿Comprendes ahora cómo pudieron trazar los "hemisferios" de la Tierra?

»Era sencillo. Sus "pájaros mecánicos" —sus avanzadísimas astronaves— podían elevarse sobre los continentes y abandonar, incluso, el planeta.

Quizá en este capítulo de la «biblioteca» —más que en ningún otro— resulta vital el examen de los grabados y altorrelieves de las piedras de Ica.

Y de nuevo volví a situarme frente a aquel bellísimo labrado donde se nos mostraba un gran «pájaro mecánico» sobre el que navegaban dos de aquellos seres olvidados. Dos hombres «gliptolíticos» que oteaban la tierra en busca de los mortales enemigos de la Humanidad prehistórica: los grandes saurios.

Allí, mejor que en ninguna otra piedra, mi espíritu pudo sentir la proximidad del misterio. Y la imaginación terminó por desbordarse, incapaz de resignarse a una realidad como la nuestra, tan convencional como limitada.

Pero tan remota civilización no sólo utilizó «pájaros mecánicos».

También mi imaginación tembló al detenerme ante decenas de piedras donde hombres «gliptolíticos» volaban a lomos de enormes y extrañas aves.

Aquellas eran aves de carne y hueso. De eso no cabía la menor duda. La diferencia con los «pájaros mecánicos» era evidente. Algunos de aquellos reptiles voladores —así los calificó Javier Cabrera— resultaban hoy desconocidos, incluso, para la Paleontología.

Algunas de aquellas formas de animales antediluvianos me recordaron, por ejemplo, al pteranodom, con su cráneo en forma de martillo. Sin embargo, ¿cómo podían transportar estos extraños «pájaros» a los hombres «gliptolíticos»? Si no recordaba mal, y a pesar de sus nueve metros de envergadura, estos reptiles voladores —como en toda la «familia» de los pterosaurios— apenas si podían remontar el vuelo. Ni los músculos de sus alas ni las débiles patas traseras eran capaces de levantarse del suelo. La Paleontología asegura que debió vivir posiblemente en los acantilados, donde las corrientes de aire le ayudarían a elevarse...

Cuando le planteé este dilema a Javier Cabrera, me respondió:

—Muchos de estos animales prehistóricos están sin clasificar. Lo ignoramos todo de ellos. No podríamos pronunciarnos sobre sus posibilidades para transportar a los seres de aquella Humanidad sobre los aires...

»HOY, nuestra civilización aprovecha y se ha servido hasta la saciedad de los grandes paquidermos, de los camellos y dromedarios y hasta de los delfines.

»¿Por qué no pudieron hacer lo mismo los hombres de entonces con los animales que resultaban dóciles o fáciles de domesticar? Hoy no tenemos posibilidad de comprobarlo porque carecemos de grandes reptiles voladores o, simplemente, de aves de las dimensiones de aquéllas. Pero, ¿qué habría ocurrido si los hubiéramos tenido? ¿No los hubiéramos utilizado?»

El planteamiento del médico e investigador de la «biblioteca» lítica de Ica no carecía de base. Además, ¿qué significaban sino aquellas piedras grabadas donde parecían representarse escenas de luchas, de exploración, de caza y hasta de observación de cometas?

Por indicación de Cabrera —y en una de mis visitas a la capital peruana— visité el Museo Aeronáutico. Allí, el director del mismo, el ya mencionado coronel Omar Chioino, me mostró amablemente lo que en realidad constituye la más insólita y remota manifestación de la «navegación aérea», si es que se me permite esta expresión.

Javier Cabrera, amigo del coronel Chioino, había donado, hacía ya tiempo, al citado Museo de Lima más de sesenta piedras de todos los tamaños y pesos, exclusivamente grabadas con grandes «pájaros mecánicos» o reptiles voladores sobre los que, como señalaba anteriormente, viajaban hombres «gliptolíticos».

Allí quedé maravillado una vez más con los grabados y altorrelieves que formaban lo que

hemos dado en llamar el «capítulo» de los «pájaros mecánicos».
Conscientes de lo espectacular de aquella colección, el Museo había solicitado de expertos dibujantes del Ejército del Aire el traslado al papel de cada uno de los grabados que figuraban en las sesenta y tantas piedras. La laboriosa tarea había sido Ya concluida y los visitantes podían apreciar de un solo vistazo la escena que se representaba en cada piedra. Este procedimiento —utilizado ya por Javier Cabrera para otras muchas piedras— daba siempre un resultado magnífico. Uno de los grandes obstáculos con que, precisamente, tropiezan cuantos contemplan los gliptolitos es la dificultad para percatarse con rapidez de las imágenes contenidas en las rocas. La curvatura de las mismas hace imposible contemplar la totalidad del altorrelieve o grabado a un mismo tiempo. De ahí que los dibujos-desarrollo siempre constituyan un eficaz sistema de comprensión del «gliptolito».
A la vista de aquella espléndida «serie» —con todo tipo de «pájaros mecánicos» y de reptiles voladores antediluvianos—, uno no podía olvidarse de aquel otro no menos profundo misterio que se extiende a unos 200 kilómetros al sur de la ciudad de Ica y que todos conocemos ya como las «pistas» de Nazca.
Esas enigmáticas figuras de cientos de metros de longitud e, incluso, hasta kilómetros, que nos han recordado siempre las pistas de despegue y aterrizaje de nuestros aeropuertos.
¿Qué relación podía tener la «biblioteca» encontrada en el desierto de Ocucaje con la pampa donde se entrecruzan gigantescos dibujos de una araña, un mono, pájaros, figuras geométricas y un sinfín de líneas rectas?
Javier Cabrera conocía el secreto. Lo había descifrado a través de las piedras grabadas. No cabía duda, por tanto, de que existía una vinculación directa entre los seres que grabaron la «biblioteca» lítica y los que dejaron impresas en la pampa nazqueña aquellas misteriosas huellas.
¿Y cuál era esa vinculación?
—Se trataba de los mismos hombres «gliptolíticos» —me comentó Cabrera cuando comenzamos a conversar sobre tan apasionante tema—. Yo he descubierto en estas piedras la explicación de las figuras y pistas de Nazca. ¡Están acá!
Ardía en deseos de conocer esa «explicación».
—Como te comenté antes, esta Humanidad logró anular la gravedad, procurándose así un inmejorable sistema de salida al espacio. Un sistema que ni siquiera nuestros científicos han conseguido aún.
»Nazca, con su pampa, era uno de esos "espaciopuertos". Por allí entraban y salían de la Tierra y por allí se catapultaban en sus viajes por el planeta.
»¿Cómo lo lograban?
»En la actualidad sabemos que bajo gran parte de Perú y del continente sudamericano existe un gigantesco filón de hierro. Ese yacimiento va desde Nazca hasta Paracas, alcanzando también Machu Picchu.
»Pues bien, según mis descubrimientos —todos ellos basados en las piedras grabadas y en los "huacos"—, la Humanidad prehistórica construyó sobre dicho filón de hierro su "espaciopuerto". ¿Qué razón tenían para llevar allí semejante obra? Nosotros sabemos hoy que el hierro concentra el campo magnético. ¿Y qué sucedería si electrizásemos la zona? Contando siempre con la existencia del campo magnético propio del planeta, aquel lugar se transformaría automáticamente en un "electroimán": un gigantesco "electroimán".
»Eso fue lo que sucedió. Estos seres conocían la existencia del gran filón de hierro y construyeron su "espaciopuerto" sobre la pampa de Nazca.
»Las pistas y algunos de los dibujos fueron sometidos a sistemas de electrificación que les permitían "ingresar" o "salir" de la Tierra cuando lo deseaban.
»Bastaba regular ese campo magnético para "aterrizar" o "despegar". El mecanismo era sencillo.
»Existía un lugar de "embarque" y una zona inicial de recorrido —a base de motores electromagnéticos— que concluía en una "caída libre", aprovechando el desnivel del terreno. En un tercer tramo, las naves eran aceleradas mediante un "cojín magnético" y los motores lineales. Por último, en una plataforma angulable se llevaba a cabo la deflexión, incrementando la velocidad».
Una mañana tórrida me decidí a comprobar por mí mismo la magnificencia de aquellas figuras y pistas de la pampa de Nazca. Después de casi 200 kilómetros por la carretera Panamericana, logré divisar el **Valle del Ingenio.** Allí, y sobre un «lienzo» de tierra arenosa y sembrada de guijarros marrones y negros, se extendían 50 kilómetros de misterio. Allí, después de caminar durante horas sobre la pampa, me senté a esperar el crepúsculo. Un

crepúsculo que se produciría con la misma pureza y color durante millones de años. Allí, en fin, comprendí con desolación que nuestro pasado es algo tan oscuro como nuestro futuro.

¿Qué representaban en verdad aquellas simétricas —atormentadoramente simétricas— figuras de cientos de metros, de kilómetros, que se perdían en el horizonte? Mis pensamientos estaban confundidos. Recordaba las palabras de Javier Cabrera, y mis dudas parecían crecer.. Si aquello había sido un «espaciopuerto» en el pasado, ¿qué había sido de tanta grandeza?

Recuerdo bien cómo mi confusión se vio mezclada con la impaciencia cuando, al principio, al comenzar a caminar por la achicharrada pampa de nazca, las famosas pistas y figuras parecían haberse difuminado. Tardé horas en comprender. Era imposible percatarse desde allí abajo de la presencia de las líneas. El «guía» me advirtió: «Es preciso subir en avión para divisar las figuras en toda su dimensión... »

Pero antes de seguir los consejos del nazqueño me aproximé a un pequeño cerro de no más de 15 metros de altura. Al llegar a lo más alto del peñasco comprobé asombrado que había estado caminando durante horas sobre las mismas líneas que forman los dibujos gigantes. ¡Pero yo no lo había notado desde el suelo!

Un total de 50 líneas rectas nacían de aquella roca y se perdían en todas direcciones, rumbo al horizonte.

Sentí una curiosidad infinita. Y casi de un salto me situé sobre una de aquellas líneas que arrancaban del peñasco. La examiné con detenimiento. Recogí tierra y algunos pequeños guijarros...

En realidad, nada parecía distinto. Sólo un detalle me llamó poderosamente la atención. Regresé nuevamente a lo alto del cerro a fin de percatarme, y comprobé que mis deducciones eran acertadas. La pampa, como comentaba anteriormente, se encontraba cubierta casi por completo de guijarros de pequeño y mediano tamaño. Sin embargo, ninguna de las líneas presentaba el mismo número de guijarros que el resto de la pampa.

Era como si un chorro gigantesco de aire a presión hubiera ido apartando del trazado de cada figura los miles o millones de guijarros negros y parduscos que en buena lógica deberían cubrir también las figuras y las pistas. ¿Cómo podían haber desaparecido tantos miles de piedras de cada una de las superficies que formaban las anchas rayas?

Al regresar a Ica comenté con Cabrera este hecho y la circunstancia de que las figuras no hubieran sido borradas en tantos siglos, a pesar de que aquellas llanuras fueron hasta hace muy pocos años paso obligado de grandes manadas de mulas y caballos.

El profesor fue directo al grano:

—Aquella Humanidad nos dejó con estas figuras de Nazca la infraestructura, el esquema, de toda una tecnología. Esas figuras —como en el caso del mononos— están revelando el mecanismo que impulsaba a una nave a salir de la Tierra.

Sin embargo, no todos los estudiosos y científicos de la pampa de Nazca opinan como el profesor Cabrera.

María Reiche —la llamada **«bruja del desierto»**, que lleva más de treinta años estudiando las pistas y figuras— asegura que aquella formidable obra pudiera ser un «calendario astronómico». El más grande y ambicioso de cuantos ha construido el ser humano.

Y defiende su teoría basándose en el hecho de que la civilización que trazó las líneas — por supuesto desde tierra y valiéndose de cuerdas— estaba profundamente interesada en conocer con exactitud la entrada y salida de las distintas estaciones del año.

«Esto —opina la alemana— era vital para sus cosechas.»

Pero la hipótesis de María Reiche —aunque, en efecto, el Sol coincida en su caso con algunas de las rayas— no es suficiente para sostener ese cúmulo de enigmáticas y gigantescas figuras.

Para Javier Cabrera, sin embargo, el misterio dispone tiempo que está resuelto. Y lo está porque él pone del valiosísimo documento que representan 11.000 piedras grabadas por la misma Humanidad que, al parecer, construyó las pistas de la pampa.

—Si uno estudia al hombre prehistórico con el criterio convencional o tradicional de la Arqueología —añadió el investigador— jamás encontrará nada de valor...

»Con estas figuras de la pampa nazqueña sucede lo mismo. Hay que ser demasiado ingenuo o ignorante para pensar que un dibujo tan complicado podía ser obra de un hombre prehistórico. Y, ya ves, sin embargo, podemos reconocer en él valiosos elementos de física.

»Pero hay algo más que los arqueólogos no quieren comprender. Si estos dibujos fueron ejecutados hace 3.000 años por los pueblos preincaicos, ¿por qué no se han borrado todavía?

»Porque sigue vigente la infraestructura de siempre. La alemana cree que las líneas se

mantienen vivas porque pasa su escoba de vez en cuando sobre ellas. Pero María Reiche llegó a Nazca hace treinta años y las líneas —según ella, incluso— tienen 3.000...»

¿Qué quería decir Javier Cabrera con la afirmación de que seguía vigente la infraestructura de las pistas y figuras de Nazca? ¿Es que si procediésemos a una sistemática excavación encontraríamos algo fantástico?

Javier Cabrera sonrió maliciosamente y prefirió dejarme con la duda. Había llegado su hora de entrada, como médico, en el Hospital Obrero de Ica.

—Ésta sí es una gran tragedia para mí —concluyó, mientras nos despedíamos a la puerta de su museo—. Yo tengo que seguir en el Hospital, y todas esas horas que dedico a mi profesión las resto de esta urgente y trascendental investigación... Por eso estoy constantemente pidiendo que llegue hasta Ica una comisión oficial de científicos.

—Por cierto —le pregunté en el último instante— ¿sabe María Reiche que las pistas y figuras de Nazca están en las piedras grabadas de Ica?

Por supuesto que lo sabe. Por eso sus ataques son más furibundos... Pero lo importante, de cara a la opinión mundial, es aportar pruebas. Y yo las estoy mostrando...

De eso no había la menor duda. Cabrera me había dejado sin aliento después de mostrarme la más sensacional y remota colección de «pájaros mecánicos» del mundo. ¡«Pájaros mecánicos» de hace millones de años!

Algunos días después de aquella última charla, Javier Cabrera pondría ante mis ojos otras piedras que completaban el fascinante «capítulo» de la gran catástrofe y de la posterior huida del planeta por parte de algunas minorías...

CAPÍTULO 10
HUYERON A PLÉYADES

«Hace 10.000 años —afirma Much—, la Tierra sufrió uno de los más espantosos "bombardeos" cósmicos de su historia.»

—Según las leyendas, la caída de un gran meteorito —tal y como hacía referencia en el capítulo tercero— provocó la desolación y la muerte a lo largo y ancho del planeta. El impacto del asteroide fue tan violento, tan desgarrador, que aquella alucinante destrucción quedó como prisionera en el espíritu y en la memoria colectiva de los escasos pueblos que sobrevivieron. Y se transmitió con fuerza de unas razas a otras, a pesar del impresionante lapso de tiempo transcurrido.

Esa catástrofe, como digo, sigue en pie hoy en el fondo de los libros llamados sagrados o santos. En el fondo de los libros de las culturas del mundo y en el fondo del «cuerpo» redondo y azul de la propia «víctima»: la Tierra.

Sigamos, por ejemplo, las documentadas afirmaciones del mencionado Much, recogidas con detalle por P. Kolosim.

«El asteroide —afirmó Much aportando una imponente documentación astronómica y geológica— se presentó por el Noroeste, penetrando en la capa atmosférica a una velocidad de 15 a 20 kilómetros por segundo.

»A unos 400 kilómetros de la Tierra empezó a enrojecer, para volverse luego, a causa del roce con el aire, tan incandescente como para cegar a quien lo hubiese mirado.

»A poca distancia del Atlántico, superada una temperatura de 20.000 grados, el cuerpo celeste estalló. Primero voló, hecha añicos, su parte exterior, que, reducida a un enjambre de gigantescos meteoros, se abatió sobre la América septentrional; después, el núcleo se partió en dos, golpeando a nuestro globo con un peso de medio billón de toneladas, cerca de los 30 grados oeste y 40 grados Norte, en el centro del arco formado por Florida y las Antillas. La zona directamente afectada puede ser identificada con un tramo del llamado "Dorso Atlántico", donde abundan los volcanes submarinos y el espesor de la corteza terrestre se reduce a 15-20 kilómetros, cuando en cualquier otro lugar mide de 40 a 50 kilómetros. El fondo oceánico se hundió desde Puerto Rico hasta Islandia y se desencadenó el pandemónium.

»Con un estruendo apocalíptico —prosigue Much—, una columna de fuego brotó de la herida hacia el cielo, acarreando gases venenosos, cenizas volcánicas y magma ardiente. Todo ardió o se puso incandescente en miles de kilómetros. El océano empezó a hervir. Inimaginables masas de agua se convirtieron en vapor mezcladas con polvo y cenizas, fueron transportadas por los vientos occidentales sobre el Atlántico.

»Tras un terrible día y una terrible noche, la isla continente de los atlantes se hundió...»
«No pasó mucho tiempo —escribe el científico austríaco— antes de que la herida de nuestro planeta se restañase con una costra negra y dura. El "terrible día" y la "terrible noche de que habla Platón en sus obras habían bastado, sin embargo, para extinguir completamente la vida de la Tierra. Pues antes de que las masas de agua se movieran en forma de nubes, las explosiones de magma trastornaron la atmósfera y propagaron los gases venenosos que, invisibles, mataban rápidamente y sin dolor.»

Pero regresemos por unos instantes a la escena que tenía lugar en Siberia noroccidental y que dejamos en suspenso en el referido capítulo tercero.
Casi sesenta horas después de la caída del planetoide, los grandes cadáveres de los elefantes yacen en el calvero y entre los árboles destrozados de la selva. El vendaval agita sus tupidos pelajes y el Sol alumbra en forma extraña: lechoso y opaco. El gorgoteo del río y el aullido de la tempestad que empuja a las densas nubes son los únicos ruidos que dominan el paisaje muerto.
Poco a poco, el telón de nubes oculta el Sol, y el estrépito del huracán se aplaca. Durante dos, tres segundos, reina el silencio. Después, empieza el diluvio. El agua, mezclada con fango y cenizas, se precipita del cielo, y en pocos minutos la carroña de los elefantes queda cubierta por una viscosa masa gris oscura. Ésta crece ininterrumpidamente, sumerge el calvero, obstruye el río, desarraiga troncos gigantes-cos—. Durante seis días y seis noches llueve agua, ceniza y fango sobre los cuerpos de los animales muertos, sobre las plantas moribundas. Llueve a torrentes oscuros hasta que la zona queda sumergida.

Y con la lluvia vino el frío. La violencia de la colisión había acercado Siberia al Polo casi 3.500 kilómetros. Las masas de agua quedaron heladas, con centenares de elefantes y rinocerontes lanudos muertos...
Si la Atlántida fue literalmente engullida —afirma Kolosimo— por el abismo abierto entre América y Europa, Mu pudo ser desintegrado fácilmente por la erupción de todos los volcanes que albergaba y que la tradición estima numerosísimos (la región del Pacífico cuenta todavía hoy con 336 en actividad entre los 430 del mundo entero).
Los cráteres de todo el planeta debieron de haber vomitado el infierno a consecuencia del gigantesco maremoto originado por la caída del cuerpo celeste. Después, las cenizas eruptivas se fueron amasando hasta envolver el globo en una tupida capa de nubes, tapando el Sol y dando lugar a furiosas lluvias. Se calcula que tan sólo en Europa y Asia septentrional cayeron en seis días más de veinte mil billones de toneladas de agua y tres mil millones de toneladas de cenizas. El nivel medio de las precipitaciones fue, pues, de 30 metros...
He querido extenderme en el relato de Much porque, aunque sus teorías sobre el formidable cataclismo que sufrió la Tierra son compartidas por numerosos autores, en sus hipótesis falta algo esencial. «Algo» que, lógicamente, el científico austríaco no pudo conocer en aquel momento: «algo» que está en la «biblioteca» de piedra encontrada en Perú.
En las piedras de Ica —tal y como señalaba al principio de esta obra— se manifestó la proximidad de un apocalíptico cataclismo. Una destrucción que pudo ser muy similar a la descrita por Much, pero que —según se manifiesta en la «biblioteca» lítica— tuvo un origen y un tiempo diferentes. He aquí la explicación que sobre dicha destrucción me proporcionó Javier Cabrera Darquea frente a varios cientos de piedras relacionadas con este cataclismo:
—La Humanidad que hace millones de años poblaba el planeta tenía un elevado nivel tecnológico. Eso lo hemos visto ya en muchas de las «series» de piedras que llevo analizadas.

Esta civilización perdida en el tiempo había vencido la fuerza de la gravedad, volaba al espacio, conocía los más profundos secretos de la Astronomía, etc. Y sabía también que el planeta disponía a su alrededor de un «cinturón» electromagnético, que hoy nosotros acabamos casi de descubrir y bautizar con el nombre de **«Van Allen».** Ese cinturón podía ser «utilizado» para uso industrial y tecnológico y la Humanidad «gliptolítica» lo hizo. Pero, ¿cómo?
»En las piedras —en muchas de ellas— hay pirámides. Pirámides que se levantaban en la zona del ecuador terrestre. Un ecuador que no coincidía del todo con el actual. ¿Por qué estaban allí esas pirámides?

Las piedras lo "detallan".
»La civilización prehistórica que grabó estas piedras construyó dichas pirámides para captar y transformar esa energía electromagnética que rodeaba la Tierra.
—Dicha energía —una vez convertida en eléctrica— se distribuía a todos los continentes, tal y como muestran las piedras grabadas. La Humanidad prehistórica conocía también la electricidad. Sin embargo, con el paso de los siglos, el uso excesivo de esta fuente de energía iba a dar lugar a la más tremenda destrucción de que se tenga conocimiento.
»Como habrás apreciado en muchas de las piedras fabricadas —continuó Javier Cabrera— nuestro planeta tenla en aquellas épocas remotas tres Lunas o satélites naturales. Dos de ellas, posiblemente, eran menores que la que hoy conservamos.
»Pues bien, al llegarse a un consumo extremo de la citada energía electromagnética, el planeta, lentamente, fue aumentando su magnetismo natural, de tal forma que —progresivamente— fue rompiéndose el equilibrio entre las lunas más cercanas al globo y nuestro mundo.
»Pero este hecho no se produjo súbitamente. La mayor fuerza de atracción del planeta constituyó un hecho gradual y lento. Sin embargo, aquellos hombres lo descubrieron. Y comprendieron el alcance del inevitable desastre.
»Quizá pasaron siglos antes de que una o dos de aquellas Lunas —las más próximas y de menor diámetro— se acercaran tanto a la Tierra como para caer violentamente sobre nuestro mundo.
»El hecho incontrovertible es que esos astros se precipitaron un día sobre el planeta. Y provocaron la más espantosa de las destrucciones que jamás recuerde el género humano.
»Se había roto el equilibrio natural, y la civilización humana —una vez más— se autodestruyó.
»La caída del satélite o satélites hundió parte de los continentes, agrietó la corteza terrestre y desencadenó posiblemente un interminable diluvio. Pero ese diluvio no se formó de manera súbita. La Tierra —según se aprecia en las piedras— carecía entonces de polos. Y la relación tierra-agua no era la actual.
Había entonces mucha más tierra que océanos. ¿Por qué? El planeta había experimentado un largo calentamiento. Y este proceso de calentamiento, haciendo que buena parte de las aguas se evaporasen, concentrándose en la atmósfera. En aquella era, la Tierra debía presentar desde el exterior un aspecto muy similar al que hoy tiene Venus. Las nubes eran extremadamente densas cubrían casi por completo la superficie del globo.
»Aquel hecho provocaría indudablemente un diluvio universal como una consecuencia más del gran choque de los astros con nuestro mundo.
»Lo que entonces era Atlántida —y que había ido derivando ya en dirección Este— hacía mucho tiempo se hundió sólo en parte. El resto quedó desplazado violentamente, formando lo que hoy conocemos por Europa y norte de África.

»Pero Mu no se hundió entonces, tal y como pretenden muchos autores. El continente había ido "viajando" también hacia el Oeste, dejando tras de sí —a todo lo largo del Pacífico— un rastro de islas y archipiélagos que hoy existen todavía en buena parte. Mu llegaría a formar Asia, tal y como ya te he explicado...
Como vemos, la diferencia respecto a las teorías de Much sobre el origen de la catástrofe es amplia.
Y no lo es menos a la hora de analizar el tiempo transcurrido desde entonces.
Para Much, la caída del asteroide sobre el Atlántico pudo ocurrir hace aproximadamente 10.000 años.
«Esto explicaría —afirma el científico— el cambio de clima en gran parte de Europa y la desaparición de la capa de hielo que cubría por aquellas fechas, además de Escandinavia, Gran Bretaña e Irlanda, casi la totalidad del continente europeo. Y esto sucedió —prosigue Much— porque, al desaparecer Atlántida del centro del océano, la llamada corriente del Golfo tuvo paso franco hacia las costas de Europa. Y la cálida corriente hizo más benigno el clima».
Por otra parte Much apoya esta teoría en la existencia en el fondo del Atlántico —junto a Puerto Rico—, así corno en la América centromeridional, Georgia, Virginia y Carolina, de vastos cráteres abiertos hace 10.000 o 12.000 años por enormes meteoritos.
Por último, afirma que los citados bólidos celestes cayeron precisamente en la época en que un indescriptible seísmo formó las cataratas del Niágara y elevó los Andes hasta convertirlos en una de las más imponentes cordilleras del globo.
Difícilmente podemos fijar el proceso de desglaciación 10.000 años atrás, puesto que —

según los últimos estudios, ya referidos en otro pasaje de este libro— los científicos, entre ellos Claude Lorius, fijan el comienzo del último período glacial entre 9.000 y 10.000 años atrás... Es ahora, precisamente, cuando acaba de comenzar la desglaciación.

La teoría, por tanto, del cambio de clima en Europa, como consecuencia de la «arribada» de la corriente del Golfo hasta las costas europeas no resulta demasiado lógica. Pero existen más contradicciones en las hipótesis de Much.

Esos cráteres que han sido descubiertos en el fondo del Atlántico pudieron ser provocados, en efecto, por una lluvia de grandes meteoritos. Sin embargo, tampoco podemos olvidar que la Tierra, en su constante viaje por el espacio, «cruza» de vez en cuando verdaderos «ríos» o «torrentes» de asteroides que siguen un curso definido en el Universo. El planeta, al atravesar dichos «ríos» de piedras, hace que muchas de ellas caigan sobre su superficie, formando lo que en las noches estivales solemos denominar «estrellas fugaces». Muy regularmente, cada año, la Tierra atraviesa varios de dichos «ríos». Esto fue lo que ocurrió por ejemplo, entre el 9 y el 17 de agosto de 1902, con un máximo de «estrellas fugaces» en la noche del 12 del referido mes. Aquella entrada de nuestro «buque sideral» —la Tierra— en el «cauce» de piedras que viajaban también por el Cosmos produjo un espectáculo indescriptible. Bellísimo. Como si miles de estrellas errantes cayeran a un mismo tiempo y sobre una misma zona. Los astrónomos denominaron aquellos «fuegos de artificio» con el nombre de **«perseidas»**, puesto que las «estrellas fugaces» procedían de la constelación de Perseo. En aquella ocasión —y según cálculos de los observadores soviéticos— los meteoritos que se precipitaron sobre la atmósfera terrestre apenas si pesaban una fracción de gramo.

Pero no siempre esas «lluvias» de piedras siderales constituyeron un inofensivo espectáculo. En tiempos remotos, otros meteoritos gigantescos cayeron sobre la superficie del mundo, abriendo cráteres, sí, de hasta 100 kilómetros de diámetro, como sucedió hace doscientos millones de años en África del Sur. En aquel violento choque con la Tierra, el asteroide hundió la costra sólida del globo e hizo brotar el magma pastoso del que los volcanes nos ofrecen algunas muestras en la lava.

Pero, aun reconociendo esta posibilidad, en relación con los cráteres existentes en el fondo del océano Atlántico, más probable parece, no obstante, que los mismos tuvieran su origen en el alzamiento de la cordillera que divide dicho océano en dos partes casi simétricas.

Por último, la cordillera andina no se levantó hace 10.000 años, tal y como afirma Kolosimo. Precisamente la «revolución de la montaña» —que daría origen a las grandes cordilleras del planeta— hay que centrarla en los comienzos de la Era Terciaria. Hace, por tanto, más de 60 millones de años...

Difícilmente en suma, podemos fijar ese formidable cataclismo 10.000 años atrás.

Pero esto, además, encuentra en las piedras grabadas de Ica una prueba decisiva. En la gran «biblioteca» no se está hablando de 10.000 años. Ni siquiera de 100.000 o de un millón.

Las «series» que aparecen grabadas en las piedras —todas unidas y vinculadas entre sí— nos remontan mucho más atrás: a las eras de los formidables reptiles voladores, de los dinosaurios, de los agnatos...

Es decir, a un tiempo que tuvo lugar hace millones de años.

Aquella Humanidad, como decía anteriormente, supo con antelación la proximidad del cataclismo que ella misma había engendrado. Y se apresuró a dejar un «mensaje», una «biblioteca», en la que se mostrara a posibles civilizaciones o Humanidades posteriores todo su conocimiento, experiencia y sabiduría. Aquella Humanidad dejó un legado, tal y como hoy están llevando a cabo ya los científicos norteamericanos, ante la posibilidad de una nueva autodestrucción termonuclear.

Hoy, esos hombres de ciencia —apoyados por el Gobierno de los Estados Unidos— están enterrando todos los conocimientos de esta Humanidad en microfilmes que encierran en tubos al vacío. Pero, ¿qué sucederá si algún día son encontrados por un nuevo hombre primitivo? Lógicamente los utilizará para encender fuego y calentarse. No comprenderá lo que aquello significa. Y posiblemente lo destruirá...

Ésa es la diferencia con este otro «mensaje», grabado en piedras, que han permanecido enterradas durante millones de años y que nunca podrían ser arrojadas al fuego para calentar a hombres primitivos

—Pero, ¿por qué precisamente en piedra? —pregunté a Javier Cabrera.

—¿Es que conoces algún material más idóneo? ¿Es que los metales podrían soportar el paso de millones de años? Sólo la piedra puede lograrlo y sólo si se encuentra, como en

este caso, protegida.
Aquella palabra —«protegida»— encerraba un significado tan apasionante como estremecedor.
Días después, Javier Cabrera me explicaría su sentido real.
Ahora, nuestra conversación había entrado en otra fase no menos interesante que las anteriores.
La presencia de pirámides en aquellas piedras me había desconcertado desde el principio. Examiné una y otra vez las piedras grabadas y llegué a la conclusión de que «aquello», efectivamente, eran pirámides.
Pero, entonces, ¿por qué las hemos considerado nosotros como tumbas faraónicas?
Cabrera sonrió. Y me expuso sus argumentos, en parte compartidos por otros muchos científicos del mundo:
—Una civilización como la egipcia, pongamos por caso, a pesar de su desarrollo y conocimiento de las Ciencias, carecía de los necesarios medios técnicos para mover y levantar una obra como la gran pirámide de Keops. Cálculos modernos han concretado que, sólo para trasladar la piedra hasta pie de obra, se hubieran requerido más de 600 años. ¡Y valiéndonos de nuestros medios actuales!
—Pero, ¿quién construyó entonces las pirámides?
—La Humanidad «gliptolítica». Así está grabado en las piedras que constituyen su «mensaje». Estas pirámides eran utilizadas para captar la energía electromagnética, ya lo hemos dicho...
»Lo que ocurre es que, millones de años después, los faraones, al darse cuenta de la magnificencia de esta obra, quisieron que los enterrasen en su interior. Las convirtieron en tumbas. E incluso trataron de imitar su construcción. Pero la finalidad primera, el motivo real por el que fueron construidas, no fue ése.
»La Humanidad "gliptolítica" construyó pirámides a todo lo largo del ecuador terrestre. Hoy nos quedan algunos vestigios de esa formidable obra en Egipto, América y Asia. Muchas otras resultaron destruidas por el gran cataclismo o por posteriores desastres. Y quizás algún día encontremos sus restos...
Una nueva pregunta me quemaba en los labios.
—En cierta ocasión afirmaste que no todos los seres de esta Humanidad prehistórica perecieron o quedaron en el planeta. «Una minoría —comentaste— salió de la Tierra». Pero, ¿hacia dónde?
El médico iqueño no respondió. Pero me rogó le siguiera hasta la entrada de su centro-museo.
Allí se inclinó sobre una piedra de gran tamaño y me respondió con firmeza:
—Las elites viajaron a Pléyades. Concretamente, a uno de los planetas de dicho cúmulo estelar.
Otra vez Pléyades. Pero, ¿por qué este lugar del firmamento? Me acordé entonces de una de las entrevistas anteriores. Javier había hablado de dos piedras en las que aparecían grabados unos «hemisferios» que no parecían corresponder a la Tierra.
«Son de otro mundo», había dicho el investigador.
Mi mente, no sé bien por qué, lo vinculó a esta huida de las elites hacia un extraño planeta. Y acerté. Javier Cabrera se incorporó y me señaló las dos piedras que yo había visto ya en aquella ocasión
—Marcharon allí —me respondió con la voz temblorosa por la emoción—. En ese planeta, en esos «hemisferios» desconocidos para nosotros, se aposentaron.
—Pero, ¿por qué escogieron precisamente ése?
Aguardé la respuesta con expectación. Pero Cabrera, encerrándose una vez más en sí mismo, murmuró tan sólo:
—Creo que el mundo se asustaría si lo supiera. Yo no pude conciliar el sueño en muchos días. Este hallazgo ha cambiado, incluso, mi vida...
»Sólo puedo decirte por el momento que aquella Humanidad tenía ya conocimiento de la existencia de tal planeta en Pléyades... No lo eligieron porque sí».
—¿Está relacionado con esas decenas de piedras del «cuarto secreto»?
Javier Cabrera me miró fijamente y, al comprobar que me aproximaba a la realidad, se limitó a darme una palmada en la espalda, cayendo desde ese instante en un mutismo absoluto. Profundo. Casi aterrador.
Tuvimos que cambiar el rumbo de la entrevista. Y regresamos a la primera piedra: a la que mostraba todo un «acoplamiento» de dos naves espaciales en pleno vuelo.
Más sereno, Javier Cabrera me explicó así el significado de aquella trascendental «ideografía»:

—Aquí ves, en efecto, dos naves, dos «pájaros mecánicos» simbólicos, que están realizando todo un «acoplamiento» espacial. Exactamente igual que nuestros astronautas.

»Uno de los "humanoides" realiza el acople...»

Así era, efectivamente. Así aparecía en aquellos grabados.

La nave principal —continuó Cabrera— es dirigida por este hombre, que ostenta la jefatura de la expedición. Él representa la energía cognoscitiva y de mando.

Uno de aquellos hombres «gliptolíticos», en efecto parecía «dirigir» al gran «pájaro mecánico». Sobre la segunda nave, otros 2 seres «obedecían» órdenes del comandante de la expedición.

—Estas naves —según mis investigaciones— llevaban en su interior todo un «cargamento» de vida.

Eran las elites del planeta que abandonaban la Tierra antes de que ésta sufriera la gran catástrofe.

»Para entonces, para cuando esas elites decidieron salir del globo, todo se daba ya por perdido.

—¿Y qué sucedió con los que quedaron en el planeta?

—Perecieron en su mayoría. El cataclismo sumió la Tierra en la más absoluta desolación. Es posible que los que llegaran a sobrevivir tuvieran que empezar de nuevo...

»Me inclino a pensar que el shock fue de tal calibre, de tal trascendencia, que esos pocos seres que pudieron salvarse se encontraron prácticamente "a cero". Y con la desaparición de aquel "filum" humano pudo comenzar su andadura una nueva Humanidad. Otra Humanidad que arrancaba quizá desde las cavernas...»

¿Ocurrió realmente así? ¿Desapareció por completo aquella Humanidad misteriosa? ¿Quedaron hombres «gliptolíticos» esparcidos por la Tierra? ¿Cuánto tiempo debió pasar hasta que una nueva civilización alcanzó las mismas metas de la Humanidad que acababa de ser arrasada del globo?

Quizá nunca lo sepamos. Lo cierto, lo palpable, es que el hombre «gliptolítico» quiso dejar constancia de su paso por el mundo. Y un día, por casualidad, alguien encontró todo un «mensaje». Un «mensaje» —eso sí— de «supervivencia». Y ninguna «serie» de la «biblioteca» lítica lo demuestra mejor que nada al mostrar los revolucionarios conocimientos de Medicina que había alcanzado aquella civilización.

Unos conocimientos que hacen palidecer, incluso, los de nuestros mejores cirujanos y especialistas.

CAPÍTULO 11
«TRASPLANTES» HACE MILLONES DE AÑOS

Cuando Javier Cabrera me mostró las numerosas piedras de la llamada «serie» de Medicina hubiera deseado detener el tiempo.

No sé bien cuántas veces acaricié aquellas moles de cientos de kilos. No sé bien el número de ocasiones en que mis dedos se deslizaron sobre los grabados, tratando de cerciorarme, quizá, de que no estaba en plena pesadilla.

Tenía ante mis ojos extraños «cirujanos» que «operaban» sobre seres que yacían en no menos insólitas «mesas de quirófano».

Tenía frente a mí —y en decenas de grandes piedras— las sucesivas «secuencias» hasta un vino hubiera identificado con «trasplantes» de los más diversos órganos humanos: corazón, riñón, hígado, cerebro...

Javier Cabrera se sentía orgulloso, profundamente orgulloso, con aquel hallazgo. Era posiblemente una de las «secciones» o «capítulos» más intrigantes de la gigantesca «biblioteca de piedra. Y él lo había desentrañado.

Honradamente, era demasiado para mí. Llevaba sobre las espaldas de mi mente demasiadas emociones, demasiados sobresaltos, demasiadas sorpresas. Y aquella parte de la «biblioteca» terminó por derrumbarme...

Me negué en redondo durante muchas horas a aceptar lo que jamás creí que pudiera ver o

escuchar. Me negué casi instintivamente. Sin embargo, conforme Javier Cabrera me fue detallando los pormenores de aquella «serie» de piedras, la realidad se fue imponiendo. Una realidad aplastante. Con todo lujo de detalles. Desconcertante.

El investigador de Ica había procurado separar cada una de aquellas «operaciones» o temas médicos en distintos ángulos de su centro-museo. La operación, indudablemente, había sido ardua, puesto que muchas de las rocas alcanzaban con facilidad los 100 y 150 kilos. Pero la idea del profesor facilitaba extraordinariamente la comprensión de cada «trasplante», cuyas partes o pasos más importantes habían sido grabados en piedras distintas, como si se tratara de «secuencias» de una misma «escena».

De esta forma pude contar hasta catorce piedras relacionadas con el «trasplante» de corazón: más de diez con el de cerebro; otras tantas para los de riñón, etc.

Aquello era casi alucinante. Si los primeros «trasplantes» que llevó a cabo nuestra civilización los practicó el cirujano sudafricano Barnard, en 1967, ¿que explicación podíamos darle a unas piedra grabadas —encontradas hacia 1962— y en las que, precisamente, se detalla todo un «trasplante» de corazón?

Pero no un «trasplante» como el que, durante mucho tiempo, practicó el famoso cirujano. No. En las piedras de la «biblioteca» de Ica se trasplantaba el corazón de forma íntegra. Barnard, en sus primeros intentos, se limitó tan sólo a trasplantar parte del corazón humano. Pero en las piedras grabadas no ocurre así. Aquellos «cirujanos» de enormes cráneos y sus «ayudantes» manejaban corazones completos...

Allí, indudablemente, había mucho que aprender. Javier Cabrera me lo iba a ratificar a los pocos minutos, cuando comenzó a describirme las distintas fases seguidas por el hombre «gliptolítico» en dicha operación de «trasplante» de corazón.

—En la primera piedra de esta «serie» dedicada a la operación de cambio de un corazón enfermo por otro sano, puedes ver cómo el «cirujano» que dirige el «trasplante» —y que se distingue del resto de los médicos ayudantes por su «sombrero»— comienza por palpar el pecho donde se encuentra el corazón que va a extraer. Este «paciente» era sin duda el «donante», tal y como nosotros lo llamamos hoy. Al otro lado de la piedra se encuentra el «receptor»...

Aquello no podía estar más claro.

—...Pues bien, en síntesis, puesto que el estudio de esta operación nos llevaría horas, lo que se estaba preparando era el paso de un corazón sano al cuerpo de otro individuo cuyo órgano motor se encontraba dañado. En esa misma piedra puedes observar cómo uno de los «ayudantes» prepara junto a la «mesa de operaciones» todo un instrumental quirúrgico.

En la piedra en cuestión podían apreciarse numerosos detalles que uno no podía por menos que relacionar con los clásicos aparatos que se utilizan siempre en los más modernos quirófanos.

En otra de las piedras —y como continuación de la primera—, el cirujano» abre el pecho del «donante» saca el corazón, unido todavía al organismo a través de la vena aorta. Para abrir el pecho del hombre, aquel «médico» prehistórico había utilizado un instrumento de apariencia cortante y que cualquiera relacionaría automáticamente con nuestros modernos bisturíes.

—El «instrumental» —apunté a Javier Cabrera— parece, sin embargo, muy rudimentario. ¿Cómo podían verificar semejantes operaciones con estos «cuchillos» tan burdos?

—No eran «cuchillos burdos» como tú crees. No olvides que todas estas piedras representan «ideografías». Esto no significa que aquellos cirujanos practicasen tan complejas operaciones con este «instrumental» tan aparentemente primitivo. Se trata de mostrar la esencia de lo que habían logrado. Y la forma más elemental de transmitirlo, con la seguridad de que otros seres pudieran entenderlo, es así, a través de las «ideografías» o símbolos. Si ellos hubieran grabado en las piedras el verdadero aspecto de sus «quirófanos», «telescopios», etc., quizá no lo hubiéramos comprendido.

»¿Qué hemos hecho nosotros con la placa o "mensaje" que viaja en estos momentos a bordo de la sonda espacial **Pioneer X**? Nuestra civilización ha grabado allí las figuras de un

hombre y de una mujer, ¡desnudos! Tal y como somos. No se les ha ocurrido a los científicos de la NASA grabar un hombre vestido con corbata y llevando un paraguas en la mano. ¿Es que si otra civilización extraterrestre encontrara un grabado semejante habría sabido que aquello era una simple prenda para vestir o un objeto para protegerse de la lluvia? Lógicamente, no. Esa Humanidad —a poco que fuera inteligente— los hubiera vinculado necesariamente a la propia forma o estructura de esos seres que enviaban la sonda espacial.

Lo mismo sucede con estas piedras.

Javier Cabrera prosiguió su explicación sobre el fantástico «trasplante» de corazón:

—Una vez que el corazón ha sido extraído totalmente, como ves en esta otra piedra, el «cirujano» procede a su limpieza y adecuación para su inmediata entrada en el tórax del «receptor», que espera sobre otra mesa de operaciones en ese otro ángulo de la piedra.

El investigador se acercó a una nueva y enorme piedra grabada y, poniendo sus manos sobre la «ideografía», continuó:

—Y ésta, querido amigo español, es posiblemente una de las «lecciones» maestras de esta «biblioteca». ¿Qué es lo que ves en este grabado?

Centré mi atención y respondí que aquel nuevo ser que entraba en escena parecía una mujer...

—Efectivamente —prosiguió el científico peruano—. Una mujer embarazada a la que se está extrayendo sangre.

Observé con más atención el grabado y descubrí a otro «cirujano» que sujetaba una especie de bomba con la que se aspiraba la sangre de aquella embarazada. La muñeca de la mujer parecía vendada y una fina aguja clavada en la vena radial permitía el paso de la sangre desde el cuerpo de la «donante» hasta la citada bomba. La sangre —eso estaba claro como la luz era aspirada y almacenada en otro recipiente.

—Mas, ¿para qué? ¿Qué papel desempeña esta de «trasplante» de corazón?

—Vital. «Transfusión» de sangre en medio de una operación. Esta Humanidad había descubierto la solución contra el «rechazo». Hoy sabemos que los «trasplantes» de órganos tropiezan siempre con un «fantasma» para el que la Medicina moderna no ha encontrado todavía solución: el rechazo de los cuerpos extraños por parte del «receptor». Colocar un corazón o un riñón o un hígado o un cerebro en otro cuerpo significa la introducción de un elemento extraño en ese organismo. Y el órgano en cuestión termina siempre por ser rechazado.

»Pues bien, el hombre "gliptolítico" había remontado ese obstáculo. Aquí tienes la prueba...»

Me incliné sobre la piedra donde se mostraba la referida «transfusión» de sangre, pero, por más vueltas que le di, no terminaba de comprenderlo.

Javier Cabrera continuó su apasionante relato:

—La Humanidad que dejó este «mensaje» —un legado en el que rezuma la llamada a la «supervivencia»— había descubierto lo que pudiéramos calificar como **«hormona antirrechazo».** Y había logrado aislarla en la sangre de la mujer embarazada.

»Si examinamos con serenidad el asunto, observaremos que, en efecto, la embarazada es el único ser humano que no sólo no rechaza un cuerpo extraño, sino que lo asimila y lo hace suyo. El "espermatozoide" masculino constituye un elemento extraño para la mujer. Y, sin embargo, es recibido y crece en su interior. En buena lógica debería terminar por ser igualmente rechazado, tal y como ocurre con cualquier otro órgano que se "trasplanta".

»Pero, ¿por qué no sucede así? Porque la Naturaleza —que es tremendamente sabia— ha proporcionado a la sangre de la mujer una hormona que evita ese rechazo.

»Y eso lo supieron los seres de la Humanidad prehistórica que nos dejó este maravilloso "mensaje”.

»Por eso en cada "trasplante" proporcionaban al "receptor" del órgano sangre de una mujer que se encontraba entre el tercero y quinto mes de gestación.

Eso impedía que el órgano extraño fuera rechazado con el paso del tiempo.

»Nosotros —ya ves tú—, ni siquiera hemos desarrollado esta técnica. Y los cirujanos del mundo entero luchan denodadamente por encontrar esa solución contra el gran "fantasma" de la Medicina moderna.

»¿Comprendes, una vez más, por qué solicito a gritos que una comisión de expertos del mundo entero venga a estudiar esta "biblioteca"?»

Al regresar a España me encontré con una buena sorpresa. Un biólogo de la Universidad de la Sorbona, el profesor Bohn, había lanzado ya en 1944 una tesis que produjo hilaridad entre los medios científicos de la época, pasando después al más absoluto olvido. El citado profesor había presentado una tesis según la cual, al principio de la gestación, el organismo

de la mujer tiene tendencia a rechazar el cuerpo extraño en el que la mitad de los genes provienen del padre.

Dicha tesis del profesor Bohn fue confirmada de forma terminante y clara por los trabajos del Instituto Pasteur.

Los profesores Francois Jacob y Robert Fauve llegaron a descubrir que existían mecanismos comunes que permitían al mismo tiempo la implantación del huevo fecundado en el útero, la tolerancia por la madre del gen extraño que es su hijo y la resistencia de las células cancerosas a las defensas naturales del organismo.

Sin embargo —insistí—, ¿cómo sabes que se trata de una mujer embarazada? Podría tratarse de una simple transfusión, realizada sobre el cuerpo de una Mujer.

—No. ¿Por qué digo y sostengo que se trata de una embarazada? ¿Porque su vientre presenta los síntomas típicos del embarazo? No, en absoluto. Mira bien. Aquí se ve el esófago, el estómago, el duodeno, el intestino delgado, etc. Se ven también los pezones turgentes y los senos hipertrofiados. El diagnóstico del embarazo no lo hago porque esta mujer presente una figura más o menos gruesa. Todos los médicos saben que una mujer puede estar embarazada y, no obstante, presentar un vientre más o menos abultado.

»Lo que en verdad caracteriza el estado de gestación son los pezones y la glándula mamaria hipertrofiada. Por eso digo que está embarazada.

»Recuerdo que los que me atacan preguntaron en el poblado de Ocucaje a la campesina que asegura haber grabado estas piedras "si ella, en efecto, era la autora de esta ideografía". ¿Sabes qué respondió, la pobre "cholita"?

»—"Sí —dijo—, ésa fue una piedra en la que la señora me 'salió' un poco gorda"».

Ni Javier Cabrera ni yo hicimos comentario alguno.

—¿Es que una «lección» tan profunda como ésta —continuó el investigador— puede ser obra de alguien que ni siquiera sabe leer ni escribir? ¡Por Dios, señores...!

»Si examinamos la sangre de una mujer embarazada —insisto—, podríamos llegar a descubrir esa "hormona antirrechazo".

Cabrera hizo una pausa y me dejó asimilar lo que, ahora, parecía lógico y natural ante mi mente.

Después, prosiguió con las piedras del «trasplante» de corazón:

—En este otro «gliptolito» vemos precisamente cómo la sangre de esa mujer embarazada es inyectada ya en el «receptor».

Mediante una aguja, la sangre que en otra piedras había sido preelevada, era ahora trasvasada hasta el «receptor» a través de una de las venas de su muñeca.

Sentí escalofríos.

Sobre el corazón del «enfermo», el hombre que grabó esta piedra señaló, incluso, la zona afectada por el mal.

Un pequeño círculo, efectivamente, resaltaba con una especie de rayado dentro del corazón.

—¿Y cuál era el problema de dicho corazón?

—En este caso, miocarditis.

Cabrera me señaló una nueva piedra. Y prosiguió:

—En ésta, el corazón del «donante» es irrigado constantemente por la sangre de la mujer embarazada...

»Aquí, en este nuevo gliptolito —manifestó, indicando otra enorme piedra grabada que se encontraba junto a las anteriores—, el "cirujano" procede a la abertura de la caja torácica del enfermo. Todo está a punto para el "trasplante" del órgano.

»Procede, como ves, a la extracción del corazón dañado, juntamente con la totalidad de sus vasos arteriovenosos al completo, mientras otro "cirujano" sostiene en sus manos —siempre provistas de "guantes"— el segundo corazón, el del "donante".

Cabrera había vuelto a pasar a otras nuevas piedras. La «escena» proseguía con todo lujo de detalles. El segundo corazón, efectivamente, esperaba en las manos de otro «médico», mientras un complejo sistema de tubos y aparatos lo mantenía constantemente irrigado.

La emoción iba subiendo por segundos en mi pobre corazón, que saltaba violenta y aceleradamente dentro de mi cuerpo.

Nueva piedra: el corazón es introducido en el tórax del «receptor», siempre irrigado con la sangre que contiene la «hormona antirrechazo», extraída de la mujer embarazada.

»Los "cirujanos" colocan el nuevo órgano en su lugar y, por último, en esta nueva "ideografía", el médico procede a "coser" y cerrar la pared torácica y abdominal. El "trasplante" ha concluido.

»Otro "ayudante" procede a introducir en la boca del "paciente" el oxígeno necesario.

»En aquella piedra, uno de los "cirujanos" "escucha" los latidos del nuevo corazón.
Di un salto. ¡Aquello era «algo» similar a nuestros estetoscopios! Cabrera sonrió cuando observó mi sorpresa.
—Esa piedra pertenece a lo que nosotros llamaríamos «cuidados postoperatorios». El médico está controlando el buen funcionamiento del órgano recién «trasplantado»...
Por último, y como final de aquella «operación prehistórica», otro de los «cirujanos», de gran cráneo e insólita figura, procedía a desenganchar todos los sistemas que habían ayudado a la realización del «trasplante».
—La «operación» —concluyó Cabrera— había sido un éxito.
Estaba desconcertado. Y creo que mi reacción era del todo lógica y normal. Costaba lo suyo aceptar que una civilización prehistórica —a las que siempre hemos considerado como primitivas e incultas— hubiera podido alcanzar semejante nivel científico y tecnológico.
Quizá influido por este fuerte shock no presté demasiada importancia a los «trasplantes» de riñón, de hígado o pulmón que también observé fugazmente ente las numerosas piedras.
Envuelto ya por completo en aquel torbellino de emociones, Cabrera me condujo hasta otro de los extremos de la gran nave donde se amontonaban miles de piedras y me señaló varias, alineadas sobre una de las estanterías de madera.
¡Eran órganos humanos perfectamente detallados! Corazones, riñones, pulmones, etc.
—Sin un profundo conocimiento de la anatomía, estas piedras no podrían haber sido grabadas —comentó.
Antes de que hubiera podido recrearme con aquel fantástico espectáculo, Javier me indicó otras grandes piedras que se alineaban en el suelo de la sala. Por un instante creí que me encontraba ante otra operación de «trasplante». Pero el investigador me rogó que no me precipitara, que observara con más atención.
Unos segundos más tarde levanté la vista hacia el médico peruano y murmuré con toda la extrañeza de que era capaz:
—Esto parece un parto...
—No —corrigió Cabrera—, se trata de una cesárea...
Quedé en silencio. Anonadado. Allí, a mis pies, tenía un completo «cuadro médico» en el que se mostraba el sistema de extracción de un niño, mediante el proceso conocido hoy como cesárea.
Uno de los médicos sacaba al bebé por los pies, mientras, con una especie de largo tubo, lo mantenía conectado con su propia boca...
De esta forma —puntualizó Cabrera— el «cirujano» practicaba una especie de respiración «boca a boca» con el pequeño. Y evitaba que pudiera fallecer durante la operación.

En algunas de aquellas piedras dedicadas a las «cesáreas», el investigador me mostró detalles que señalaban, incluso, si el niño iba a nacer vivo o muerto. De acuerdo con parte de aquella «clave» que Cabrera no quería revelar aún, podía saberse si el bebé se encontraba con vida en el momento de practicar la cesárea a la madre.
Un determinado símbolo, situado generalmente al pie de la grabación, señalaba con precisión la edad exacta del pequeño. En algunas de las piedras, por ejemplo, Cabrera contó el número de «triángulos» o «placas» que aparecían en dicho símbolo, confirmando si el bebé estaba vivo o muerto.
—En este caso, por ejemplo, el bebé será extraído sin vida. La «clave» manifiesta que ha permanecido más de once meses en el vientre de la madre.
»Por otra parte, además, esta afirmación viene corroborada con el signo inequívoco que expresa "vida" o "muerte": la "hoja".
Y allí estaba, efectivamente, la aludida «hoja», colocada en la posición que —según la «clave» descubierta por el investigador— indicaba «vida» o «muerte»...
En otras piedras contiguas, el hombre «gliptolítico» había grabado «partos» completos. En algunos de ellos, la mujer era «anestesiada» mediante sistemas de acupuntura.
En otra piedra negra y redonda como un balón de fútbol, Cabrera me mostró una nueva e insólita «operación». Otro «cirujano» con un «sombrero» de varias puntas —símbolo de su profesión e, incluso, de su grado y competencia dentro de dicha profesión— «operaba» sobre un gran corazón similar a los anteriores.
La diferencia, esta vez, estaba en que dicho corazón había sido aislado del cuerpo al que perteneció y era sometido a algún proceso de «reparación», que todavía no había sido descifrado por Javier Cabrera.
Muchas de las piedras —comentó con desaliento— están esparcidas por el país y por el resto del mundo. Como sabes, todas forman parte de «series» que completan el

conocimiento que —sobre ese tema concreto— quiso legarnos la Humanidad «gliptolítica». Por desgracia, muchas de estas «series» jamás podrán ser completadas. Y éste es el caso de esta piedra en la que uno de los «cirujanos» trabaja sobre la mencionada víscera cardíaca.

¿Qué pretendió decirnos con ella la Humanidad prehistórica?

Aquel hecho —comprobado por mí en numerosas ocasiones, especialmente cuando visité el poblado de Ocucaje—, producía un agudo desaliento en el investigador. ¿Cuántos miles de piedras grabadas, cuántas y trascendentales «series», se habían perdido ya...?

Aquella piedra, la única de su «serie» que había sido recuperada por el investigador peruano, era como un permanente grito de alerta para el profesor. Aquello significaba un constante aliciente para seguir en la lucha y en la búsqueda de nuevas piedras.

Precisamente aquella tenacidad de Javier Cabrera había hecho posible que entre sus 11.000 piedras grabadas se encontrase una de las «series» más audaces sin duda de la «biblioteca».

Creo recordar que pude contar más de 18 piedras dedicadas a la operación de «trasplante» de cerebro.

Ni la más avanzada cirugía actual hubiera podido lañar aquella perfecta y sistemática intervención, en que el cerebro de un hombre era sustituido por el de otro.

Al ver las piedras de dicho «trasplante» me vinieron a la memoria otras grabaciones que había tenido oportunidad de contemplar en algunas de las piedras que integran la pequeña pero también interesante colección de mi amigo Tito Aisa, en Lima.

Y noté una clara variante. Mientras en unas piedras se practicaba el «trasplante» con el «receptor y «donante» colocados «boca abajo» sobre la mesa de operaciones, en otras, en cambio, aquella postura variaba. Y los «pacientes» habían sido grabados «boca arriba» sobre las mismas mesas del «quirófano».

¿A qué podía obedecer esta diferencia en la posición de los «receptores» y «donantes»?

Sin saberlo había formulado una pregunta esencial. Una pregunta que iba a abrirme otro fascinante horizonte.

—Cuando el «paciente» se encuentra boca arriba sobre la mesa de operaciones —comenzó a explicar Cabrera— eso indica que la «serie» nos está mostrando un «trasplante» de claves cognoscitivas. En el caso contrario, la operación corresponde a un cambio de la totalidad del cerebro.

Me quedé aterrado. Cabrera —yo no sé si por la fuerza de la costumbre o por los muchos años que lleva ya investigando estos «documentos» en piedra— había pronunciado aquellas frases con la más absoluta de las normalidades.

—¿«Trasplante» de claves cognoscitivas? Pero, ¿sabes lo que eso significa?

—Desde luego que sí.

—Pero eso no podría ser —subrayé—. Sería como hacer «vivir» a dos individuos en un solo cuerpo...—. Me negué a aceptar aquello. Pero Javier Cabrera insistió:

—Sí, así sucedería si tratáramos de aplicar este «trasplante» a los individuos que forman nuestra Humanidad, pero no ocurriría lo mismo con los hombres "gliptolíticos" .

No entendía a dónde quería ir a parar el investigador

—Aquella Humanidad podía efectuar el cambio de claves cognoscitivas porque todos los seres eran iguales entre sí. Ésa era otra de las grandes diferencias con nuestra civilización. Nosotros somos distintos. Cada hombre constituye un mundo. Y no entendemos que pueda haber existido una Humanidad donde todos los seres sean idénticos entre sí. Pero esto lo he podido descifrar a lo largo de estos muchos años de estudio de la «biblioteca».

»Las claves cognoscitivas pasaban desde el cerebro de un hombre al de otro, y eso no representaba choque o contraposición de personalidades. Era del todo imposible, puesto que ningún ser era distinto a otro. Muy al contrario, las mentes experimentaban una suma de conocimientos o una "multiplicación" cognoscitiva. Porque el "trasvase" de claves podía verificarse en número ilimitado. Es decir, en un solo cerebro podían ser encajados los conocimientos de otros hombres.

»El hombre "gliptolítico" —tal y como se desprende a todo lo largo del estudio de la "biblioteca" lítica— no era personal. No existía el actual concepto de propiedad. No estaba sujeto al egoísmo. Su finalidad era única: el conocimiento.

»Pero, cada vez que estudiaba esta "serie" de piedras terminaba por hacerme la misma pregunta:

»"¿Dónde va a parar el cuerpo, una vez concluido el trasplante de cerebro o de claves

cognoscitivas? No lograba averiguarlo. No figuraba por ninguna parte el símbolo de la muerte o destrucción para aquel cuerpo que constituía el "donante" del cerebro...

»Hasta que un día logré descifrarlo. La Humanidad prehistórica que dejó este "mensaje" había logrado también la técnica de la conservación de los cuerpos. ¿Qué representaba esto?

»Algo inconmensurable.

»Al poder mantener con vida esos cuerpos, las distintas claves cognoscitivas que habían sido multiplicadas o fundidas en un único cerebro podían seguir viviendo ininterrumpidamente.

»Bastaba con volverlas a "trasplantar" a cada uno de estos cuerpos, conforme el anterior —el que le servía de soporte— se iba degradando con el paso del tiempo.

»De esta forma no se perdía el conocimiento. Al contrario, era sostenido y enriquecido sin cesar.

»Hoy sabemos ya, por ejemplo, que un individuo es lo que es precisamente su clave de conocimiento. Y eso existe físicamente. Es algo real. Cada uno de nosotros podría ser reducido en la actualidad a nuestra clave genética o de conocimiento. Sería nuestro conocimiento "transformado" en materia.

»Esa "clave" ha sido expresada por nuestros científicos en ácidos nucleicos.

»Pues bien, eso era lo que el hombre "gliptolítico" derivaba de un cerebro a otro, multiplicando e incrementando el poder mental».

Resultaba difícil de comprender. Sin embargo, los más avanzados especialistas en genética —entre ellos el profesor Severo Ochoa— han demostrado que dicha clave de conocimiento es visible, incluso, al microscopio.

Cuando un niño nace, por ejemplo, su cerebro comienza a crecer. ¿Qué ocurre entonces? Simplemente, que la neurona empieza a asimilar materia. Una materia que, a su vez, servirá para «inscribir» en el sistema nervioso cada una de las vivencias que experimente. Y eso tiene un nombre: proteínas. La celulosa nerviosa, por tanto, «inscribe» en un código proteínico lo que realmente es el individuo.

Javier Cabrera añadió:

—Si logramos aislar todo ese sistema proteínico que es y representa el conocimiento de un individuo y los «trasplantamos» al cerebro de otro hombre, éste lo asimilará, incrementando así su poder cognoscitivo.

»Y eso fue lo que hizo el hombre "gliptolítico". Pero esto, insisto, no podría ser efectuado en la actualidad. Nuestra Humanidad es básicamente distinta de aquélla.

»En los hombres que dejaron grabadas las piedras no existía esa posibilidad de choque de dos o más personalidades. Eran mentes cuyo único objetivo era el conocimiento. No estaban orientadas a la ejecución, tal y como sucede con nosotros. No eran matemáticos.

»Quizá la finalidad de nuestro "filum" esté precisamente ahí. Y ya parece que tendemos a una progresiva despersonalización, a un dominio del grupo y de la sociedad sobre el líder o el individualismo. Quizá nuestro "filum" esté llegando a una última fase, donde la vinculación con aquella Humanidad y con todas las que han podido poblar el planeta sea evidente y obligada. Quizá nuestra Humanidad esté cerca de su auténtica "realización".

»Hay algo, sin embargo, que esta Humanidad nuestra no ha conseguido. Algo que era esencial para la civilización "gliptolítica": el respeto a la Vida, por encima de cualquier otra cosa. Este "mensaje" es un mensaje" de supervivencia. En cada piedra, en cada “serie” el hombre de entonces nos grita que amemos la Vida, que la conservemos. Y se nota, incluso, hasta en los más nimios detalles de la "biblioteca".

»En cada una de estas operaciones de "trasplante" por ejemplo, el individuo que aparece tumbado sobre la mesa del quirófano era sometido a un complejo sistema que controlaba hasta sus últimas funciones biológicas».

Javier Cabrera me mostró las zonas de contacto de la nariz, boca, corazón, sistema nervioso, circulación sanguínea, etc., del enfermo con la mencionada «mesa» de operaciones. En cada uno de aquellos puntos había grabado un rayado que Cabrera identificó como «sistemas de controles electrónicos» de cada una de estas funciones vitales.

—Cualquiera que vea o examine estas «mesas de operaciones» no observará en ellas nada de particular. Quizá, incluso, las considere primitivas y burdas. Pero no es así. Estas «mesas» nos están revelando todo un proceso de vigilancia en el enfermo. No sólo se le

está practicando un «trasplante» de cerebro, sino que, al mismo tiempo, se controlan todas sus funciones vitales: respiración, alimentación, sistema neurovegetativo, corazón, etc.

»Es decir, el hombre no entraba en el quirófano, como puede parecer aquí, de una forma tosca, sin cuidados. Nada de eso.

»No podía haber parálisis respiratoria ni cardíaca... Todo era controlado.

»¿Ocurre hoy lo mismo? No. En la mayor parte de los casos, nuestros pacientes son operados sin ese necesario y absoluto control de sus funciones biológicas. Y el enfermo puede morir en plena operación. Pero, ¿por qué? Porque nuestra Humanidad no ha aprendido a respetar la Vida. Porque no le hemos dado valor .

»Sí lo hemos hecho, en cambio, con un cohete que viaja a la Luna. Todo en él está controlado y supervisado. No escapa un solo detalle.

»¿Crees que si el hombre actual hubiera otorgado a la vida toda la atención que merece, habría un solo ser humano que pereciera de hambre?

»Para nuestro "filum" es más trascendental el poder. Y la muerte ha ocupado el lugar que corresponde a la Vida...

»¿Comprendes ahora por qué deseo que los científicos del mundo entero conozcan esta "biblioteca"? ¿Comprendes por qué deseo que este descubrimiento se propague a los cuatro vientos?

—¿Es que consideras que a esta Humanidad puede interesarle dejar lo que sabe y posee para acercarse a este descubrimiento y aprender de él?

—Quizá mi confianza esté puesta en la juventud. Sólo aquellos cuya mente no está intoxicada o bloqueada por los prejuicios pueden entender el alcance de este «mensaje». Hoy resulta ridículo y absurdo considerarse en posesión absoluta de la Verdad.

Antes de cerrar este capítulo dedicado a la Medicina en la gran «biblioteca» lítica del desierto peruano, creo que convendría hacer mención también del propio aspecto morfológico que presentaba aquel sin fin de figuras de apariencia humana grabadas en las rocas. Su aspecto físico me había llamado la atención desde un principio. Resultaba realmente curioso observar cómo la totalidad de los hombres y mujeres grabados en las piedras eran idénticos entre sí. Sin embargo, la diferencia con el hombre de nuestra humanidad era evidente. E interrogué a Cabrera sobre ello.

—Si se trataba de una raza autóctona del planeta, como pienso, ¿por qué tenía que ser necesariamente igual al hombre del siglo xx de nuestra era? Quiera el hombre de Neandertal o de Cro-Magnon con sus 150.000 y 40.000 años, respectivamente, son iguales a nosotros. ¿Qué podíamos esperar entonces una Humanidad que vivió hace tantos millones de años? ¿Es que los «moais» de la isla de Pascua son iguales a los hombres de nuestro tiempo? Ni siquiera los habitantes actuales de dicha isla se asemejan a los seres representados en tales estatuas.

»A través de mis estudios he podido deducir que el hombre "gliptolítico" poseía un tremendo cráneo, índice inequívoco de su alto nivel mental. Nosotros, a su lado, seríamos microcéfalos.

»Por otro lado, sus brazos eran extremadamente largos y carecían —tal y como se aprecia en casi todas las piedras— de pulgares. Sus manos disponían de cinco, cuatro o tres dedos largos, pero siempre sin dedo pulgar.

—»En el manto de Paracas —me recordó Javier Cabrera—, aquella civilización explicó el porqué de esta anomalía.

»Recuerdo que en cierta ocasión —y conversando sobre este tema con médicos compañeros míos en el Hospital Obrero de Ica—, me exponían la tremenda dificultad que tiene que suponer para un ser humano carecer del dedo pulgar. Ellos hacían hincapié en la absoluta necesidad de la oponibilidad, a fin de poder utilizar libremente la mano.

»Sin embargo, poco tiempo después de esta discusión tuve la gran fortuna de poder demostrarles que estaban equivocados.

»Un día llegó hasta mi consulta en el Hospital una "cholita" muy joven que tenía cierta dolencia. constantemente con gran timidez, ocultaba constantemente sus manos a las miradas de los que la rodeábamos y le pregunté por qué. La "cholita" se resistía y, al tomar sus manos entre las mías, observé con gran sorpresa que sólo tenía tres dedos largos en cada ano

»Comprendí al instante que mis deducciones respecto a la Humanidad de las piedras tenían, incluso, una base real y demostrable hoy día. Así que pedí inmediatamente tijeras, aguja e hilo y rogué a la joven india que me cortara las uñas y cosiera un botón.

»Y ante los atónitos ojos de médicos y enfermeras, aquella "cholita" llevó a cabo la tarea con tanta rapidez como precisión.

»Quedaba demostrado, pues, que el dedo pulgar no es absolutamente necesario para un normal desenvolvimiento de las manos».

Javier Cabrera, satisfecho por esta ratificación de sus investigaciones en relación con los hombres «gliptolíticos», mandó sacar fotografías de las manos de la joven, así como de las diversas operaciones que podía llevar a cabo.

Yo mismo pude ver dichas diapositivas.

—¿Y por qué aquella civilización tenía unas manos tan extrañas?

—El hombre constituye uno de los grupos de mamíferos que ha experimentado mayores cambios en sus extremidades superiores. Y cien millones de años son muchos años...

Javier prosiguió su explicación sobre las características físicas de estos seres.

Las piernas, al contrario que los brazos, eran cortas. Y el tórax y abdomen, más bien globulosos.

»Su altura media no creo que fuera superior a un metro quince o un metro veinte centímetros. Hoy los hubiéramos calificado como "humanoides".

«¿Humanoides?», pensé. Cabrera había expuesto claramente que no compartía el criterio de que aquella civilización supertecnificada y extraña hubiera llegado del exterior.

Sin embargo, las preguntas en torno a este apasionante punto comenzaron a bullir en mi cerebro.

Si habían logrado huir del planeta antes de su destrucción, ¿podían haber retornado millones de años después? ¿Qué relación podían tener los actuales OVNIS con esta Humanidad desaparecida del globo?

Éstas y otras muchas interrogantes, sencillamente fascinantes, iban a plantearse en una cena que nunca olvidaré y que iba a tener lugar aquella noche en el tranquilo jardín de la casa de Javier Cabrera.

CAPÍTULO 12
LOS INCAS CONOCIERON LAS PIEDRAS

Tengo que acusarme de ello. Ensimismado con aquellos miles de piedras, apenas si presté atención a la persona del doctor Javier Cabrera. Y he deseado mil veces poder regresar de nuevo a Perú para adentrarme mucho más en la personalidad de este hombre que lucha solo contra todos.

Quizá uno de los momentos en que más cerca me encontré de su realidad personal y familiar fue a lo largo de una cena entrañable, en el jardín de su casa de lea.

Después de una jornada agotadora, en la que Javier Cabrera Darquea nos había hablado durante más de siete horas de sus últimos hallazgos, tuve la oportunidad —inmejorable, por supuesto— de asistir a un nuevo coloquio. Pero, esta vez, sin la tirantez de la precisión de la investigación. Sin la concentración y la responsabilidad del trabajo. Sólo con la paz de una amistad. Con el respaldo de una luna blanca que hacía brillar el oro de las dunas. Con mis amigos...

No sé bien cuántos nos reunimos aquella noche cálida del verano sudamericano en torno a la figura batalladora de Javier. Recuerdo las notas de una canción entonada con timidez por su esposa Paulina, el tintineo del hielo en su choque con el Pisco y el ir y venir servicial de algunos de los ocho hijos de Cabrera.

Recuerdo una primera pregunta, lanzada al azar y que no fue esquivada, ni mucho menos, por el investigador de la «biblioteca» de piedra:

—Hace unos meses, el mayor Donald Keyhoe, de la Armada norteamericana, lanzaba a los cuatro vientos un informe que —hasta el momento— había sido considerado como «alto secreto militar». Decía así:

»"Según los científicos y oficiales de la Inteligencia de la Fuerza Aérea de los EE.UU., los OVNIS son naves espaciales de algún mundo más avanzado, que están dedicados a una extensa observación de nuestro planeta."

»Si en las piedras grabadas se plasmó la salida de la Tierra de las elites de aquella Humanidad, ¿cabe la posibilidad de que estos OVNIS que hoy nos observan puedan pertenecer a los descendientes de aquella civilización que partió del globo hace millones de años?

Javier Cabrera, como digo, no esquivó la cuestión. Y se enfrentó, valiente, a tan sugestiva hipótesis:

—Pudieran ser ellos, sí. O pudieran ser otros...

»Lo único que puedo decirte es que la Humanidad se está preparando para uno de los más trascendentales momentos de su Historia: el de su enfrentamiento —cara a cara— con "hombres" de otros astros.

»¿No habéis observado el tremendo giro que está experimentando nuestra civilización en ese sentido?

»¿No habéis notado el gran cambio de las personas cuando se trata el tema del Universo y de la Vida en el espacio? Si hace cinco años nos hubiéramos reunido en este mismo jardín, a dialogar sobre la posibilidad de un contacto o de una comunicación con habitantes de otros mundos, todos nos habrían tachado de locos o psicópatas.

»Hoy, por el contrario, a todos nos preocupa este tema. Intuimos algo. En el fondo de nuestros corazones sentimos la presencia de otras civilizaciones extraterrestres. Civilizaciones que son superiores a la nuestra. Humanidades, a fin de cuentas, que quizá estén más cerca que nosotros de la Verdad. Hombres o seres inteligentes que llegaron a metas ni siquiera soñadas por nosotros.

—¿Qué podría ocurrir si un día —quizá no muy lejano—, el hombre de la Tierra se encontrara frente a otro «hombre» de la galaxia?

—Es posible que ése sea el comienzo de la verdadera unidad de este «filum» humano. Hasta ahora sólo hemos sido tribus, países, imperios, individualismos, egoísmo, doctrinas, guerras, divisiones y muerte.

»Quizá en ese instante histórico nuestra Humanidad comprenda que sólo la unidad profunda, sin credos, sin religiones, sin partidos, sin naciones, sin diferencias, puede conducir a la realización auténtica del hombre que forma esta Humanidad concreta. Y sólo habrá una civilización. Un único fin: la integración en el Cosmos.

¿Has descubierto en la «biblioteca» lítica alguna forma de vida inteligente que no sea el hombre? No, por ahora, no. Los seres de aquella Humanidad «gliptolítica» pertenecían al llamado «género humano». Solo uno de los personajes de las piedras grabadas no era de este planeta. Pero ése también pertenecía a dicho «género humano». Su apariencia física era muy similar a la de los hombres «gliptolíticos», pero procedía de otro lugar del Cosmos.

Aquello me intrigó extraordinariamente. Javier Cabrera, feliz junto a los suyos, parecía dispuesto a revelar algunos de los misterios que —indudablemente— conocía y que, sin embargo, nadie había escuchado aún.

—¿Quién era? —pregunté.

—Tú lo conoces, puesto que lo has identificado en lo que tú llamas «cuarto secreto»...

Eso fue todo lo que pude sonsacarle a Javier. Y no era poco...

La cena proseguía, animada con la presencia de nuevos amigos de Javier Cabrera y con el sabor picante del «cebiche».

—Algunas personas se extrañan al ver en las piedras objetos que pertenecen a nuestra civilización...

—¿Por ejemplo? —preguntó a su vez el investigador.

—Tijeras, lupas, cuchillos...

—Dime una cosa. Si un hombre tuviera que cortar algo ahora y en la Prehistoria, ¿cómo crees que lo haría? ¿Con un cuchillo diferente o con uno igual? Si tú deseas cortar algo debes buscar un objeto cortante, ¿no es así? ¿Y cómo sería ese objeto?

»No debemos olvidar que este "filum" humano que dejó el "mensaje" alcanzó algo que nosotros todavía no hemos imaginado siquiera: se concretó en un cien por cien, a través de su evolución, en su espacio-tiempo. Y en ese cien por cien de su espacio-tiempo realizó todo lo que el hombre de hoy está tratando de conseguir.

»Tú has reconocido, por ejemplo, una cosa nueva en algo viejo. Tú has visto cuchillos, lupas, tijeras etc., pero también has visto cosas desconocidas. "Trasplantes» de cerebro, de claves genéticas, en algo viejo...

»Es la figura contraria.

»¿Por qué? Porque cada Humanidad, cada "filum", tiene que realizar lo que, en cierto modo, está predeterminado. Tú harás lo mismo que ya hizo otro hombre. Y no es precisamente una casualidad o una "lotería" que tú —ahora— estés "ocupando" el lugar de ese otro hombre...

—¿Qué quieres decir?

—Lo mismo que ya he repetido en anteriores oportunidades. La investigación de la «biblioteca» de piedra me ha demostrado que el hombre es increado. Pertenecemos al «género humano», y ese género ocupa y significa en el Cosmos mucho más de lo que nuestra corta mente puede imaginar.

»Por eso decía hace un momento que el encuentro de este "filum" con otro "hombre" de la

galaxia será vital».
A veces era realmente difícil seguir las explicaciones del médico de Ica. Uno se encontraba desarmado, sin el espíritu lo suficientemente despejado como para dejar entrar la luz de aquellas nuevas afirmaciones. Uno presentía que Javier Cabrera había llegado al fondo de múltiples problemas, precisamente a través de aquella apasionante investigación. Pero el profesor peruano se resistía —quizá por prudencia— a vaciar su mente.
—¿Es quizá éste —el «capítulo» de la antropología del hombre «gliptolítico»— el más difícil?
—No es que sea el más difícil —respondió Cabrera—. Quizá lo que sucede es que se trata de uno de los más trascendentales. Pero lo revelaré a su debido tiempo Cuando el mundo entero sepa que existe esta gran «biblioteca».
»No es fácil, lo reconozco, cambiar de la noche a la mañana los esquemas mentales de toda una vida y de toda una educación. Por eso deseo dar tiempo al tiempo.
—¿Crees que habrá algún otro lugar con el mundo donde posean algo semejante a esta formidable «biblioteca»?
—Quizá en el Tíbet. Los famosos «discos» de piedra de **Baian Kara Ula** podrían ser otro documento legado por alguna Humanidad remota...
(Según se dice, en la frontera chino-tibetana, el arqueólogo Chi-Pu-tei descubrió en 1938 un total de 716 «platos» o discos de granito de dos centímetros de espesor. En el centro presentaban un agujero desde el cual parte en espiral una escritura a doble surco hasta el borde del plato. Dichos «platillos» de Baian Kara Ula son muy semejantes a nuestros actuales discos microsurco. Durante años trabajaron los especialistas tratando de descifrar el misterio de los mencionados platos de granito, hasta que en 1962, el profesor Tsum Um Nui, de la Academia de Prehistoria de Pekín, logró descifrar una parte importante de la escritura acanalada. Los análisis revelaron importantes cantidades de cobalto, y los físicos comprobaron que las piezas tenían un elevado ritmo vibratorio, lo que hace suponer que en algún momento estuvieron expuestos a altas tensiones eléctricas. Los descubrimientos de Baian Kara Ula causaron sensación cuando el filólogo soviético, doctor Viacheslav Saizev, publicó textos descifrados de los platos de granito. En ellos se afirmaba que «hace unos doce mil años, un grupo de seres de procedencia desconocida llegó a parar al tercer planeta, pero su vehículo espacial no tenía energía suficiente para abandonar este mundo extraño».
Javier Cabrera apuró su vaso de whisky.
—Después de encontrar esta «biblioteca» en piedra, no tengo la menor duda: al menos, desde el hombre «gliptolítico», la Tierra ha sido poblada también por otras civilizaciones. Todas ellas han cubierto una fase de la historia del planeta y del propio «género humano».
Y es muy posible que, al final de sus días, o quizá mucho antes, algunas de esas Humanidades pretéritas descubrieran igualmente la existencia de otras civilizaciones anteriores a ellas mismas. E incluso supieran de la Vida en el Universo.
»¿Por qué empecinarnos en ser los primeros y los más tecnificados de toda la historia del mundo? La Tierra tiene miles de millones de años de existencia... ¿Cómo podemos pretender semejante disparate? ¿Qué sabemos de nuestro propio pasado? Hace 10.000 años fue "ayer"...»
Aquellas palabras de Cabrera me transportaron hasta las páginas de un libro que acababa de leer. Un libro que dejó una profunda huella en mi espíritu. En él, su autor, el célebre Hoimar von Ditfurth, profesor de Psiquiatría y Neurología de la Universidad de Heidelberg, hablaba también de lo inconmensurable que es en realidad el Cosmos. Y ponía un ejemplo que podría aplicarse perfectamente a este largo pasado de la Tierra.
Decía Von Ditfurth: «No podemos imaginarnos lo que representan 3.000 millones de años. Pero acudamos a una de esas "muletas" que permitirá a nuestra imaginación "aproximarse" a la verdadera magnitud del término expresado:
"A razón de un número por segundo, podemos contar hasta 1.000 en un cuarto de hora, poco más o menos.
"Para alcanzar el millón, presuponiendo una jornada de ocho horas, se necesitaría todo un mes, contando en las mismas condiciones.
»Y para llegar a los 1.000 millones, sería necesaria toda una vida, dedicando ocho horas cada día y contando un número por segundo. Tendríamos que alcanzar, además, una edad aproximada de 80 años para conseguir este empeño».
¿Cómo podemos, por tanto, creer que nuestra Humanidad es la única?
—Dijo usted, profesor, en cierta ocasión —intervino otro de los asistentes a la cena—, que el hallazgo y posterior investigación de esta «biblioteca» de piedra había cambiado su vida. Pero, fundamentalmente, ¿por qué?
—Quizá por el simple hecho de haber comprendido que la mente humana debe estar

permanentemente preparada para el cambio, para lo nuevo.
»En el Universo, nada es absoluto. Y hay que sentirse lo suficientemente humilde como para aceptar que podemos estar equivocados. Equivocados, incluso, en lo que hemos considerado como más sagrado».
—¿A qué horas estudia, profesor?
—¡Ay, hijo!, cuando puedo. Mi trabajo en el Hospital no me da demasiado margen. Ésa es una de mis grandes amarguras. Yo desearía volcar todo mi tiempo y todo mi esfuerzo en esta investigación. Pero tengo ocho hijos y debo darles de comer.
—Por cierto, ¿cuánto dinero lleva gastado en estas piedras?
Javier Cabrera sonrió e hizo un gesto de impotencia:
—Ni yo mismo podría decírtelo. Son nueve años comprando piedras a los campesinos. Aquí he dejado parte de mi vida...
—Todos hemos visto que la «biblioteca» esta integrada por «series» de piedras. ¿Cómo logró reunir dichas series? ¿Buscaba, pedía piedras concretas a los campesinos de Ocucaje o las ha ido acumulando conforme llegaban?
—No, yo compraba siempre las que me traían. Cualquiera se hubiera dado cuenta desde un principio de que aquello era una «biblioteca». Por tanto, lo importante era reunir un máximo de «libros» o piedras.
»Lo que nunca imaginé fue que allí iba a encontrarme con "capítulos" como el del cometa Kohoutek...»

Alguien se dirigió entonces a la joven esposa de Cabrera y pidió su opinión sobre las piedras.
—Yo fui uno de los más enconados enemigos de estas piedras —comentó ante la sorpresa de todos—. Durante los tres primeros años las consideré una simple colección, una pérdida de tiempo, casi un juego de Javier. Hasta que un día comprendí lo equivocada que estaba.
—Ella y mi madre, precisamente —añadió Javier Cabrera—, fueron las que, en un principio, más se opusieron a que yo prosiguiera mi investigación...
—¿Y el resto del pueblo de Ica?
—Tú lo ves. Nadie es profeta en su tierra. Y yo tampoco. Las críticas me asaltan por todas partes. En los periódicos me tachan de loco. Se burlan de mí y de la «biblioteca». Pero no importa. Esa crítica es mi mejor aliada. Me obliga a hacer un alto en el camino y a serenar la mente. ¿Es que estaré equivocado? —pienso en algunos momentos—. ¿Es que todo será una pérdida de tiempo?
»Pero no. Después de esos instantes de reposo espiritual, mi voluntad se ve fortalecida. Sé que esta investigación es auténtica y que algún día dará los frutos deseados. Además, ¿ es que no comprendéis? Estas piedras nos sobrevivirán a todos. Y otros seguirán el estudio».
—Me pregunto qué habría sucedido si, en lugar de en pleno siglo XX, esta «biblioteca» hubiera sido desenterrada hace siglos...
—Fue encontrada y conocida por los remotos indios incas del Perú. Así consta en las crónicas de algunos jesuitas que acompañaron a los conquistadores españoles en 1550. Las denominaban «piedras Manco». ¿Y quién sabe si no fueron conocidas mucho antes?
—Pero, si los incas tuvieron conocimiento de su existencia, ¿cómo es que no las tocaron? ¿Cómo es que no aprendieron de ellas?
—Las consideraban «cosa de los dioses», ya te lo dije. Y, a lo sumo, tocaron algunas pequeñas. Nunca se ha encontrado una piedra grande junto a una momia inca.
»En cuanto a la segunda parte de tu pregunta, ¿de dónde crees que aprendieron los incas su perfecto sistema teocrático-socialista? Los grandes sacerdotes de aquel imperio que ni siquiera conocía la rueda, tuvieron acceso al lugar donde se hallaba la "biblioteca" y durante años lograron descifrar y entender determinados aspectos de las grabaciones. Ellos también eran inteligentes, aunque no podían comprender, lógicamente, muchas de las ideografías de tipo técnico y científico de los gliptolitos.
»¿Por qué y cómo sabían los indios que los hombres blancos llegarían en barcos a través de los grandes mares? ¿Quién había hablado a los incas de la existencia de los caballos, antes de que los conquistadores hispanos los llevaran a América? ¿Por que crees que un imperio tan poderoso como el incaico se dejó dominar tan fácilmente por un simple puñado de españoles? Los indios habían visto los barcos y los caballos y hasta al propio hombre blanco en las grabaciones de las piedras. Tú mismo lo has comprobado. Los incas sabían que existían y no se extrañaron cuando los vieron aparecer en sus playas y montañas. ¡Los

tomaron por «dioses»!

»Pero no sé si te diste cuenta de un detalle cuando observábamos las piedras donde aparecen caballos.

Traté de recordar algo que me hubiera llamado la atención.

—Sí —repuse—, aquellos caballos no eran normales... Tenían dedos en lugar de cascos.

—¿Y por qué? —planteó nuevamente el investigador.

—Creo que, dentro del proceso evolutivo de este animal, hubo una época remota en la que sus patas terminaban en dedos.

—Exacto. Pero eso fue hace millones de años. ¿Por qué se le representó entonces en las piedras con dedos en lugar de cascos? Los caballos que llegaron con los españoles no tenían dedos...

»¿O es que podríamos atribuirlo —como dicen muchos arqueólogos— a la imaginación" y sentido artístico de los campesinos de Ocucaje?».

En realidad, pocos comentarios podían hacerse a aquella observación.

—De esas 11.000 ó 15.000 piedras que posees en la Plaza de Armas, ¿cuántas han sido estudiadas totalmente?

Bueno, nunca se puede decir que una investigación haya concluido del todo. Siempre surgen nuevos elementos, nuevos hallazgos. Pero, pienso que quizá quinientas están ya muy bien analizadas...

—¿Sólo quinientas?

—Y no es poco —subrayó Cabrera—. Un hombre solo no puede llevar adelante esta investigación. Necesita del apoyo, de la ayuda, de la colaboración de todo un equipo de especialistas. Es preciso que estas piedras sean estudiadas por matemáticos, físicos, ingenieros, médicos, arqueólogos, antropólogos, juristas, zoólogos, astrónomos, etc., etc.

—¿Y religiosos?

—También.

—Si sólo hay descifradas unas quinientas piedras, ¿cuánto tiempo calculas que llevaría estudiar esas 10.500 restantes?

—Si el trabajo fuera realizado por una comisión, muchos menos años de los que creemos. La senda está ya abierta. Mis nueve años de investigación no han sido infructuosos. Pero es preciso que vengan a Ica. Este descubrimiento es patrimonio del mundo entero.

Una última pregunta iba a poner punto final a aquella charla en el jardín de la casa del médico peruano:

—Supongo que también se encontrará en dichas piedras la motivación que impulsó a aquella Humanidad a dejar el «mensaje».

—Naturalmente. Pero de eso, repito, sólo podremos hablar cuando el mundo entero haya conocido primero la existencia de la «biblioteca». No antes.

CAPÍTULO 13

LA OPINIÓN DE LOS ARQUEÓLOGOS OFICIALES

A pesar de la evidencia, de las múltiples pruebas de su autenticidad y de mi propio convencimiento, quise someter el tema también al juicio de la Arqueología oficial del Perú.

En el fondo necesitaba conocer la opinión de los máximos expertos en esta materia. Un pensamiento me había atormentado el alma desde que tuve conocimiento de la gran «biblioteca» del desierto peruano:

«¿Por qué los arqueólogos del país no habían hecho público este sensacional hallazgo?».

Cabrera me había apuntado ya la respuesta a lo largo de nuestras numerosas entrevistas. Sin embargo necesitaba escucharlo de viva voz.

Y durante mi segundo viaje, me entrevisté con uno de los arqueólogos y portavoz del máximo organismo Peruano de cultura: don Roger Ravínez, miembro del Instituto Nacional de Cultura.

Sus palabras quedaron grabadas en mi magnetófono, mientras conversamos al pie de una de las «huaqueras» o excavación arqueológica existente en las proximidades de Lima. El arqueólogo señor Ravínez se encontraba trabajando en aquellos días en la restauración de un viejo «templo» prehispánico, encontrado, como digo, en los alrededores de la capital del Perú.

Por supuesto, nuestra conversación no tuvo desperdicio. Y escuché lo que verdaderamente ya había imaginado y Javier Cabrera me había adelantado.

El señor Ravínez, especialista en culturas líticas —fundamentalmente en el Paleolítico Superior— fue directo al asunto:

—Mire, sólo conozco una piedra grabada que puede ser auténtica. El resto, todos esos miles y miles, son falsas. Además, hemos estado muchas veces en las casas de los indígenas de Ocucaje y les hemos visto trabajar las piedras...

—Es decir, ustedes, los arqueólogos sostienen que las piedras no son auténticas... —Por supuesto.

—Pero, ¿por qué? ¿Cuáles son las razones?

—Desde el punto de vista estilístico no tienen ningún sentido. Allí se mezclan cosas de Nazca con Mochica, Tiahuanaco, etc. Además, no hay ninguna asociación...

Sin querer recordé las palabras de Javier Cabrera y el caso del manto de Paracas. Pero no quise interrumpir al arqueólogo.

—... Y usted sabe que un resto sin asociación es imposible de fechar. Cabrera nunca ha querido mostrar el depósito o yacimiento de donde proceden estas piedras. Si lo hiciera, quizá pudiéramos averiguar la verdad y, por los posibles restos que hubiera en la zona, fechar la antigüedad de los grabados.

No salía de mi asombro.

—...Por otra parte —continuó Ravínez—, hemos hecho microfotografías de las incisiones de esa única piedra que considero auténtica y son distintas de las incisiones que aparecen en las piedras de Cabrera.

—Disculpe, pero ¿a qué piedra se refiere?

—A una que descubrió el gran arqueólogo Max Uhle. Tiene grabado un animal. Creo que una llama...

—¿Y dónde la descubrió?

—En Ocucaje, en el departamento de Ica.

—Entonces, usted cree que, a excepción de la que encontró Uhle, las demás son falsas...

—Sí, concretamente las hace un campesino llamado Basilio Uchuya y otra mujer, también de Ocucaje.

—¿Sabe usted que en estos momentos se llevan contabilizadas más de 50.000 piedras grabadas —algunas de gran volumen— y que se encuentran desperdigadas por Perú y buena parte del extranjero?

—Sí, eso dicen.

—¿Y cree usted verdaderamente que esas 50.000 piedras las han grabado Uchuya y una mujer?

—Si usted conociera el norte del Perú, se daría cuenta de la gran cantidad de falsificaciones que se producen. En los «huacos», por ejemplo, se dan a millares.

—Dígame una cosa. ¿Cuántas piedras ha visto grabar personalmente?

—La única vez que estuve en Ocucaje había seis o siete. La misma mujer que las graba — una tal Irma me confesó que no tardaba ni una hora en trabajarlas.

—Respóndame a otra cuestión. ¿Qué le ocurriría a quien fuera descubierto desenterrando o traficando con Piezas arqueológicas?

Tenemos una Ley —la 6634— sobre Protección de Monumentos Arqueológicos...

—Pero, ¿qué le sucedería?

—Sería condenado a ir a la cárcel o a pagar una multa. Depende.

—Entonces, ¿cree usted que los humildes campesinos de Ocucaje van a exponerse a esas penas, confesándoles que las sacan de un lugar secreto? ¿No es más lógico y humano que se protejan, «grabando» en sus casas —a la vista de todos— algunas piedras?

—Mire —repuso el arqueólogo—, yo considero que este problema de las piedras grabadas de Ica es antes policial que científico.

—Hay otro punto que me intriga. Usted ha visto las piedras grabadas de la colección del doctor Javier Cabrera, claro.

—Sí, de pasada...

—Y bien. ¿Cree que esos grabados tan complejos y de tan alto nivel científico pueden estar hechos por un campesino como Uchuya?

—Yo pienso que todo es imaginación. ¿Cómo puede usted desechar la investigación de cientos de especialistas del mundo entero?

—¿Qué ocurriría si algún día se demostrase definitivamente que esas piedras son auténticas?, ¿que fueron grabadas y labradas por una civilización muy remota?

—Pero eso es imposible. El hombre más primitivo surgió en América del Sur hace 23.000 ó 25.000 años...

—Está bien. Concedamos entonces que esa civilización que grabó las piedras sólo tenía 25.000 años. ¿Qué supondría para ustedes, los arqueólogos?
—Únicamente se lograría demostrar que hay un estilo relacionado con cualquier época de la cerámica, con base en Nazca.
—¿Nada más?
—Nada más. La investigación hace cambiar, pero hay que tener evidencias. Pruebas concretas, no conjeturas.
—¿Llama usted «conjeturas» a 11.000 piedras grabadas?
—Ya le dije que ésas han sido hechas por Uchuya e Inna.
Estuve tentado de cortar allí nuestra entrevista. Pero quise llegar hasta el final.
—¿Sabe usted que hay análisis de oxidación y petrológicos de esas piedras? Análisis realizados por Universidades y organismos competentes...
El arqueólogo me miró con ironía y se apresuró a contestar:
—Me gustaría verlos... Si alguien me demuestra que esas piedras son autenticas, estoy dispuesto a aceptarlo. Pero, tal y como veo las cosas, me niego rotundamente.
—Dice usted que ha visto las piedras de Javier Cabrera. ¿Qué impresión le produjo cuando descubrió aquella enorme masa de rocas grabadas?
—Que estaba ante una falsificación. Y que Cabrera deliraba.
—¿Sabía usted que en las piedras aparecen animales prehistóricos junto a seres humanos?
—Sí, y ya le he dicho que me parecen producto de la imaginación de los referidos campesinos de Ocucaje.
—¿También la descripción de los ciclos biológicos?
—Por supuesto.
—Pero, si esos campesinos apenas saben leer...
El señor Ravínez hizo un gesto de cansancio. Al Parecer, no le agradaba aquella conversación.
—¿Sabía usted que las piedras grabadas han sido encontradas en terrenos de la Era Primaria y Secundaría, precisamente?
—No sé..., yo no soy geólogo.
—Me gustaría creer que ustedes, los arqueólogos estarían dispuestos a cambiar sus esquemas mentales si llegara el caso...
—Y lo estamos. Todos los arqueólogos cambian, por muy conservadores que sean. Además, se lo repito, la cosa es bien simple: que Cabrera nos muestre el yacimiento.
—¿Usted ha hablado con él?
—No, por Dios. Yo no hablo de Arqueología con alguien que no es arqueólogo...
La verdad es que aquella última frase me había dado el secreto, la verdadera razón por la que los arqueólogos oficiales de Perú no querían colaborar con Javier Cabrera en la apasionante investigación de las piedras grabadas.
No me sentí con fuerzas para hablarle a aquel representante de la Arqueología peruana sobre los estudios efectuados por las Universidades de Bonn o de Ingeniería de Lima. Ni de las piedras grabadas encontradas por el arquitecto señor Agurto, cuatro años antes de que Javier Cabrera se interesara por los gliptolitos. Ni de las ratificaciones de los Observatorios Astronómicos de París y Alemania Oriental en relación con los grabados de una de las piedras de la «biblioteca». Ni de las manifestaciones de los propios campesinos de Ocucaje en aquella mi primera visita al poblado.
No merecía la pena.
Por fortuna, no todos los arqueólogos del hermoso país de los incas opinaban del mismo modo que el portavoz del Instituto Nacional de Cultura.
Durante mi estancia en Perú pude recoger algunas manifestaciones a favor de la autenticidad de las piedras, expuestas por un grupo de profesores y estudiantes de la Universidad San Luis Gonzaga de la misma ciudad de Ica. Algunas de estas opiniones fueron recogidas posteriormente por la prensa de Lima.

Estos profesores se sumaron a la defensa de las discutidas piedras grabadas de Ocucaje, señalando también que cabe la posibilidad de que existan abundantes piedras falsificadas, especialmente a partir de los últimos meses de 1974, fecha en que el hallazgo trascendió a todos los niveles del país.

El doctor Nimio Antezana Gallegos, profesor de la referida Universidad iqueña, añadió, incluso, que no sólo en Ocucaje, sino también en otras regiones peruanas, había tenido conocimiento de las piedras grabadas.

«Tanto en Palpa como en Llauta —expresó— tuve la oportunidad de verlas. Incluso conservo algunas de ellas. Y es más, varios amigos míos también las han adquirido. En ningún caso hay relación ni con el doctor Cabrera ni con las encontradas en Ocucaje».

Pero en sus declaraciones, el citado profesor Antezana Gallegos iba más allá. Y sentí una profunda alegría al comprobar que sus apreciaciones coincidían básicamente con las mías.

Al referirse a las piedras trabajadas por Basilio Uchuya, Antezana Gallegos decía:

«Esas piedras que graba el campesino de Ocucaje nada tienen que hacer frente a las que son consideradas auténticas. Los dibujos de las pocas piedras que posee Uchuya son simples y torpes, frente a los complejos símbolos e ideogramas de las otras. Hasta un niño se daría cuenta de la tremenda diferencia».

En aquellas declaraciones, el profesor de Ica concluía:

«No hay razón para silenciar y poner trabas a un trabajo de investigación en favor de la cultura peruana».

Por su parte, otros profesores peruanos —yola da Velázquez Carrión y Edda Flores de la Cruz— afirmaban también públicamente, a través de las páginas del periódico limeño La Prensa:

«Al estudiar con detenimiento los gliptolitos del doctor Cabrera Darquea se encuentra mucha similitud con las huellas del llamado **Cosmódromo de Nazca**, así como figuras y símbolos que jamás conocieron ni los incas ni las demás culturas de las que se tiene información real.

»Al observarse estos vestigios, que muestran hombres y animales antediluvianos en diversas actitudes, se distingue que algunos de esos individuos poseían características antropológicas muy diferentes a las del hombre de hoy. Así, por ejemplo, tenían una gran cabeza y manos con cinco dedos, todos del mismo tamaño, tan perfectamente grabados que resulta imposible imitar en la actualidad.»

Después de aquella un tanto amarga y descorazonadora entrevista con un representante de la Arqueología oficial del Perú, preparé una nueva visita al poblado del desierto de Ocucaje. En este mi segundo viaje a Perú había dejado intencionadamente para el final la investigación entre los campesinos.

En una de mis primeras visitas a Ocucaje —en septiembre de 1974—, algunos de los indígenas nos habían confesado que «las piedras de gran volumen y peso costaba mucho trabajo sacarlas». Por eso, precisamente, sólo iban a por ellas cuando eran encargadas previamente. Y éste era el caso de las múltiples moles que había ido reuniendo Javier Cabrera con el paso de esos nueve años.

Ahora, meses después de aquel primer contacto con estos sencillos campesinos, todo iba a ser distinto.

Al llegar a Lima me impresionó el auge que había adquirido el tema de la «biblioteca» lítica en los periódicos y revistas peruanos. Meses antes, en mi primera visita a Ica, nadie hablaba del asunto. Ni un solo diario se había percatado de la trascendencia del hallazgo. Todo era calma.

Muy al contrario, en esta segunda ocasión, y merced a las noticias que procedían de Europa respecto al sensacional descubrimiento, la prensa y medios informativos peruanos tomaron cartas en el asunto, dando lugar a una curiosa y espectacular polémica.

Mientras algunos rotativos y revistas atacaban sin piedad no sólo las piedras grabadas, sino también la propia persona del doctor Cabrera, otros defendían a ambos con el mismo apasionamiento.

Los primeros, por ejemplo, basaban sus ataques en las declaraciones hechas por el tal Basilio Uchuya.

«Yo he hecho las 11.000 piedras del doctor Javier Cabrera», afirmaba el campesino en dichos periódicos.

«Mi técnica —proseguía, con todo lujo tipográfico— se basa en grabar las piedras después de haberlas calentado con estiércol de burro o de caballo.»

Aquello, francamente, era digno de análisis. Y me las prometí felices cuando volviera a ver a mi amigo Uchuya.

Días antes de viajar hasta Ocucaje me pusieron en antecedentes de un hecho que considero importante, a la hora de comprender por qué el campesino se había prestado a hacer aquellas declaraciones.

—Quizá ante el cariz que iban tomando los acontecimientos —fue visitado e interrogado

por la P.I.P. (Policía de Investigación Peruana)—. Y es de suponer que el humilde aldeano —asustado por el alcance de un asunto que hasta ese momento sólo le había proporcionado módicas pero fáciles y reposadas ganancias— decidió cubrir sus espaldas y las de sus hijos con aquellas afirmaciones. Como ya he comentado en otra oportunidad, reconocer que las piedras eran extraídas de algún yacimiento o depósito, así como de las tumbas, habría significado la cárcel para él y la ruina para su familia.

Eran, por tanto, absolutamente disculpables las declaraciones del «cholo» de Ocucaje.

Pero quizá lo más sabroso de aquellas explosivas manifestaciones en contra de la autenticidad de la «biblioteca» lítica era la «técnica» empleada por Uchuya.

Según él, todas las piedras que poseía Javier Cabrera habían sido grabadas con sus propias manos. No voy a examinar este punto. Ni siquiera un pueblo completo, con cientos de «uchuyas» provistos de modernos taladros y herramientas, podría grabar la mitad de aquellas 50.000 piedras que hoy circulan por el mundo.

Lo que realmente no tenía desperdicio era su afirmación sobre el calentamiento de las piedras a base de estiércol de caballerías...

Para empezar, lo que Uchuya lógicamente ignoraba es que una piedra sometida al fuego termina por resquebrajarse.

Además, ¿calculan el tremendo número de toneladas de estiércol necesario para calentar 50.000 piedras?

No me imagino al bueno de Basilio Uchuya recolectando 10.000, 20.000 ó 30.000 toneladas de excrementos de burro y caballo, a fin de proporcionar a sus grabados un «toque de calidad». Todo, claro, para después vender las piedras a cien pesetas... por otra parte, ¿dónde estaban los hornos necesarios para tamaña operación?

En todas mis visitas al poblado —y por más que escudriñé entre las chozas de adobe y cañas— jamás descubrí el menor vestigio.

Aquellas familias —sumidas en un lamentable analfabetismo— no estaban en condiciones de comprender siquiera los «tesoros» científicos que albergaban aquellas piedras que extraían del desierto. Pero yo mismo terminaba por reprocharme esta absurda insistencia, tratando de demostrar que los campesinos de Ocucaje no eran los autores de las piedras grabadas. Nunca podrían serlo.

De ahí que mi última visita al poblado fuera más breve que ninguna otra. Basilio Uchuya nos recibió con mucho más recelo y desconfianza que nunca. Se le notaba molesto.

Cuando preguntamos si podía mostrarnos alguna piedra grabada, se excusó diciendo que apenas si le quedaban...

Tuvimos que acudir a otras chozas, a fin de localizar algunas de estas piedras. Todas ellas eran de pequeño tamaño. La mayor apenas si rebasaría los 500 gramos.

Todas menos una, claro. Todas menos la que, desde hacía meses, se empeñaba en grabar la señora Irma, otra de las campesinas de Ocucaje. En mitad del corral, la aldeana nos mostró la enorme piedra donde —como Dios le daba a entender— iba grabando algunas estrellas y una figura que trataba de parecerse a las de los famosos «pájaros mecánicos» que yo había visto en la colección de Javier Cabrera. Al examinar la piedra los allí reunidos nos miramos en silencio. Era evidente la diferencia de trazado, de estilo e, incluso, de la misma roca utilizada para la grabación.

Irma, al igual que Uchuya y el resto de las familias que habita Ocucaje, llevaba muchos años —posiblemente desde 1962— viendo las piedras que salían del fondo del desierto. Esto podía explicar perfectamente que los motivos elegidos por ella para «grabar» la piedra depositada sobre la arena de su corral fueran parecidos —o trataran de parecerse, para hablar con propiedad— a los de las auténticas «ideografías» de la colección de Javier Cabrera.

En realidad —y según me confesó minutos después Tito Aisa—, el verdadero objetivo de la vieja Irma no era precisamente vender la piedra, sino «protegerse» de aquellos que realmente podían colocarla en apuros. Tito se refería, por supuesto, a los policías o arqueólogos oficiales. Aquella piedra a medio grabar era la mejor prueba de que ella «trabajaba» los cantos rodados...

Cuando entramos en la casa del campesino llamado Aparcana tuve la oportunidad de asistir a un hecho que, por su significación, me resisto ahora a pasarlo por alto.

Semanas antes de aquella visita, uno de mis acompañantes había pedido a la esposa de dicho campesino que —puesto que ellos se reconocían «autores» de dichos grabados— le proporcionara una piedra en la que apareciese su coche, con el número de la matrícula. Si así lo hacían, mi amigo sabría pagar espléndidamente dicha piedra.

Y he aquí que en la referida visita, mi compañero recordó el hecho a Aparcana. Al poco, la mujer de éste aparecía a la entrada de la choza con un pequeño canto rodado en el que —

efectivamente— había sido grabada la silueta de un coche.
Aquello fue definitivo. El grabado del vehículo —con trazos imprecisos y burdos— había sido realizado por la única cara que quedaba sin grabar en la piedra. Al reverso del «coche» de mi amigo podía verse un animal prehistórico que sí correspondía a una grabación auténtica. La diferencia de trazos, como digo, era brutal.
Pero la suerte estaba aquel día de nuestro lado, porque mi amigo, al comprobar el fraude, se negó a aceptar la piedra. Inmediatamente, la esposa del campesino exclamó:
—¿Y qué hago yo ahora con esta piedra? ¡Ya se ha malogrado!
¿Por qué decía la mujer que se había malogrado?
Por supuesto, aquella piedra, con la grabación del coche de mi amigo, fue adquirida —y con todos los honores— por nuestra pequeña expedición.
Era la primera piedra donde se alternaban un grabado original y auténtico con otro descaradamente falso...
Antes de retirarnos del poblado no pude por menos de volver a la casa de Basilio Uchuya. Y con toda la seriedad de que era capaz le pregunté:
—Mire usted, Basilio, ¿podría hacerle un encargo?
El «cholo» me miró con desconfianza y preguntó entre dientes de qué se trataba.
—Desearía que me grabara en una piedra una «vasectomía». No tiene que preocuparse por el precio. Le abonaré lo que pida...
Observé la expresión de duda y confusionismo del humilde campesino.
—Bueno —me respondió—, ahora estoy ocupado, pero quizá...
No quise ensañarme más.
Al volver a Ica y comentar con Javier Cabrera lo sucedido en Ocucaje, el médico comentó:
—Hay una prueba mucho más elemental y segura para saber, en definitiva, si nos encontramos ante una piedra auténtica o ante una falsificación.
Javier Cabrera tomó de una de las estanterías una piedra de regular tamaño y nos pidió que le acompañáramos a la puerta de la calle. Allí lanzó la roca al aire y dejó que se estrellara con estrépito contra el pavimento. La piedra no sufrió el menor daño.
Tomó nuevamente el canto rodado entre sus manos y afirmó:
—Ésta, amigos, es una piedra falsa.
Todos quedamos perplejos. ¿Por qué?
—Si hubiera sido una de las piedras prehistóricas se habría despedazado. A raíz del último terremoto, algunas de las piedras que tenía situadas en las partes más altas de las estanterías cayeron al suelo, fracturándose.
»Pero, ¿por qué no se rompen los cantos rodados que son falsos? Muy fácil de comprender. Un canto rodado se forma, precisamente, por el choque y roce con otras piedras y rocas. Y va pulimentándose, hasta que queda la parte más dura de la piedra. Por eso al lanzarlo al aire no se ha roto. Con las piedras grabadas auténticas no sucede así porque su naturaleza petrológica es muy diferente a la de estos cantos rodados que se emplean para la falsificación de grabados.

—Está claro, por tanto —comenté— que existen piedras «falsas»...
—¡Ah, por supuesto, amigo!
Javier Cabrera hablaba gruesamente con toda la sinceridad de que era capaz.
—...Es ahora, desde que el descubrimiento está tomando auge, cuando indudablemente han comenzado a «fabricar» algunas de esas grabaciones. Pero puedo asegurarte que no pasarán de veinte o cuarenta. Y todas ellas están en manos de personas conocidas. En todas, además, se adivina inmediatamente que el grabado es falso. Pero, fíjense bien —apuntó el doctor— yo no culpo al pobre Uchuya de lo que está ocurriendo. Él hace lo que, en el fondo, haríamos todos si nos viéramos en sus circunstancias.
—Él afirma que todas las piedras que tú tienes las grabó en su choza de Ocucaje...
—¿Y qué otra cosa puede decir? ¿Que las ha ido sacando de un lugar del desierto para vendérmelas? No es lógico ni humano. Y yo le entiendo.
»Pero eso no es lo peor. Mucho peor es ver cómo personas como Santiago Agurto —que también le compró piedras a Uchuya— sigue callado.
»Yo podría decirte, incluso, de algunas personas de Ica que, cargadas de mala fe, llegaron a encargar, incluso, a los campesinos que falsificaran varias de estas piedras y que luego me las trajeran, a fin de confundirme y pillarme en la trampa. Pero puedo asegurarte que ya resulta difícil engañarme. Son muchos años viendo piedras y estudiando sus ideografías...»
Este, quizá, era uno de los problemas más desagradables con que debía enfrentarse el investigador iqueño. Todos cuantos le conocían en Ica, todos cuantos le habían visto crecer, todos cuantos reconocían en él un ciudadano más se preguntaban ahora cómo podía ser

que aquel médico pudiera salir en los periódicos y haber realizado semejante descubrimiento.

Y muchos —quizá los que nunca le apreciaron de verdad— terminaban por burlarse de sus investigaciones y de su propia persona.

Pero esto, insisto, no hacía mella en el ánimo del doctor. Todo lo contrario. Su espíritu salía robustecido de la prueba.

—Acepto y aceptaré siempre la crítica responsable —decía él cuando tratábamos esta cuestión—, porque hasta ahora me ha hecho más bien que mal. Me ayuda a serenar el alma. Y los que me atacan sólo tendrán mi respuesta cuando dé por concluidas mis investigaciones. A veces me pregunto por qué el ser humano tiene esta tendencia a ridiculizar al hombre de ciencia...

»¿Qué gana con ello?»

Aquélla iba a ser mi última entrevista con Javier Cabrera. En mi mente, sin embargo, quedaban cientos de preguntas, cientos de dudas.

Pero todas iban a verse eclipsadas ante una de las revelaciones del médico peruano.

Algo que multiplicaba el interés del descubrimiento. Algo que daba a la «biblioteca» una nueva y fascinante dimensión.

CAPÍTULO 14
¿MÁS DE UN MILLÓN DE PIEDRAS?

De todas las objeciones que me había enumerado el arqueólogo señor Ravínez sólo una —en honor a la verdad— había arraigado en mi mente.

«¿Por qué Cabrera no señala el yacimiento de donde afirma que extraen las piedras grabadas?»

Aquel interrogante —para mí casi un reto— llegó a convertirse, en mis últimos días en Perú, en una obsesión. ¿De dónde se sacaban realmente tantos miles y miles de rocas grabadas? ¿Había algún depósito secreto en el desierto de Ocucaje, al que había llegado Javier Cabrera en sus investigaciones a lo largo de estos años?

Y lo que era más intrigante, ¿por qué no terminar con todas aquellas críticas, especulaciones y polémicas revelando de una vez por todas el yacimiento donde se ocultaba la gran «biblioteca»?

Hasta ahora se sabía que muchas de las piedras grabadas procedían de las tumbas prehispánicas, del fondo del desierto de Ocucaje y de sus suaves cerros volcánicos.

Sabíamos que los campesinos las habían sacado de dichas zonas durante muchos años.

Pero, a pesar de todo, resultaba poco menos que imposible concebir que más de 50.000 piedras —muchas de ellas con un peso superior a los 200 kilos— hubieran podido aparecer bajo la arena de la Hacienda de Ocucaje. No era lógico.

Y mis pensamientos, como los de casi todas las personas interesadas en desvelar el misterio, iban y venían tras todas las hipótesis y posibilidades, pendientes de la que ofreciera más visos de realidad.

A punto estuvimos mi compañero Fernando Múgica y yo de iniciar una expedición de búsqueda en el desierto de Ocucaje, en compañía de otros dos peruanos, entusiasmados también con la idea de localizar aquel sanctasanctórum del más remoto testimonio de la presencia del ser humano sobre la Tierra.

Sólo la falta de tiempo —debíamos regresar a España en breves días— nos obligó a desistir de tan sugestivo proyecto. Todo había sido pensado meticulosamente.

Nuestra permanencia entre las dunas y cerros amarillos de Ocucaje no podría ser inferior a 20 o 30 días. Provistos de un equipo adecuado, nuestra misión básica consistiría en el seguimiento, mediante prismáticos de largo alcance, de las diversas familias del poblado, de las que teníamos fundadas sospechas seguían extrayendo piedras grabadas de algún escondido lugar del desierto.

Hasta ahora, como habrá deducido el lector, los citados indígenas de la Hacienda de Ocucaje se habían negado en redondo a facilitar cualquier tipo de información sobre el referido depósito. En un principio todos pensamos que la razón podía estar en el deseo de los indios de seguir «explotando» aquel yacimiento en forma privada. Si lo hubieran revelado, sus ganancias habrían desaparecido irremisiblemente. Tampoco había que olvidar que la localización de dicho depósito por arqueólogos profesionales o miembros del

Gobierno habría llevado posiblemente a la cárcel a buen número de estos campesinos.
Sus constantes negativas, por tanto, a proporcionar información sobre la zona exacta donde se encontraban las piedras grabadas era hasta cierto punto disculpable.
Pero había algo más. Había razones más profundas y oscuras que yo no había visto en aquellos mis primeros contactos con Ocucaje y con los que traficaban con ellas. Iba a ser Javier Cabrera quien —durante nuestra última charla en Ica, en una brillante mañana de enero— nos abriera los ojos. Tenía aquella duda clavada en lo más hondo, y en cuanto tuve la menor oportunidad la dejé caer ante Cabrera:
—Los arqueólogos —le dije— se preguntan por qué no señalas el lugar o yacimiento de donde se sacan tantos miles de piedras grabadas. Y tienen razón, pienso. Eso aclararía la situación y haría progresar la investigación sensiblemente...
Siempre tuve la impresión de que Javier Cabrera esperaba aquella pregunta final. Y no sabría precisar hasta qué punto nos relató todo lo que realmente conocía en ese momento.
—Siempre que he solicitado permiso para realizar excavaciones —respondió Cabrera Darquea muy serio— se me ha negado. Ya sé que no soy arqueólogo. Pero, ¿es que acaso no se están concediendo esas licencias a personas que tampoco lo son?
»Yo he hecho un estudio. Dispongo de un plano y tengo, lógicamente, información que me pondría en la pista de ese depósito en menos de un mes».

Aquello me dejó atónito. Por un lado, Javier Cabrera reconocía la existencia de ese yacimiento o depósito. Pero, por otra parte, parecía querer decirnos que él no había entrado en dicho lugar...
—Pero, ¡ojo! —prosiguió—, yo no haré público jamás dicho yacimiento arqueológico mientras no tenga la seguridad de que el Ejército lo controla y protege.
—¿El Ejército? —pregunté con extrañeza ¿y por qué precisamente el Ejercito?
Javier Cabrera me miró en silencio e hizo un esfuerzo para no seguir hablando. Fue precisamente en aquel instante cuando yo supe a ciencia cierta que el doctor había estado en el gran depósito, que había visto lo que realmente contenía y que —por ello— exigía la salvaguarda del Ejército.
Pero otros detalles surgidos a lo largo de aquella charla iban a ratificar también estas deducciones mías.
—¡Ay, querido amigo! —exclamó Cabrera—. Tú eres muy joven. Pareces no darte cuenta de la ambición humana...
»Si yo exijo la protección previa de las Fuerzas Armadas es porque allí, en ese lugar, existe un "tesoro" que es patrimonio no sólo del Perú, sino de toda la Humanidad. Y no puede ser desvalijado. Ni nadie, por muy arqueólogo que sea, puede protegerlo por sí mismo. Debe y tiene que ser el Ejército quien acordone la zona y convierta aquello en un recinto prohibido para traficantes, "huaqueros" o contrabandistas.
»Y yo sé que el presidente de la República, cuando sepa verdaderamente qué es lo que encierra el suelo de Ica, nos proporcionará todo su apoyo».
Aquellas palabras de Javier Cabrera empezaban a ser inteligibles para mí. Días antes, y en varias conversaciones sostenidas con profesores universitarios y expertos en Arqueología, había tenido la oportunidad de contemplar la singular panorámica arqueológica de dicho país.
Perú encierra en cada rincón de sus montañas, de su costa e, incluso, de sus selvas, innumerables restos arqueológicos de profundo interés. Basta escarbar para tropezar con tumbas preincaicas, con culturas desaparecidas, con auténticos tesoros...
Y esto lo saben los «huaqueros». Lo saben y lo explotan codiciosamente desde hace muchos años.
Los resultados son fáciles de adivinar: cientos de miles de objetos de gran valor arqueológico e histórico salen clandestinamente del país cada año, rumbo a mercados europeos o americanos. Allí son bien remunerados. Espléndidamente remunerados...
Pero esa «industria» ha adquirido en los últimos años tal auge que la Mafia —auténtica coordinadora en estos momentos del lucrativo «negocio»— ha ido más lejos que nunca. Y ha llegado a montar aeropuertos clandestinos en diversas partes del país, a fin de sacar durante la noche miles y miles de «huacos», piezas de oro y otros incontables tesoros arqueológicos de incalculable valor.
Y los «huaqueros» —a miles por todo el Perú— han terminado trabajando para dicha Mafia.
Por eso, ahora, las palabras de Javier Cabrera no resultaban tan extrañas en mis oídos. Y comenzaba a descubrir esas otras oscuras y nada despreciables razones que empujaban también a los «huaqueros» y campesinos de Ocucaje a seguir en silencio.

Pero ¿es que la Mafia sabía ya la existencia de las piedras grabadas de Ica? Indudablemente que sí. Pero, a lo largo de nuestras conversaciones, llegamos a una conclusión realmente interesante.

Era casi seguro que la Mafia «huaquera» tenía conocimiento, no sólo de la existencia de las piedras grabadas de Ocucaje, sino también —y esto era lo más importante— del lugar donde se ocultaba el gran legado y de «algo» más que se encontraba juntamente con las piedras grabadas.

El deseo, por tanto, de Cabrera de solicitar la protección del Ejército no era vano...

Sin embargo, cuantas veces interrogamos a Javier Cabrera sobre este particular, tantas evasivas obtuvimos por parte del investigador.

No cabía duda de que Javier se había dado cuenta también de lo profundamente peligroso que se estaba volviendo aquel asunto.

—...¿Es que crees que puedo acudir al desierto con la única protección de mis hijos? —había comentado el doctor en un momento de nuestra entrevista.

—¿Qué le parecería —comentó uno de nuestros amigos— si nosotros nos dedicamos a buscar ese yacimiento?

Javier Cabrera nos miró con manifiesta preocupación. Y se limitó a responder: —¿Tienes hijos?

—Sí —añadió nuestro acompañante.

—Pues entonces, ve armado...

Aquellas palabras de Cabrera —pronunciadas con toda la sinceridad y espontaneidad de que era capaz— fueron definitivas. La Mafia estaba detrás.

Pero, si a la Mafia no le interesaban las piedras grabadas —y prueba de ello era que miles de estos «gliptolitos» se encontraban desperdigados por todo el país y el extranjero, siendo vendidos a precios irrisorios—, ¿por qué su presencia allí?

—¿Es que el yacimiento oculta algo más? interrogamos a Cabrera.

Javier volvió a guardar silencio. Un silencio tenso. Cargado de dramatismo.

—¿Es que hay también oro, tal y como sospechamos todos?

Cabrera se limitó a esbozar una significativa y elocuente sonrisa.

—Sabemos que tú has estado en el depósito —insistimos—. E imaginamos que ese lugar es precisamente un túnel. Un túnel que fue construido también por esa Humanidad gliptolítica y que ya fue señalado en mapas muy antiguos por los conquistadores españoles. Pero, lo que no entendemos es por qué no se han llevado ya el oro...

Aquella pequeña estratagema dio resultado. Y Javier Cabrera comentó:

—Muy simple. Parte de ese túnel donde se encuentran las piedras sufrió los efectos de un movimiento sísmico y quedó inclinado. La mayor parte de las piedras que constituyen la «biblioteca» gliptolítica rodaron y ocultaron gran parte de lo que acompañaba a las piedras grabadas...

Nuestras sospechas, por tanto, no eran infundadas.

—¿Cuántas piedras grabadas pueden quedar allí dentro?

—Más de un millón.

Quedé sin aliento.

—Es decir —insinué—, ¡casi toda la «biblioteca»!

—En efecto. Prácticamente, el «cuerpo» general del «mensaje». ¿Imaginas cuántos secretos encerrará ese millón largo de piedras grabadas? Hasta ahora, los campesinos —que un día descubrieron la forma de entrar en el túnel— han ido sacando las piedras más pequeñas, puesto que son las más fáciles de transportar. Pero las más voluminosas, y por tanto, más valiosas e importantes, siguen allí dentro.

En aquel instante recordé una frase de Javier Cabrera, pronunciada mientras contemplábamos la gran piedra de 500 kilos en la que fue grabada una matanza de hombres por parte de los dinosaurios.

«Para sacar y transportar esta piedra fueron necesarios diez hombres...»

El lugar donde se encontraba aquella gigantesca piedra tenía que ser necesariamente espacioso. De lo contrario, ¿cómo podían haber llegado hasta ella los diez hombres mencionados por el investigador?

No tenía la menor duda: Javier Cabrera Darquea —aunque se empeñaba en demostrar lo contrario— conocía el lugar donde se encontraba el gigantesco depósito de piedras grabadas. Y era casi seguro también que lo había visitado en más de una ocasión.

Sin embargo, él siguió negándolo.

—Pero, ¿ni siquiera la curiosidad pudo empujarte a entrar en el yacimiento?

—Curiosidad no me falta. ¿Quién puede desear más que yo contemplar e investigar todas

esas piedras que quedan por sacar?

»Pero se debe saber siempre hasta dónde se puede y hasta dónde no se puede llegar. Muchas veces, un acto inmediato anula toda una vida. Ahora me encuentro en una etapa previa. Tengo más que suficiente con la investigación de esos miles de piedras.

A pesar de aquellas palabras, mis sospechas seguían creciendo. Javier Cabrera conocía la ubicación exacta del depósito o túnel donde se encontraba el gran «corazón» de la «biblioteca» prehistórica. Razones de seguridad, quizá, le impedían de momento hacerlo público.

Pero, ¿qué había de cierto en aquella historia del antiquísimo túnel donde, al parecer, se encontraba oculto más de un millón de piedras grabadas?

Yo había tenido noticias ya de la existencia de dicho gran túnel. Me habían llegado por distintos conductos. Todas mis informaciones coincidían en algo: el túnel era conocido en tiempos de los incas, aunque resultaba difícil creer que hubiera sido construido por dicho pueblo.

Investigaciones relativamente recientes han demostrado que bajo el suelo de Ecuador, Perú y posiblemente parte de Chile existe toda una red de túneles y galerías.

En 1971, la revista Bild der Wissenchaft informaba sobre una expedición que había querido explorar las cuevas descritas ya por Francisco Pizarro y que se encontraban sobre la montaña inca de Huascarán, a más de 6.700 metros sobre el nivel del mar.

A 62 metros bajo tierra, los científicos que formaban aquella expedición se encontraron con algo fuera de serie. Al final de la cueva tropezaron súbitamente con unas compuertas formadas por gigantescas losas de piedra de ocho metros de altura por cinco de anchura y dos y medio metros de espesor. Aquellas formidables compuertas —a pesar del extraordinario peso— fueron movidas por cuatro hombres. ¿Cómo? ¡Las enormes losas descansaban sobre un sistema de rodamientos con bolas de piedra!

La citada revista informaba así sobre el desconcertante descubrimiento:

«Detrás de las "seis puertas" parten grandes túneles que harían palidecer de envidia a nuestros modernos ingenieros civiles. Estos túneles conducen, con un declive de un 14 por ciento en algunos trechos, hacia la costa, en trayectoria oblicua. El suelo está cubierto con baldosas graneadas y acanaladuras transversales que impiden el patinazo. ¡Si hoy día es una aventura internarse por esta vía de transporte de 90 a 105 kilómetros para llegar finalmente a un nivel de 25 metros bajo el nivel del mar, cuáles no serían las dificultades entonces, en el siglo XIV o XV, para transportar mercancías a fin de ponerlas fuera del alcance de Pizarro y los vizcondes españoles!

»Al final de las vías subterráneas de Guanape, así llamadas por la isla que hay frente a la costa peruana —ya que se supone que en otra época los túneles conducían a dicha isla por debajo del mar—, asoma el océano. Después de muchas subidas y bajadas en la más completa oscuridad, empieza a escucharse un rumor y el oleaje con un singular timbre de oquedad. A la luz de los reflectores, termina la última pendiente al borde de una corriente oscura que resulta ser agua del mar. Aquí empieza la actual costa. ¿Era antes otra cosa?».

Pero algo todavía mucho más sorprendente fue descubierto en tierras de Ecuador por Juan Moricz en 1965.

Según consta en una escritura legalizada, el señor Moricz había localizado en la región oriental del país —en la provincia de Morona-Santiago— la entrada a todo un laberinto de túneles, excavados a muchos metros de profundidad.

Estos túneles han sido investigados y fotografiados posteriormente, descubriéndose que están formados por grandes bloques de piedra, perfectamente cortados en escuadra y que en muchos lugares presentan un claro aspecto «vidriado».

Según parece, estos túneles se prolongan kilómetros y kilómetros bajo la superficie ecuatoriana, enlazando, incluso, con otra ciclópea red de galerías que recorre Perú. Túneles similares se han descubierto en la actualidad bajo Cuzco y Machu Picchu.

Pues bien, un antiquísimo plano que se remonta a la mencionada época de los conquistadores españoles y que, según parece, fue confeccionado con informaciones proporcionadas por los incas, establece una clara conexión entre estos túneles de Ecuador y Perú. ¡y, casualmente, esa formidable obra de infraestructura pasa por la región de Ica!

No era, pues, descabellada la posibilidad de que el fabuloso «tesoro» dejado por aquella Humanidad «gliptolítica» se encontrara en ese túnel que atravesaba la región de Ica y de Ocucaje.

Era muy posible también que parte del túnel —fracturado por algún movimiento sísmico— hubiera quedado aislado del resto de la red, basculando, incluso, y dando lugar a que la mayor parte de la «biblioteca» prehistórica rodase hacia el fondo, ocultando lo que pudiera

acompañar a los gliptolitos.

Y todo eso lo sabía Javier Cabrera. Pero él aguardaba el momento oportuno para declarar públicamente el lugar donde había sido localizada dicha «biblioteca» lítica.

¿Cuándo llegará ese trascendental instante?

El investigador respondió así a esta última e importante cuestión:

—Sólo en el momento en que me conste que el Ejército va a proteger y salvaguardar lo que yo considero el más formidable descubrimiento de todos los tiempos. Y ese instante está muy próximo.

CONCLUSIÓN

Muchos interrogantes —estoy seguro— habrán quedado en el aire. El hallazgo en sí es de tal calibre que habrían sido necesarios tantos años como lleva dedicados el propio profesor Javier Cabrera Darquea para situarnos tan sólo en el umbral de la «biblioteca» lítica.

Como dejé constancia al iniciar esta sucesión de entrevistas y vivencias personales en torno a las piedras grabadas de Ica, mi intención básica era dar a conocer el hallazgo. Divulgarlo al máximo.

Mucho queda por hacer. En realidad, casi todo. Si el gran depósito donde, al parecer, se oculta el «corazón» de este «mensaje» se hace público en breve plazo, los científicos del mundo tendrán ante sí el más apasionante reto lanzado jamás contra la Ciencia moderna.

Sea como fuere, la existencia en estos momentos de esas 11.000 piedras grabadas que posee el doctor Cabrera, más las otras 40.000 que, aproximadamente, se encuentran desperdigadas por el mundo, son ya un fascinante motivo de investigación y estudio.

Lentamente, con la timidez y desconfianza que siempre suscitan estos asuntos, científicos de todos los países se van acercando a la ciudad de Ica, y conversan con el hombre que ha sabido luchar contra todos los vientos y todas las mareas del escepticismo, de la envidia o del empecinamiento cultural.

Algún día le será reconocido su gran mérito a Javier Cabrera Darquea. Quizá ocurra como con el gran geólogo alemán Wegener que, en 1921, tuvo la «osadía» de anunciar en sus libros que los «continentes se movían». Cuando los científicos del mundo entero supieron de la tesis lanzada por Wegener se rasgaron igualmente las vestiduras y lo condenaron al ridículo y al olvido. Cincuenta años después —en el año Geofísico Internacional—, los geólogos de este viejo planeta levantaron su voz con humildad y tuvieron que reconocer que el sabio germano tenía razón, que nuestros continentes «derivan»...

Pero no deseo concluir este libro-reportaje sin hacer antes un breve balance de todo lo que acabo de exponer y que considero digno de mención a la hora de valorar el hallazgo.

He aquí dichos puntos:

<u>Primero</u>. - El doctor Javier Cabrera Darquea dispone en su centro de estudio de la plaza de Armas, en la ciudad peruana de Ica, de más de 11.000 piedras grabadas, reunidas a lo largo de unos nueve años.
Además de esta impresionante colección de «gliptolitos», calcula que hay otras 40.000 piedras grabadas, desperdigadas por Perú y numerosos países.

<u>Segundo</u>. - Estas piedras se encuentran «seriadas», según los temas desarrollados por los autores de la «biblioteca» lítica. De esas 11.000 piedras citadas, el doctor Cabrera lleva investigadas a fondo unas 500.

<u>Tercero</u>. – La mayor parte de las «series» de piedras analizadas hasta el momento se encuentran vinculadas entre sí.

<u>Cuarto</u>. - Ninguna de estas piedras tiene un carácter «profético», tal y como han afirmado determinadas personas que no conocen a fondo el «mensaje». Todos los conocimientos y hechos reflejados en los miles de rocas labradas forman parte de algo que ocurrió en otra era.

<u>Quinto</u>. - A través de las «ideografías» que aparecen en muchos de estos «gliptolitos», el hombre que dejó este legado conoció y convivió con animales prehistóricos, desaparecidos —según la Paleontología— hace millones de años.

<u>Sexto</u>. - Las formas físicas de los seres que formaban esta Humanidad desconocida y remota eran sensiblemente distintas a las del hombre de hoy.

<u>Séptimo</u>. - Dicho «mensaje» demuestra una serie de conocimientos científicos y tecnológicos no alcanzados, incluso, por nuestra propia civilización.

<u>Octavo</u>. - Las rocas donde se encuentran grabadas las «ideografías» corresponden a flujos volcánicos de la **Era Mesozoica** (hace más de 65 millones de años).

<u>Noveno</u>. - Los terrenos donde han aparecido dichas piedras han sido reconocidos como de

las **Eras Primaria** o **Paleozoica** y **Secundaria** o **Mesozoica.**

Décimo. - La Universidad de Bonn —tras un análisis de tres de estas piedras— manifestó que, «aunque nadie puede determinar su antigüedad, las incisiones NO SON RECIENTES».

Undécimo. - La Universidad de Ingeniería de Lima estudió también las piedras grabadas, exponiendo que —tanto la piedra como las incisiones— aparecen recubiertas por una pátina que denota una gran antigüedad.

Duodécimo. - Cuatro años antes de que Cabrera iniciara sus investigaciones, otras personas tenían conocimiento de estas piedras y llegaron, incluso, a encontrarlas en tumbas prehispánicas.

Decimotercero. - Al parecer, existe un depósito o yacimiento donde se conservan más de un millón de piedras grabadas, similares a las ya conocidas, y que constituyen el «corazón» de esta formidable «biblioteca».

Decimocuarto. - A pesar de los múltiples llamamientos del doctor peruano, ninguna comisión oficial de científicos ha acudido hasta la ciudad de Ica, a fin de conocer las piedras grabadas e iniciar un estudio en profundidad.

Sólo el tiempo, pienso yo, podrá dar al descubrimiento de Javier Cabrera su verdadera dimensión.

FIN

* * *

Este libro fue digitalizado para distribución libre y gratuita a través de la red
Digitalización: Nascav (España) - Revisión y Edición Electrónica de Hernán.
Rosario - Argentina
20 de Noviembre 2003 – 11:18